JUAN MANUEL CUARTAS RESTREPO

Colección Artes y Humanidades

Pedagogías de la violencia en Colombia

Universidad del Valle
Programa Editorial

JUAN MANUEL CUARTAS RESTREPO

Pedagogías de la violencia en Colombia

Colección Artes y Humanidades

Pensar la violencia como irreverencia ante la vida o como el manotazo del poder de quienes humillan con las armas, y al pensar la violencia, pasar revista al mayor numero de argumentos posibles, desde los mas absurdos, que aseguran que en Colombia la "tendencia violenta" es un 'de por si', una 'incapacidad' de ser consecuentes con el valor de la vida. Pensando la violencia se empieza en Colombia un segundo tiempo de su historia mas reciente, trayendo a cuento la desproporción que hoy en arrancarle la vida a alguien con una bala, atropellarla, birlarla, sin siquiera intentar entender que la vida está en el planeta como definición absoluta de la confluencia entre los elementos, y no como disgregación de los mismos. Pensar la violencia, finalmente, desde la anti-violencia, dando la espalda a cualquier opción drástica del desencuentro con los otros.

El movimiento de ideas de las que se nombran aquí como: Pedagogías de la violencia en Colombia, intenta ser distinto, aplicándose a cubrir no simplemente los lamentos y las cicatrices profundas, sino a desencadenar la reflexión e interrogación, advirtiendo la profunda incongruencia que anuncia todo acto de asalto, retención y crimen. Así, si pensáramos insistentemente la violencia nos aproximamos, para comenzar, a la necesidad de ver a los otros como seres inscritos en lo vivo, y no como masas sin forma destinadas a recibir golpes, o como objetos 'provechosos' y vulnerables a los cuales coaccionar. Intentar en Colombia dejar de ser violentos, asumirlo como una decisión tomada, no permitiría soñar finalmente lo que seriamos en un completo estado de no agresión.

Universidad del Valle

Programa Editorial

JUAN MANUEL CUARTAS RESTREPO

Pedagogías de la violencia en Colombia

Colección Artes y Humanidades

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Pedagogías de la Violencia en Colombia*
Autor: Juan Manuel Cuartas Restrepo
ISBN: 978-958-670-494-6
ISBN PDF: 978-958-765-759-3
DOI: 10.25100/peu.283
Colección: Artes y Humanidades - Filosofía
Primera Edición Impresa abril 2006
Edición Digital junio 2018

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz
Director del Programa Editorial: Omar Díaz Saldaña

© Universidad del Valle
© Juan Manuel Cuartas Restrepo

Diseño de carátula: U.V. Media

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, junio de 2018

CONTENIDO

Una carta a manera de prólogo. 7

Siete ensayos 13

Laberintos del sin sentido 15
Una mirada a lo absurdo 23
Estamos pensando la violencia 31
Una reflexión sobre los límites de la violencia
en las selvas del Naya 39
Ave Imperatur, morituri te salutant 45
Las suertes del reconocimiento 53
¿Qué es luchar contra el terror? 59

Pedagogías de la violencia en Colombia.....67

I ... 69
II .. 75
III. 79
IV 83
V .. 87

VI 91
VII 97
VIII 101
IX 103
X.. 107
XI 111
XII 115
XIII 117
XIV 119
XV 123
XVI 125
XVII 127
XVIII 129
XIX 133
XX 137
XXI 139
XXII 143
XXIII 147
XXIV 149
XXV 151
XXVI 153
XXVII 157
XXVIII 159
XXIX 161
XXX 163
XXXI 165
XXXII 167
XXXIII 169

Una carta a manera de prólogo

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

Santiago de Cali, enero de 2001

Profesor,
NORBERTO BOBBIO,
Vía Sacchi 66,
Turín - Italia

Saludarle a Ud., respetado profesor, es por supuesto, saludar sus ideas. Si supiera, hay tanto para contarle que temo robar a su calma senectud los segundos destinados a otras cosas de mayor deleite. Pero si algo me impresionó de su *Autobiografía*, que terminé de leer hace apenas unos días, fue la democrática apertura que hay allí a otras voces que han hablado de Ud. a lo largo de su vida, y aunque suene ingenuo, he llegado a concluir: el Sr. Bobbio es un hombre democrático consigo mismo.

En estos tiempos tan radicalmente nuevos quiero recoger de su enseñanza lo que Ud. llama "dos tareas difcilísimas: enseñar y escribir". Buscando un orden nuevo, Sr. Bobbio, son muchos en mi país quienes revisan sus valores, abren sus ojos, sueñan, ponen un granito de humor a sus cosas; pero atropellando la realidad, hay otros tantos que no ven ni oyen ni entienden. Estamos en medio de un descorazonador conflicto, ante procedimientos irracionales, olvidos demenciales, impunidad, indignidad y violencia, mientras de otro lado, ¿cómo no?,

asumimos la labor de estudiar a fondo, de entrar en el difícil juego de la definición de 'estado', 'libertad', 'poder', 'democracia', 'liberalismo', 'izquierda'. Los días pasan avasallados por los hechos, pero las ideas no fluyen con suficiente claridad. Ud. sabe hasta dónde llega a ser difícil deducir el rumbo de los acontecimientos en una sociedad abrasada por conflictos que van desde la irreconciliable confrontración entre los argumentos y las armas, hasta la fracturada calidad de la vida, con altos índices de desempleo, masas de desplazados, pobreza en las ciudades y en el campo.

Disculpe que le hable en términos tan generales, que no precise apenas el *quid* de la cuestión ni señale a los actores de la violencia en Colombia sus móviles políticos, etc., pero mi propósito es señalar cómo en un gran espacio que responde a una definición de nacionalidad recogida de la tradición, de la identidad y el reconocimiento, campean sin embargo el desprecio y el resentimiento, se mata sistemáticamente, se destruyen las torres de energía eléctrica, se vuelan los oleoductos, se practican masacres, se ponen bombas en los centros comerciales, todo por el enconado orgullo de aplastar con las armas. Aparte de esto los diálogos no progresan o no hay verdaderos diálogos, verdaderos gestos de nobleza y deseos de paz. ¿Qué pensaría Ud. de todo esto si tuviera como yo la responsabilidad de enseñar algo cada día? Mientras Aristóteles resaltaba la complejidad de lo particular y destacaba la percepción y el discernimiento para empezar a comprender la realidad, aquí resulta tortuoso distinguir la peculiaridad de cada actor político; cuando son muchas las voces que promulgan su intención de liberar al pueblo, y hacen justicia a *motu propio*, el resultado es un mayor desconcierto, cuando el monstruo multimillonario del tráfico de drogas comparte sus banquetes con su homólogo del tráfico de armas, y todo eso tiene lugar en Colombia, es prácticamente imposible diseñar una propuesta común, distinguir un mismo árbol del cual recibir sombra.

En muchas oportunidades habrá experimentado Ud., profesor Bobbio, la incapacidad que embarga al no poder distinguir y señalar

correctamente el camino a seguir; la misma impotencia vivimos ahora quienes debemos derivar vías de acceso a valores inéditos en nuestra tierra como la tolerancia, la responsabilidad civil y el respeto. Sin ser periodista, durante los dos últimos años me he dado a la tarea de describir los episodios más violentos ocurridos en Colombia para intentar promover una pedagogía de la no-violencia; hechos que la opinión internacional deplora, desde los infames secuestros y un collar bomba activado en una mujer de edad, hasta el inconfesado magnicidio de nuestra mejor arma crítica: el humorista Jaime Garzón. A la par, han corrido las lecturas sobre derechos humanos, violencia, guerra, paz, democracia, contractualismo; en fin, la filosofía política que desde T. Hobbes puede llevarlo a uno a un esclarecedor filósofo como Ud.

Sería ingenuo hablarle de Colombia como de un país hermoso con gente hermosa, que por supuesto lo es, pero así como en su viaje a la China de 1955 fue Ud. mismo quien descubrió lo que se ocultaba detrás de la fachada, no es cierto a estas alturas que la realidad colombiana esté hecha de ciclistas, café, gordas voluptuosas y fútbol, como tampoco de manera exclusiva de hoja de coca y empresarios de la muerte. No. Adentro estamos todos comprometidos en un pleito político y económico que ha convertido nuestra realidad en una frágil ficción: la de poder vivir. Entendemos que la responsabilidad y el respeto civil son dos valores fundamentales de cara a la erección de un orden nuevo, y nos comprometemos con ello apelando a la carta internacional de los derechos humanos, denunciando cada abuso. Pero hay en Colombia una beligerancia tal que hasta una comitiva de paz fue retenida en el camino, tendida en el suelo y ultimada con tiros de gracia. ¿De qué podemos hablar entonces, respetado profesor?

El magnífico título de su último libro *Sobre la templanza* anuncia por supuesto, lo que debemos hacer: entre tanto no restituyamos este valor griego y enfrentemos la realidad con templanza y previsión de futuro, no alcanzaremos nada; todo serán conquistas de momento conseguidas por los matones de momento. Pero ¿sabe Ud. hasta dónde dura la templanza?, hasta el momento en que la furia de una bala

se incruste en nuestro cerebro, en nuestro magnífico laboratorio de ideas, lo que anuncia acaso que no hay aquí, como tal, futuro, sólo un frágil presente. Cuando los términos más profundos como 'libertad', 'paz', 'tolerancia' corren de un lado a otro como humillados peleles de los que todos sacan partido, es tanto más difícil aportar sentido a un conglomerado en el que las prácticas del secuestro, las masacres, el sicariato y las bombas no dan lugar a diálogo alguno.

Profesor Bobbio, espero haber aprendido bien de su lectura que lo que importa realmente en esta vida es suscribirse a un proyecto civil en el marco del derecho, ser beligerante pero desde el papel, poder fundamentar nuestras acciones con lecturas correctas de la realidad. Esto lo recojo de sus libros, en especial de *El futuro de la democracia*, de 1984, donde Ud. confronta una vez más el viejo dilema de la filosofía política: "o el gobierno de los hombres o el gobierno de las leyes", y llega a la conclusión de que el modo de gobernar es el factor fundamental. Pero abierta desde varias décadas atrás la franja de la oposición armada en Colombia, cada acción subversiva y cada discurso de sus militantes intenta desvirtuar la opción de un gobierno civil destinado al bien común. Esta paradigmática situación en un país aferrado a derecho, que se ha curado de dictaduras y que recientemente ha dado muestras claras de apertura y participación a todas las voces, pone a su vez en entredicho la opción de la subversión que se sirve de métodos extorsivos para enriquecerse y fortalecerse... He aquí el estado de la cuestión.

Con esta carta dirigida a Ud. con respeto y admiración quiero que pensadores y trabajadores de la democracia como Ud. tengan un gesto con Colombia y nos regalen una frase que nos ayude a pensar, a identificar nuestros errores, a cauterizar tanta sangre derramada en esta tierra de soles y soledades.

Después de su respuesta, vuelva por favor, profesor Bobbio, a su sabia senectud.

Servidor y amigo,

Juan Manuel Cuartas Restrepo

Siete ensayos

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

LABERINTOS DEL SIN SENTIDO

> «En estos meses de encierro he intentado muchas veces razonar la última palabra del ciego, la palabra insensato».
>
> **Ernesto Sábato,** El Túnel

Si tan sólo se tratara de escribir un ensayo que expresara el asombro que produce cuanta cosa delirante ocurre en los campos y ciudades de Colombia, bastaría elegir uno o dos entre muchos eventos violentos y relatar sin mayores requiebros de la imaginación, cosas como las siguientes:

a) «Alguien se acerca al Hotel Torre de Cali fuera de toda sospecha; mira a cada cosa con suprema naturalidad, entra sin afanes en el estacionamiento... Nadie sabe lo que puede ser unos minutos más tarde, cuando se pierda de vista..., entonces será el insensato que dejará una bomba en uno de los vehículos para que la torre vuele en mil pedazos».
b) «Alguien que piensa que una bomba es la máxima expresión de poder dispone para la muestra una bomba en el Parque Lleras

de El Poblado... El reporte de la noticia le da luego los detalles de una brutal confusión».

Así han quedado registrados dos insensatos actos de violencia: el primero hizo destrozos en el Hotel Torre de Cali el viernes 4 de mayo de 2001 con la explosión de una bomba que causó heridas a 34 personas, algunas de las cuales terminaron mutiladas... El segundo el jueves 17 de mayo del mismo año en el barrio El Poblado de Medellín, con la explosión de otro carrobomba "servido" como un postre violento a los amantes del Parque; ocho personas murieron y fueron heridas 130.

La primera opción, la de narrar simplemente, puede sortearla de manera inmediata el periodismo y la opinión de quienes contemplan los sucesos de cada día como un espectáculo de descomposición, sin importarles que el protagonista de estos actos sea de manera repetida el insensato. Pero la segunda opción corresponde a quienes están dispuestos a generar 'contra-movimientos' pedagógicos para desvirtuar estos eventos. Para empezar, tres actores se reúnen en torno a un mismo hecho: el insensato, el indiferente, el pedagogo, y la diferencia entre ellos podemos resumirla así:

a) el *insensato* deja una bomba y se retira a presenciar el carnaval de destrucción.
b) el *indiferente* desatiende el cerco que le tiende el insensato.
c) El *pedagogo* convoca a una reflexión esperando derivar atenuantes radicalmente opuestos a la presión ejercida por el insensato.

Tenemos entonces una labor por emprender: meditar con la misma meticulosidad que invierte en sus actos el insensato.

En la pregunta de timbre nietzscheano: "*¿cómo se llega a ser lo que se es*?", podemos en un momento dado distinguir los 'requiebres'[1] que

[1] Asumimos la imprecisión de este término a fin de curarnos de determinismos innecesarios.

puede tener la formación de algunas personas para que en un momento dado sean los 'quebrantahuesos', los 'juntacadáveres' de nuestra sociedad. Aludimos a la formación de quienes terminan convertidos en los insensatos, que sin darnos la menor opción de advertirles la gravedad de lo que se proponen, confabulan contra aquello mismo que los soporta y los define: la vida, la convivencia, los afectos. Pero bajo la misma pregunta: "*¿cómo se llega a ser lo que se es*?", podemos saber también lo qué significa 'luchar' efectivamente por hacer de nuestra realidad algo grande y lleno de sentido; se trata en este caso de poder actuar sobre las personas invocando los valores y disuadiendo sus intenciones hasta conseguir, con una sola frase, que renuncien a su empeño. La frase, claro está, es: "no seas insensato". Esta es, como se ve, una de las tareas de la educación formal, el gran proyecto de las sociedades que se auto-observan desde sus puros fundamentos.

Cada que se presentan sin sentidos que dejan muertos, destrucción, miseria, nos devora la misma pregunta: "¿el *ethos*, esa magnífica virtud que señalaron los griegos, dónde ha quedado, cómo se restituye? Desde la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles abundan las respuestas, lo que dice que no es cosa extraña ni imposible: se puede ser ético, por supuesto, pensando simplemente en señalamientos como este:

> "Aunque sea el mismo bien el del individuo y el de la ciudad, es evidente que es mucho más grande y más perfecto alcanzar y salvaguardar el de la ciudad; porque procurar el bien de una persona es algo deseable, pero es más hermoso y divino conseguirlo para un pueblo y para ciudades"[2].

Somos éticos entonces cuando emprendemos con responsabilidad, satisfacción y sabiduría un papel positivo en la sociedad; papel de promotores del conocimiento, donde las ciencias básicas y humanas

---

[2] ARISTÓTELES. *Ética nicomáquea*. Planeta DeAgostini. Madrid. 1997, pág. 13.

decidan asuntos como: ¿quiénes somos?; ¿qué queremos?; ¿cómo podemos coactuar para alcanzarlo?

No ya de la Grecia antigua, sino de nuestros días, el filósofo español Fernando Savater nos proporciona una fórmula que debemos invocar igualmente: "*ética como amor propio*", es decir, la ética como proyecto propio destinado a la valoración de la vida; porque no somos éticos, por el contrario, cuando degradamos la propia vida y avasallamos la libertad de los demás sembrando alrededor nuestro un entorno de angustia y desolación.

Con este hatillo de ideas desearíamos impregnar a una comunidad como la colombiana para restituir el *ethós* en todos aquellos que celebran la idea peregrina de que se gana el poder o se alcanza la igualdad acribillando a los demás. Identificamos en cambio la ausencia en el entramado social de diferentes formas de argumentación que definan y aclaren a quienes han matado y a quienes están dispuestos a hacerlo, los extremos a los que han llegado sus proyectos. En contra vía del ideal ético, en una comunidad no se consolidan objetivos claros si no se renuncia antes al falso procedimiento de la destrucción y la muerte.

Volvamos una vez más a los fundamentos de lo que en la perspectiva de una sociedad mejor podemos señalar como 'valores': en el momento en que nos alejamos de la gravedad de algunas palabras aprendidas en la niñez y en el curso de nuestra vida como amonestación, entramos en la ruta del insensato. Cuando éramos niños había siempre algunas palabras que esperábamos no fueran pronunciadas señalándonos con ellas; palabras que se sentían como el pisón de un elefante; sonoras, duras, que traían entre sus letras los ojos de extrañeza y de reconvención del padre o de la madre. La escritora francesa Simone de Beauvoir evoca en su autobiografía, *Memorias de una joven formal*, lo siguiente:

> "Rara vez mi madre me castigaba y si bien tenía la mano pronta, sus bofetadas no dolían mucho. Sin embargo, sin por eso quererla menos que antes, yo me había puesto a temerla. Había una

> palabra que ella usaba a menudo y que nos paralizaba a mi hermana y a mí: «¡Es ridículo!» A menudo le oíamos pronunciar ese veredicto cuando criticaba, con papá, la conducta de un tercero; dirigido contra nosotros, nos precipitaba de la cumbre familiar a los bajos fondos donde se arrastraba el resto del género humano. Incapaces de prever qué gesto, qué palabra podía desencadenarlo, toda iniciativa implicaba para nosotras un peligro: la prudencia aconsejaba quedarse quietas"[3].

...Y en cada hogar lo mismo; emprender con compromiso la menuda tarea de transmitir valores a los más jóvenes, afiliándolos a un reclamo personal y serio en relación con tantas cosas salidas de tono, para que no seamos ni por asomo 'ridículos', 'ordinarios', 'mediocres', 'cretinos', 'hipócritas', 'pusilánimes', 'mezquinos', o lo peor de todo, para que no seamos insensatos. Conseguir que cada cual eluda proyectos alocados, acciones extravagantes, gestos estúpidos, en fin, que cada quien haga de su vida algo grande en la línea del bien propio, de la participación y la tolerancia, son propósitos que reclaman atención; de un lado la sana convivencia y la promoción de valores, de otro una vida civil que nos brinde la ocasión de reeducarnos si es el caso, ocasión de revalorar nuestras acciones previendo un futuro amable en el que, desvanecida la insensatez, participemos todos. Y así, una sola palabra puesta a tiempo en la conciencia, demostrará con claridad que aprender un valor es aprender un lenguaje, el mismo que nos permita ingresar con amplitud en el mundo social y nos permita advertir y sancionar los sin sentidos practicados por algunas personas, dispuestos a dislocar un país entero. Abrimos, a partir de este punto, la confrontación entre el insensato y quienes descuellan en la sociedad sin recurrir a la violencia.

a) La insensatez alude a una renuncia o deliberada o por ignorancia del tipo de favorecimiento que ofrece el conocimiento;

---

[3] de BEAUVOIR, Simone. *Memorias de una joven formal*. Edhasa. Barcelona. 1980, pág. 43.

desdeñando los discursos y saberes de personas motivadas por el aprecio del colorido de la vida, el *insensato* niega, obstruye, asalta cualquier pedagogía diferente a la suya propia, hecha de insensibilidad y deseo de destrucción.

b) ¿Qué otra opción queda a la pedagogía que insistir en la relevancia de la vida, la construcción de la vida en sociedad, la claridad del conocimiento?

La peligrosa anulación de lo segundo por obra de lo primero anuncia la proliferación de actos brutales como respuesta a la pregunta acerca del ¿cómo estar en el mundo?; así, el sujeto que nos interesa, el que hemos llamado *insensato*, es, entre todos los sujetos de excepción de una sociedad, el más inquietante. ¿Cómo no habría de preocuparnos que se multiplique entre nosotros la figura del que obra sin atender a la proporción de sus actos, el que puede desatar una hecatombe? Perder de vista lo más próximo, lo que se aprende sin acudir a las aulas: que toda acción humana tiene un antes y un después, que vale más sembrar que destruir, que hay que ser consecuentes..., cosas como estas revelan al *insensato* como a aquel que está lejos aún estando aquí presente, como el que pudiendo ver no lo hace, o en el caso más extremo, el que recrea en su imaginación imágenes de guerra, destrucción y abandono como platillo de su "grandeza", merecedor como ninguno de uno de los epítetos más drásticos y terribles utilizados por Homero para celebrar a sus héroes: "*destructor de ciudades*".

Ahí tenemos a nuestro personaje, hemos logrado construirlo, pero al lograrlo deja de interesarnos porque es su revés, su opuesto quien desatollará a Colombia realmente; un ciudadano que valora su tierra y se guía tan sólo por estos tres discursos en su mente: "me veo, me analizo, me sigo en mi obrar". Su nombre: el *sensato*, el *consecuente*, el que recrea su tiempo con ideas sanas y ejerce el derecho a la vida respetando la vida. Que ciencia, pedagogía y vida universitaria cumplan aquí un papel, depende de la convicción y el

esfuerzo, la responsabilidad y el rigor con los que se emprenda la tarea de observación, afirmación y construcción para dotar de sentido las cosas de la vida.

Siendo *insensatas* tantas acciones que quiebran a Colombia, que rasgan familias, derrumban obras, niegan la vida..., la más clara admonición será ahora que nos curemos de los actos sin sentido, los que se hacen abusando de la plena confianza de las demás personas, de su ignorancia y su amable sonrisa. Para que lo tengamos presente si no lo hemos advertido aún, de esa traición al sentido común que nos juega el *insensato*, de su elección por los actos drásticos, depende hoy en Colombia (pero también en el mundo entero) absolutamente todo, todo... Lo menos que podemos advertir e intentar atenuar entonces a través de múltiples pedagogías es la mano rotunda de la *insensatez*; en una sociedad donde se encuentra en juego la preservación de la vida civil, la pedagogía de la que hablamos debe enfrentar el *sin sentido* con algo rotundamente opuesto: mega-actos de paz, concordia y conocimiento.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

UNA MIRADA A LO ABSURDO

Hay en Colombia crímenes que nos deberíamos imputar todos, no porque los cometamos de manera alevosa o porque confirmemos con ellos algo como la 'nacionalidad', sino porque proceden del absurdo; y cuando es esta sabandija la que nos destroza impunemente, sencillamente todos somos responsables. Absurdos son todos los destrozos de lo erigido con inteligencia y esmero; absurdo repetir los mismos pasos para caer en las mismas garras de la violencia. Pensando en la violencia, la historia de Colombia es evidentemente la historia de uno y múltiples absurdos que han deshecho pueblos, familias, empresas, comunidades, ideales, sueños.

Una de las tareas de la vida en sociedad consiste en pensar, distinguir y enfrentar los términos de lo que declaramos 'absurdo'; trascender a base de sentido e intercambiar (no morteros sino señales de vida). A primera vista advertimos que la violencia "hace algo" cuando "hace" la historia, pero lo que sabemos claramente es todo lo contrario: que la violencia "des-hace", que de su mano nuestra historia va en contra vía, por el camino tortuoso, desdibujando el entorno. En Colombia, para comprobarlo, basta pensar por un momento en lo que nunca debió hacerse cuando se hizo violencia; nunca debió hacerse, por ejemplo, del secuestro un tráfico de vidas, como no debió

hacerse nunca, de las protestas estudiantiles, barricadas a la usanza francesa para 'defender' por unas horas una calle 'tomada' que tarde o temprano es 'retomada' y rehabilitada para darla en bandeja a los vehículos conducidos por ciudadanos que piensan muy poco que en esa calle, absurda calle de las bombas lacrimógenas y las papas explosivas, mueren de un lado y del otro.

Si 'absurdo' alude a lo que está fuera de tono, fuera del cauce normal, o de manera más evidente, fuera del sentido común, declarar una acción 'absurda' implicará distinguirla entre otras, pero para declararla inapropiada; sancionarla como acción que desvirtúa otras acciones orientadas a reclamar un sentido, pero que ahora, con la irrupción del 'absurdo', las transforma en algo radicalmente diferente. Evaluando el juicio generalizado sobre el papel de la violencia en el marco de una sociedad, se la señala como 'absurda' por estar engastada en ideales y discursos disparatados, por ir en detrimento de la vida, que es lo único que exige preservarse para validar toda demanda, toda exposición de contenidos de lo social y de lo humano. El 'absurdo' implica, de otro lado, drásticos señalamientos como la 'ineptitud' y la 'necedad' que cuando llevan a elegir la violencia, siempre sucede que sobrepasa los límites; cuando lo 'absurdo' no es un accidente sino un proyecto violento que parece demandar reconocimiento, o lo que es peor, la promoción como un valor, habremos entrado en una dinámica del sin sentido para la que no estamos preparados.

Muchos años atrás, en una fría mañana de domingo, mi padre me llevó por primera vez al cine; él y yo solos en una sala enorme casi vacía; ¡cómo no habría de recordar lo que vimos entonces!, una película que dudo hoy si era francesa o italiana, llamada: "*Esta calle es nuestra*". Se trataba de un puñado de niños como yo defendiendo su calle de una tropa de muchachos más grandes; era una historia de valentía y tristeza, porque al final de la refriega muere uno de los niños de una violenta pedrada en la cabeza. Pero la historia no termina allí; días después una pala mecánica pasa por la misma calle tomando y

transformando todo sin oposición alguna. Imposible comentar con mi padre aquella película entonces...; la vida me enseñaría, en cambio, miles de "historias absurdas" como esa.

Porque todo embate de la violencia degenera en un sin sentido, en un ir contra natura, ¿cómo ordenar y comprender ahora los acontecimientos de dos actos alevosos en los que alguien se abalanza sobre otro para explotarle en su nuca un petardo (una papa explosiva, una mecha)?, o amplificando la pregunta, ¿cómo comprender el desgaste, la ignorancia que devasta hoy a Colombia? Podríamos decir que se trataba simplemente de la confrontación, las protestas estudiantiles desdibujadas por los actores violentos; pero este argumento no basta, porque en cada encuentro de fuerzas se expuso la vida como el valor más noble de la confrontación misma. Se podría decir también que en una escenificación de fuerzas, se han encontrado de un lado los representantes del orden en un estado de derecho -como se insiste en presentar a Colombia- vestidos con sus trajes de fatiga, dispuestos a resistir, a contener la presión, cualquiera que esta sea; mientras del otro lado ha saltado a la palestra un puñado de oficiantes de la violencia, con las cabezas tapadas, dispuestos a crear un frente de batalla. Allí están frente a frente, pertrechados y desafiantes. Se siente el forcejeo y los impulsos de muerte; hay explosiones de uno y otro lado como buscando el clímax frenético de dos ardorosos amantes que se persiguen, se enredan y asesinan… Y quienes presenciamos de cerca no podemos comprender que uno de ellos descargue, como decimos, una papa explosiva en la cabeza de un agente de policía y lo dé de baja en esta absurda guerrita; no entra en los patrones lógicos de nadie que en una trifulca, en un ir y venir de tres horas, guerra de ningún estado contra ningún estado, se desplome un silencio mortuorio con el cadáver en Bogotá el 30 de agosto de 2000 del agente de policía Ramiro Andrés Soto, de 20 años, y en Cali el pasado 4 de abril, el del patrullero John Wilmer Rivera Arce, de 21 años. Tendidos en los predios de los campus universitarios, aquellas muertes no son comprobación de nada; ni del rechazo de la globalización más rotunda,

evidente en los rótulos de las tiendas, en las prendas de vestir de los jóvenes, en la música. Tampoco lo son de la opción crítica de las universidades frente al país. Pero ¿qué reivindican entonces estas muertes?; lo diremos: la comprobación de la evidencia más absurda que nos destroza hoy en Colombia: la violencia.

En una publicación reciente sobre el compromiso de la Universidad colombiana con la situación actual de violencia, el filósofo Angelo Papacchini destaca: "*la importancia de una mirada integral sobre la violencia y el conflicto armado, que incluya también la dimensión ética, y ponga especial énfasis en el papel que le corresponde a la Universidad en el seno de la sociedad civil, y en la posibilidad de que el espacio universitario se transforme en un taller de convivencia pacífica entre individuos y grupos con visiones de mundo e intereses distintos o encontrados*"[4]. Este argumento, que reclama de todos la mayor responsabilidad, es el único disolvente imaginable hoy en día contra los exabruptos de la violencia en espacios donde no tendría por qué ingresar; espacios de estudio, concentración y discusión.

La tarea de una y múltiples pedagogías de la violencia consiste, de manera puntual, en revelar lo contrario y opuesto a la razón, lo que negando el pensamiento, el diálogo, la concordia, presume reivindicar la vida. La violencia puede lograr, por supuesto, que toda la pedagogía que circula en los *campus* universitarios de un país parezca absurda y sin razón, para que, sencillamente, declaremos todos la derrota, pero empezamos a comprender..., ¿cómo no habríamos de comprender algo?: comprendemos que la historia inconclusa de esta y de todas las guerras que se libran en Colombia, saldadas sólo con la violencia, no con la conciliación y la concordia, deshace nuestro entorno, liquida nuestros sueños; comprendemos que los cadáveres

---

[4] PAPACCHINI, Angelo. «Universidad, conflicto, guerra y paz», en *La Palabra*, periódico cultural de la Universidad del Valle. Año 9 N° 105, Cali, mayo de 2001.

de los dos patrulleros en las puertas de la Universidad, con todo el vigor, toda la inteligencia, todos los sueños, son los proyectos inconclusos de quienes entrarían quizás a la Universidad uno o dos años después; erguidos, no yaciendo, pensando, no muriendo. Pero sobre todo comprendemos con fastidio que con violencia se improvisan en Colombia las demandas, los clamores y las manifestaciones, porque una multitud puede sencillamente marchar y un contingente de la policía puede sencillamente observar.

Historias como estas y como la de "*Esta calle es nuestra*" parecen sancionar que la academia, la educación, no está curando los males endémicos de la sociedad, no está ayudando a desinflamar la violencia en Colombia. Y entre tanto, como a quien se le revela de pronto la enorme desproporción de la muerte en nuestro país, me tomo la libertad de hacer una simple pregunta, la más simple de todas: ¿nos curaran de la violencia el dinero y las armas que nos llegan como 'ayuda'? Absurdo que se tergiversen los términos de las confrontaciones..., y que de cada cruce de ideas, de cada evento, se desgranen los muertos.

Siempre que miramos el mundo exterior convencidos de ser exponentes del 'buen sentido', declaramos el absurdo en las creencias y en las proposiciones expuestas por otros; este delicado asunto, que exige mayor contemplación, puede no ser tan preocupante como cuando advertimos el absurdo en el interior de nuestras propias formas de expresión. Si desde muchas perspectivas la vida civil exalta la educación y el 'sentido común' como prevención del impacto que ocasionan los actos absurdos traídos de los cabellos, es en este esguince de ideas donde conviene resaltar que acciones como la protesta son por supuesto legítimas, y más aún la controversia y la crítica, la denuncia y la declaración de agravios, declaración de principios; en fin, las manifestaciones igualmente, pero cuando no bastan las palabras y saltan a relucir las armas, cuando el poder exhibe sus garrotes y se desploman los heridos y los muertos, ya no estamos haciendo declaración alguna; hemos perdido el cauce.

A través de la violencia no hay ya restitución dialógica posible, ya que se inicia con ella otra historia con otros contenidos; historia abordable ahora bajo otros parámetros muy distintos: los jurídicos, los penales, que nos hacen preguntar: "¿qué podemos hacer ahora?": ¿declarar la violencia, que es una proposición falsa en sí misma, como una proposición válida, y reducir *ad absurdum* la exposición en defensa de quienes han matado?; o ¿recoger los destrozos y demandar aquí y allá para que se concierte, para que no se mate, para que se juzgue, que no se eluda juzgar?

Para el filósofo inglés Thomas Hobbes no es concebible una proposición general que no sea verdadera, porque lo que expondría dicha proposición sería sólo delirio y fantasía, con los que no se construye realidad alguna. Esta afirmación, clara en sí misma, nos señala que la violencia generalizada no reivindica las demandas, por no ser la violencia una demanda sino una degeneración absurda que, según señala el mismo Hobbes, responde a una falta de método al momento de establecer las significaciones correctas con los términos adecuados. Pero cuando el recurso al absurdo se vuelve continuo, evento de todos los días, ¿qué ocurre? Su expresión comienza a ser, digamos así, 'dignificada', primero como alegoría de algo, luego como metáfora, como retórica, finalmente como 'verdad'. Se hace posible entonces 'apelar' al absurdo, que hipotéticamente ya no lo es; y 'argumentar' con él, 'sancionar' con él, y lo que es peor, esperar 'construir' con él la misma vida social que está desvirtuando y destruyendo. Dispuesto a creerlo, quien había partido de un proceso de formación guiado por unas formas de sentido, se suscribe ahora a otro comúnmente denominado: "*la fe del carbonero*", que declara como 'probable' cualquier recurso, cualquier exposición, a cambio de que se haga algo, se ejecute algo.

Está claro, de otro lado, que la preocupación por lo absurdo es central en el tratamiento existencialista de la vida humana, y que es allí donde resaltan sus límites, lo que significa que la disposición, digamos, "lógica", de la vida, tiene que ver con su preservación como

existencia, y que todo lo que desencadene su ruptura, aniquilación y violencia, es como tal absurdo. De esta manera habremos comprendido además el valor de las demandas surgidas del seno mismo de la vida universitaria, espacio propicio para la restitución del sentido, para la investigación y el dialogismo, ajeno al disparate de los enconos y la violencia. Como la existencia misma, la vida universitaria no puede ser destituida porque se precipite en ella la que llamamos de nuevo, sabandija de lo absurdo.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

ESTAMOS PENSANDO LA VIOLENCIA*

- 1 -

Estamos pensando la violencia, la absurda intolerancia y el desencadenado drama de todos los días en Colombia. La violencia como irreverencia ante la vida y como manotazo del poder de quienes humillan con las armas. Del encuentro de dos personas en un lugar cualquiera no es condición *sine qua non* que una de ellas, si no las dos, salgan heridas o muertas; pueden en cambio, por un momento, sentirse sencillamente próximas y desdibujar el proyecto de violencia. Porque estamos pensando la violencia revisamos todos los argumentos posibles;s desde los más absurdos, que aseguran que una 'tendencia violenta', *de por sí* una incapacidad de ser consecuentes, nos desata como olas tempestuosas; hasta los más reales, que involucran el acoso del hambre, el desempleo y el volver sangre con sangre, y los más sofisticados que desdoblan en estadísticas los ataques, matanzas, secuestros y bombas.

Pensando la violencia empezamos un segundo tiempo de nuestra realidad, traemos a cuento la desproporción que hay en arrancarle la

---

* Ensayo recogido en *Aleph*, N° 115, octubre / diciembre, 2000. Manizales, pp. 138-146; título original: «Pedagogías de la violencia en Colombia».

vida a alguien con una bala, un grito, una explosión, un arma blanca, porque la vida está en el planeta tierra como definición absoluta de la confluencia entre elementos, y no como disgregación de los mismos; tenemos aire, agua, campos para cultivar, historias para contar, valoramos lo vivido, lo conseguido paso a paso, lo soñado, lo compartido. El inventario de artículos para justipreciar la vida no termina si miramos lo que tiene una a una cada persona; un niño el encanto por las madrugadas frías para quedarse en su rincón con su trocito de juguete narrándose aventuras; una mujer con la dignidad de lo creado, llevando los recuerdos de familia, guardando cada cosa para que no se desmadre la vida ni se eche a perder lo poco que se ha conseguido; y un hombre, ante todo un joven, con el cuerpo como baluarte y en la mirada la comprensión de todo lo por hacer: abrir espacio, soñar, ejecutar los dictados de la inteligencia. En fin, hay idealización en estas palabras, obviamente, porque pensamos la violencia desde la antiviolencia, dando la espalda a cualquier opción drástica del encuentro con los otros.

Por lo regular no nos mueve en Colombia un comando que nos enseñe, como surgido de un decálogo de principios éticos, que ante todo no debemos ser violentos, sin embargo una cultura de la no-violencia es perfectamente posible, porque de no ser así seguiremos construyendo a porfía para que otros catapulten y echen a tierra nuestros sueños, inscribiendo en los anales no el gerundio 'realizando', sino el otro: 'devastando', de mayor gloria para los insensatos y delirantes. Pero el movimiento de ideas acerca de la violencia puede empezar a ser distinto si se aplica a cubrir no simplemente los lamentos y las cicatrices profundas; sino a desafiar la actividad misma de la meditación, advirtiendo la desproporción de los arrebatos, las masacres y los asaltos. De todos es sabido que actuando en Colombia con violencia, el juego del parqués va dejando el tablero desolado, pero si pensamos en cambio en la violencia nos aproximamos, para empezar, a la necesidad de ver a los otros como seres vivos, no como sacos de arena destinados a recibir golpes, o como 'objetos' provechosos

de los cuales escurrir el jugo de sus pesos como se saca la miel a un mango finalmente seco y desechable.

Estas palabras, como otras tantas, están por supuesto atrapadas en los libros, y deberían paradójicamente 'estallarle' al paso a todos los colombianos para que como lluvia fresca llegue a nuestras vidas una cultura de la no-violencia. Desde los primeros armisticios el hombre ha pensado en la violencia con mayor o menor decisión, ha intentado hacerlo y algo ha conseguido: tocar a otras puertas y ser bien recibido, o simplemente aplacar la ambición violenta y el resentimiento. Nunca, de otro lado, ha sido posible destruir al otro sin destruirse a sí mismo, si no en el acto, en el post-acto, cuando los un día lastimados regresan a lastimar. Pero el sencillo acto de pensar la violencia puede traer el silencio y la quietud necesarios para disuadir las intenciones nefastas y traer a cuento otras cosas que nos ayuden a no sumar por hoy más sangre a la sangre.

La filosofía y la pedagogía tendrían los términos precisos y las definiciones correctas para pensar la violencia; entre ellas la 'tolerancia' significará siempre el más rotundo comienzo, porque si en la previsión de crímenes, violaciones, secuestros y torturas se colara la cabecita *coruscante* de la palabra 'tolerancia', tendríamos la posibilidad real de construir una realidad diferente basada en la observación y valoración de lo otro, sin odio ni desprecio. Disuelto el presupuesto del 'mato o me matan', que no tiene por que ser necesariamente cierto, es posible encontrar en Colombia hombres y mujeres de vuelta a una realidad sólida y solidaria; realidad que no la desbordan tensiones y saldos de cuentas. Mucho antes de que la filosofía occidental escribiera la *Carta sobre la tolerancia*, del filósofo inglés John Locke[5], uno de los grandes documentos acerca de la convivencia, la tolerancia y el reconocimiento entre los pueblos y personas, fue escrito por las religiones orientales, paradójicamente las mismas que fueron promotoras

---

[5] LOCKE, John. *A letter concerning toleration*, escrita en latín en 1685, publicada y traducida al inglés en 1689.

de conquistas, guerras y resentimientos; acercándose a la aceptación y comprensión del valor de la diferencia de unos y otros pueblos, el Rey Asoka de la India, en el siglo II a. de C. mandó distribuir por todos los rincones de su país unos pedagógicos y edificantes *Edictos sobre la tolerancia*, con los que consiguió que pequeños y grandes grupos de diferentes credos lograran congregarse en torno a un objetivo único de reconocimiento y valoración de la vida; de esta manera la India, la más abigarrada nación de naciones, donde infinidad de pueblos y religiones se pasaban por las armas sin mayores contemplaciones consiguió, sin perder en absoluto sus diferencias, ser un pueblo que reconocía con claridad meridiana la inutilidad de la violencia.

También en Colombia intentar dejar de ser violentos, asumirlo como una decisión tomada, nos permite soñar lo que seríamos en un completo estado de no agresión. Creyendo en un orden nuevo con proyectos nuevos y conciencias nuevas alcanzaremos sin duda las codiciadas definiciones de 'lo cordial' y 'lo auténtico', amén de que, entre otras cosas, los niños saldrán de los conflictos, y el infame secuestro será historia de autoritarios trogloditas de otros tiempos.

- 2 -

A la luz de las citas de dos autores intentaremos ahora, sin abusar de las descripciones, pensar nosotros mismos la violencia. En un país que deja claro de tiempo atrás que los conflictos se resuelven de manera violenta, casi habría que suponer que las personas no están dispuestas a escuchar razones acerca de la improcedencia de sus actos, pero no perdamos la ocasión y expongamos lo que tenemos entre manos. La primera cita proviene del escritor francés Georges Bataille, quien al hablar de erotismo habla también, por supuesto, de violencia, que no es de ninguna manera extraña al comportamiento humano, pues a través suyo se escriben todos los asaltos, conquistas, y arrobos amorosos, desde un fuerte abrazo, un mordisquillo en la oreja, hasta la más brutal violación. Pero el erotismo como tal no constituye en sí un

conflicto que se deba resolver, y cuando hablamos de la violencia en Colombia y de la ceguera y brutalidad en la resolución de conflictos, no estamos hablando ya de erotismo, aunque autores como Octavio Paz intenten de muchas maneras cambiar términos como: 'conquista de América' por otro más erótico pero menos violento: 'seducción de América', en la descripción de un evento que para nosotros está claro que su connotación erótica, si alguna tuviera, no fue otra que: 'violación de América'.

Debemos ir, de cualquier manera, con calma en nuestra exposición, porque acaso no sean propiamente 'conflictos', sino los más simples cruces de palabras; un *sí / no*, un *mío / suyo*, que saltan a la vista en las esquinas, en las alcobas, en las cafeterías, en los mercados, pero lo irremediable no es el conflicto como tal, que con sana dialéctica acaso encuentre solución, sino la singular manera que tenemos en Colombia de ser intolerantes y de acudir a los golpes y a las armas para sentar precedentes de poder que agudizan las confrontaciones e involucran a más y más personas cada vez. Si bien la palabra 'conflicto' procede de la geografía política, donde señala el resultado de la invasión de fronteras, la hemos traído a la descripción de las fronteras entre personas aquí en Colombia; fronteras que por múltiples razones se han hecho cada vez más rígidas y duras.

Pediríamos a los pedagogos en estos precisos momentos las claves para la resolución dialogada de conflictos, que nos enseñen a estar calmados cuando tenemos que reclamar algunas cosas, que nos enseñen a disculparnos, a no asaltar a los demás..., en fin, a estas alturas soy yo quien debo pedir excusas por no haber dado aún la cita, por dejar al señor Bataille con su emparedado *erotismo / violencia*; estas son sus palabras: "(*la violencia humana no es esencialmente efecto de un cálculo, sino de estados sensibles como la cólera, el miedo, el deseo*...)"[6] Ahí están esas hermosas palabras que nos defienden aún

---

[6] BATAILLE, Georges. *El erotismo*. Tusquets editores. Barcelona. 1997, pág. 68.

de la morbosa deducción de que los actos violentos proceden siempre del frío cálculo; ahora podemos pensar con calma que acaso no, que la irrupción de la violencia está motivada por estados humanos que nos desdoblan y nos vuelven bestias, y aunque lo diga en estos términos, estoy hablando a favor de quienes a pesar de propasarse con la violencia sirviéndose de un grito, de un empellón o de un asalto, podrían aún pensar que son las tensiones continuas las que los desbordan, y que en cambio de eso una sana pedagogía podría reorientarlos a pensar en la violencia como móvil innecesario e insano en la relación con los demás; los impulsos difíciles que 'nos sacan la madre' podemos aún sortearlos con sensatez y buen sentido del humor; no con cólera, por supuesto, que destruye todo lo bueno y lo simple, destroza el velo de la novia, ahoga al niño berrión, desintegra en mil pedazos el nicho de amor, sumando horrores y miedos a los amaneceres, atardeceres y anocheceres en Colombia.

Por su lado, el 'deseo' del que habla Bataille, si efectivamente tuviera por norte el erotismo, viviría en cada ocasión la plenitud de sus asaltos, pero entre nosotros el deseo se ha contaminado de hambre y rabia por poseer, de fría lascivia que ve igual, como cosa comible, a niños, adolescentes, jóvenes, mujeres. ¿Entramos, según estos términos, en los orígenes mismos de la violencia...? Vamos a ver: nos asombra que sea hoy Colombia en el mundo el país más violento, casi diríamos en consecuencia, el más primitivo, lo que significa que tenemos el mayor número de violadores, de asaltantes con cuchillo, de sicarios, de coléricos padres de familia, de maltratadores de mujeres, de secuestradores, de torturadores, de irracionales quemadores de autobuses y camiones, en fin... No se trata, con estas precisiones de llegar a conclusiones lamentables que precisamente intentamos superar, sino por el contrario, de promover alguna suerte de pedagogía que ilustre de una vez por todas que el deseo es una forma de aproximación, que la concordia no es sólo una palabreja de idealistas, que se puede intentar no actuar más por provecho propio y a despecho del drama que deja cada acto violento.

Pero las palabras del señor Bataille no advierten, de otro lado, que en Colombia hay además oficiantes de la violencia; en las calles de las ciudades se hacen estallar bombas y selectivamente se matan personas a cambio de dinero; indiscriminadamente se retienen personas en las carreteras para aplicarles su dosis de terror, humillación y secuestro; los 'oficiosos remediadores de ideologías' en diferentes puntos del país llaman a lista a personas humildes para pasarlas por las armas; hay asaltos a poblados y cruenta guerra, además de la más rampante delincuencia. Todo esto habla, por supuesto de una violencia calculada, de una desconsideración y un irrespeto continuo, pérdida del concepto de la vida y exacerbadas formas de 'definir' lo nacional. Es en este punto, precisamente, donde conviene evocar la segunda cita, esta vez de un pensador ginebrino, Jean-Jacques Rousseau, que dice: "*Un hombre abandonado, solo sobre la faz de la tierra, a merced del género humano, debía ser un animal feroz. Estaba pronto a hacer a los demás todo el mal que temía de ellos. El temor y la debilidad son las fuentes de la crueldad*."[7]

El miedo desenfrena los rencores y clava sus uñas con más furia; entre más miedo, más odio y más ganas de 'comer del muerto'. Pero aun habría más: la guerra en Colombia es paradójicamente (¿o tendríamos que decir 'lógicamente'?) benéfica para muchos, y por tanto se alimenta e intensifica; en contraposición, lo que ha logrado efectivamente es amedrentarnos a todos. Tengamos la posición que tengamos, los violentos han logrado en Colombia algo prácticamente increíble, y por lo que reclamamos y nos reclaman continuamente quienes nos observan sufrir y morir inútilmente; que nadie responda, que nadie reaccione, que estemos todos tan atemorizados que en lo único que pensamos es en el propio cuidado, y por tanto, callados como animales, lo único que expresamos es temor; evitamos exponer lo que pasa en el país, no por indiferencia sino por la derrota del miedo.

---

[7] ROUSSEAU, Jean-Jacques. *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Grupo editorial Norma. Bogotá. 1998, pp. 43-44.

El profesor Estanislao Zuleta decía, en este sentido, que lo terrible no es que secuestren, ataquen, maten o pongan bombas... lo más terrible es que nos acostumbremos a la violencia cotidiana, lo más terrible es que ese tipo de cosas atroces nos parezcan normales... Desafortunadamente esto está pasando en Colombia: nuestro espacio de convivencia cada vez más difícil de entender y remediar.

¡Qué cosas terribles decimos, y qué cosas de este tipo escribe la violencia en nuestra tierra! La situación sigue, sin embargo, siendo la misma: de un lado somos intolerantes, y del otro, muchos colombianos tienen armas y andan con ellas, las contemplan como a ositos de peluche, las exhiben y las usan; además hay vacíos enormes en la vida ciudadana: poco empleo formal, altos índices de pobreza, enormes desigualdades en los temas más difíciles de tratar: la salud, la educación, los ideales. Resultado: los actores activos y pasivos de la violencia se multiplican como en el gran teatro del mundo.

UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS LÍMITES DE LA VIOLENCIA EN LAS SELVAS DEL NAYA

Preguntémonos, para empezar, y aunque suene fortuito, ¿qué sentido tiene que sea Santa Lucía quien consiga disuadir a Dante para que descienda a los Infiernos?; enarbolando la transparencia mística que recreó la leyenda de la joven que luchó entre el dolor y la fe, Santa Lucía, la abogada de los ciegos, no tendría en lo más profundo y tenebroso del infierno nada para hacer. Con la ayuda de Santa Lucía, el Dante pierde su punto de gravedad y emprende el camino hacia los Infiernos bajo esta difícil comprensión: *la ceguera* / *la transparencia*.

Las imágenes dantescas en el fondo, se nos ocurre pensar, se deben ver con los ojos clausurados para que no impacten el recuerdo, ya que no son, definitivamente, algo para ver. ¿De lo que no es posible reconstruir nada, qué mérito tiene arrobarse contemplándolo? Los cuerpos cercenados, entreverados como chamizos secos o vueltos de revés, las entrecortadas siluetas de masas humanas atadas a un cepo o hundidas hasta la cintura en el fango fétido, redondeando el dolor en las órbitas de los ojos, la condena y el movimiento sigiloso de monstruos vigilantes son sólo imágenes de la muerte, imágenes mudas de la tortura y el castigo, donde los susurros y lamentos no son más que extraños vestigios de la vida en los Infiernos.

A partir de este ejemplo, desplazado recurrentemente como ilustración de la muerte en Colombia, creeríamos en un momento dado que no es verdad que estemos ante la cúpula celeste sino ante el abismo, en las encrespadas montañas o en los valles relucientes donde un delirante entrecruzamiento de caminos lleva y trae a la gente en ese sentido heideggeriano que vincula los caminos con la vida. Aquí Santa Lucía no tendría oficio, que lo tenemos todo para ver antes que perder la gravedad y emprender el descenso; desde los primeros claros del amanecer, con el cielo arrebolado sobre las colinas más cercanas, o con la niebla densa, surca el gavilán; abre sus puertas el autobús; se anuda la corbata el ejecutivo; resuma el chocolate, llueve un poco, sale el sol, en fin..., aquí es preciso distinguir al hombre, reconocer sus rumbos, esperarlo y preguntarle. Pero, una vez más, a base de imágenes no consigue saber nadie lo que se cuece realmente en estas tierras, donde mirando atentamente vemos también cuerpos dispersos, mutilados algunos, en un desorden de gestos de espanto, en una abandonada indecencia. El aire tiene un sobrevuelo siniestro de aves negras y a la distancia hay columnas de humo, hileras de personas saliendo de las casas con manifiesto afán..., la gente que se va, los muertos que se quedan.

Iniciamos una vez más la reflexión sobre la violencia en Colombia, precisamente en ese punto en el que los susurros de los muertos se confunden con los clamores de los vivos. En las selvas del Naya han quedado dispersos desde los días de Semana Santa los cuerpos muertos de un número indeterminado de personas acorraladas y vencidas por un contingente de alrededor de 300 hombres pertrechados y violentos. Lo que se originaba allí, una vez más, más allá del definido plan territorial de los más fuertes, era la violencia que nos pone en los límites de lo *político*, lo *civil*, lo *humano* y, por qué no decirlo, lo *dantesco*. Empecemos por este último.

Al sugerir que se declare 'campo santo' aquella ruta de martirio de donde se han retirado los vivos y donde medran ahora los cancerberos de las auto-defensas, aquellas selvas han pasado a ser un Averno,

tierra de los muertos, donde , si queremos ver, más conviene evocar a Santa Lucía y atravesar el campo con las cuencas vacías. Pero la simple descripción no aporta elementos de comprensión, pues alguna señal de imposibilidad frente a la violencia está inscrita en la idea de declarar aquello un 'campo santo', y es cierto: ¿qué se puede hacer hoy frente a los designios violentos de los hombres de las auto-defensas? Irónicamente: bendecir sus tierras logradas a sangre y fuego, como en tiempos de la conquista se hacía igualmente. Es evidente que no se rescata nada cuando se 'salvan' los muertos ya sin soplo, sin voz, sin luz en los ojos, pero, como lo denunció el clamor romántico de Gustavo Adolfo Becquer: "¡*qué solos se quedan los muertos*!" Los violentos cuentan con esto a su favor, precisamente, lo solos que se quedan los muertos.

Aludimos asimismo a los *límites de lo civil* cuando tocamos la evidencia del desplazamiento forzado, el movimiento apenas consecuente de los campesinos cuando las avalanchas de violencia cubren con su fango las veredas y las casas. La circulación de la violencia tiene siempre sus comienzos en estas desproporciones, cuando el contrato civil que ha dejado por fuera a los violentos, saca de oficio a quienes estos tengan entre ojos. Desvalorizadas las opciones de los programas agrarios, educativos, y de salud, las personas echan mano de sus bártulos y sencillamente eluden la muerte violenta; atrás quedarán las lunas y los ranchos, mientras adelante se escenifican los gestos que han nutrido de nostalgia nuestras ciudades y nuestras letras.

En la idea de ganar lo civil, se ha perdido lo civil; un término por supuesto maleable y abstracto; el individuo ingresa en lo civil y hace en consecuencia ejercicio de sus derechos, de alguna manera reclamables en situaciones ideales de proximidad a los centros administrativos, no de lejanía. Pero, ¿por qué no de lejanía?, ya lo sabemos, en situaciones límite como éstas vemos con decepción cuán lejos está aún Colombia de un legado que advierta los méritos del reconocimiento de las comunidades. El desplazado sospecha,

por supuesto, que estar de cara a los fusiles y enfilar la marcha hacia donde nada le pertenece puede significar en el fondo lo mismo: entrar en el ojo del remolino de la problemática histórica de toda una nación.

La violencia no da tiempo a pensar, es una descarga súbita de bilis negra sobre los derechos y sobre las personas…; pasamos a reflexionar el *límite político*. En el evento de que quienes dialogan de paz tantas y tan repetidas veces no se llegue a acuerdos ni se consiga eludir actos como las masacres en el Naya, no deben los analistas precipitarse a declarar que no hay política ni en las propuestas ni en las acciones. ¿De qué sirve, en estas circunstancias, retirar el signo político de cada confrontación, de cada golpe violento de los unos y los otros? Siempre que lo puesto en cuestión sean los territorios, allí se ejercita, a bala o bajo contrato, la dinámica política aunque, para dar un ejemplo, aproximadamente 300 hombres de las auto-defensas físicamente se han tomado la ruta que va de Patio Bonito a San Francisco del Naya; tierras cultivadas de coca, de caminos tortuosos y paisajes de selva; hermosos espacios verdes de este país sin par; allí mismo donde el Ejército de Liberación Nacional acosaba y reducía a sus secuestrados, en esa otra modalidad violenta tan demencial como la ejecutiva masacre.

No debemos eludir entonces la evidencia del emplazamiento de otros estados en el marco territorial colombiano, no estados étnicos como el de Chiapas en México, que puede hoy sortear su independencia sin acudir a las armas, sino estados hechos a plomo, movilizados a base de terror para asegurar la finca, es decir, la pasta y el dólar. Luego sí hay juego político, y del más clásico, como en las invasiones mongoles con hombres dispuestos a empañarse de sangre y a reír con insolencia ante la impotencia de los demás.

De la suma de los tres límites se anunciará el definitivo, el que desde tiempo inmemorial ha querido poner en letras de molde los interrogantes más contundentes acerca de la violencia; se trata del *límite de lo humano*. Sí, porque así como nos deja pasmados la

escena de una fiera devorando a una persona que atrapa indefensa con su zarpazo, la derriba, la tritura con sus dientes, en el Naya y en otras partes de Colombia contingentes interminables de hombres ha martirizado a decenas de personas, les han rasgado sus venas y han lamido su sangre. Este límite ha tenido siempre un nombre que espero no suene aquí a cosa vacía: 'barbarie'. El proceder humano fuera de la condición humana; la desinhibición de la crueldad y del irrespeto por la vida, por el clamor elemental del "*no me maten*".

Muchos pueblos en la historia han sido bárbaros en sus guerras y en sus usurpaciones de tierras; hoy son estos colombianos, ignorantes de toda ética, de toda elección dialogada, de toda formación académica. El opuesto, todos lo sabemos, alude a la 'civilización', que poco haríamos elevándola como modelo por las ambigüedades que entraña. Para intentar entender lo que han hecho esos hombres en el Naya y lo que ocurre tan a menudo en Colombia, poco ganamos desgarrando las vestiduras como hombres civilizados que deploran la barbarie; saquemos en cambio algunas conclusiones de los límites señalados:

a) El fenómeno, que no es de hoy precisamente, consiste en la expansión territorial; el procedimiento, lamentable y funesto, como ejercicio de arrogancia y poder, son las armas.
b) El balance de lo ocurrido señala los espacios finales donde se pierde la convicción de estar en el mundo: muerte, desplazamiento y miseria, por no nombrar todo el desencadenamiento, una vez más, de nuestras más profundas soledades, nuestra desprotección e incurable impunidad.
c) Las consecuencias, para mayor decepción de los tiempos que corren, cuando se elevan voces en favor de los derechos humanos y las políticas de reconocimiento, no son otra cosa que la demolición de los ideales del respeto a la vida.
d) En fin, las tareas a emprender seguirán siendo las mismas: pedagogías de la violencia, cultura agraria, diálogo político.

Una vez más, después de los sucesos, lo que nos interesaría ver con redoblada transparencia es, por el contrario, la no-violencia. ...Si parece tan sencillo interponer un simple ‘NO’ para que no ocurra la violencia, ni se recorra con ella los caminos de Colombia.

AVE IMPERATUR, MORITURI TE SALUTANT[*]

En una frase supremamente sencilla, el filósofo francés Maurice Merleau-Ponty dejó expuesto el tipo de papeles que podemos jugar ante la historia: "La historia –dice– es una, ya se la contemple como espectáculo o se la asuma como responsabilidad"[8].

Probablemente un ingrediente como la valentía haya sido necesario siempre para participar en la historia bajo alguna de estas opciones (la responsabilidad), tanto que recapitular la historia es casi hacer balance de la presencia de la valentía en los diferentes eventos. Para dar sólo una idea de hasta qué punto sin este elemento se pierde la ocasión de transformar un estado de cosas, baste recordar la estrecha relación que se dio en la época feudal entre 'fidelidad' y 'valentía', cuando pequeños señoríos empezaron a definirse como la nueva expresión de Estado, y sus vasallos, en aras de la defensa por mucho tiempo acariciada de su propia nacionalidad cultural,

---

[*] «Salve César, los que van a morir te saludan». Palabras que, según Suetonio (*Claudio*, 21), pronunciaban los gladiadores romanos cuando desfilaban, antes del combate, ante el emperador.

[8] «L'histoire est une, qu'on la contemple comme spectacle ou qu'on l'assume comme responsabilité». Maurice MERLEAU-PONTY. *Les aventures de la dialectique*. Éditions Gallimard. Paris. 2000, pág. 19.

elevaron en la valentía el recurso definitivo para escribir su historia, aunque en repetidas ocasiones todo fuera en servicio de tiránicos señores feudales. "En todos los países –comentó al respecto el filósofo G. W. F. Hegel– se erigieron castillos, se hicieron fortificaciones, para la defensa de la propiedad, para el robo y la tiranía. También la codicia inspiró la valentía. En general, pues, surgió el espíritu de la valentía en aquellos tiempos como defensa necesaria, por miedo de perder la propiedad"[9]. Difícilmente aceptaríamos hoy, después de todas las lecciones que ha ofrecido la historia, que la valentía equivalga a la responsabilidad; la arrogancia de las armas ha hecho del 'espíritu de la valentía' una noción ambigua y en ocasiones absurda.

A la otra forma de plantearse ante la historia según las palabras de Merleau-Ponty, contemplándola como un espectáculo, sin ingresar en el escenario de los conflictos, viéndola pasar en caravana, no podemos buscarle un elemento concomitante a la valentía, como no sea la pusilanimidad, o falta de ánimo y audacia. Pero aquí igualmente incurrimos en el riesgo de extralimitarnos en el juicio, porque lo que acaso reclame hoy esta función de espectador no sea algo como el desinterés por la propia historia, sino por el contrario, la plena convicción de que los conflictos armados ni resuelven las diferencias ni son en sentido estricto la verdadera historia de un pueblo.

Lo que nos mueve a realizar estos comentarios no es, de ninguna manera, la polaridad que invita a distinguir dos roles posibles ante la historia, sino por el contrario, la "unidad" que alcanzan los dos por obra del equilibrio que ilustra la historia entre las acciones mediadas por la responsabilidad y la observación de esas acciones desde el privilegio de la vida en el marco de los derechos; en otras palabras, que no hay historia de mero protagonismo, pero tampoco de sólo espectadores.

---

[9] HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. vol II. Ediciones Altaya, S.A. Barcelona. 1994, pág. 608.

Esperamos que estos elementos nos sirvan ahora para volver la atención sobre un personaje colombiano, a quien dos episodios recientes le han reclamado su responsabilidad frente a la historia; estamos hablando del ciudadano Álvaro Uribe Vélez como quien preside la administración de Colombia, pero también como quien simplemente observa nuestra historia. La ilustración de la responsabilidad, para comenzar, puede no ser tan evidente en las acciones que realiza un ciudadano de estas características, pero antes de pasar a los episodios, conviene que exploremos brevemente la noción de 'responsabilidad' para ver si estamos entendiendo con claridad y apuntando con certeza.

a) Es responsable quien responde satisfactoriamente a lo que se le encomienda. Esta idea rectora pone en tensión la satisfacción final con los presupuestos iniciales, dejando en las márgenes de la insatisfacción el juicio de "irresponsabilidad". La inmensa relatividad aquí presente reclama planteamientos más detallados y precisos de la responsabilidad.
b) La precisión que nos puede estar haciendo falta bien puede aludir a la "correspondencia" necesaria entre las acciones y las expectativas que se tienen de las mismas. La responsabilidad es así, de principio, una disposición política que exige correspondencia (o profunda coherencia) entre los actos de un individuo y el reclamo de sentido positivo de los mismos.
c) De lo anterior se desprende con claridad la orientación positiva de la responsabilidad, que llama a la producción de un resultado en orden a lo deseado; se infiere de oficio que el caso contrario, en el que la irresponsabilidad campea, no aporta más que irresolución, inestabilidad, falta de credibilidad, fracaso.
d) Responsabilidad no puede ser, de otra parte, otra cosa que compromiso expresado no sólo en el acto ilocutivo: "yo me comprometo a…", si después resultara que no obedecía más que parcialmente a los fines expuestos. El compromiso reclama sensibilidad, talento e inteligencia, casi una determinación de

jugarse la vida en cada situación, un disolverse en el discurrir de los hechos como un protagonista que puede hacer de su historia el contenido mismo de la historia. Probablemente se requieren seres humanos de excelentes cualidades para que se den los asuntos de la responsabilidad en estos términos; auténticos líderes y no simples funcionarios del poder.

e) La anterior consideración refrenda, finalmente, un evento político determinante que consiste en asumir la responsabilidad, y no simplemente en emplazarse en un espacio público para dejar pasar ante sus ojos la corriente de la historia.

f) En términos filosóficos la responsabilidad tiene como fundamento la "libertad de la voluntad", que señala individuos autónomos asumiendo *ex profeso*, desde el fuero libre de su voluntad, el compromiso civil que les corresponde.

Volvamos al cauce por el que veníamos. Resulta determinante plantear ahora el problema de los grados de responsabilidad en función de la intencionalidad que en un momento dado guía a un individuo. Es aquí, precisamente, donde nos interesa volver sobre el caso del ciudadano Uribe Vélez, preguntando: ¿cuál es su intención en relación con los continuos reclamos de paz verdadera, clamores de acciones orientadas a solucionar problemas puestos sobre la mesa como el secuestro, el acuerdo humanitario, etc.? Si necesitáramos saber cuál es su verdadera intención para poder medir el grado de responsabilidad que le compete, realmente estaríamos en una sin salida, porque a falta de otros elementos, qué puede esperarse de sus palabras en los distintos lugares que visita, donde anuncia: "mi compromiso es devolver la paz a esta región y por eso insistiré en la estrategia que nos está dando estos resultados". La estrategia, paradójicamente, es la guerra, y los resultados, los que deja la guerra. Lo que quiere decir que en estos términos no hay estrategia alguna y no hay como tal responsabilidad frente a la paz, más aún, no hay la más mínima intención de promover acciones de

reflexión y diálogo sobre un conflicto que no curará ni la valentía ni las armas. Con más guerra no ha conseguido ningún líder, ni el más avezado, alcanzar la paz; esta elección irresponsable trae sí, mayor desconcierto.

Pasemos entonces a la presentación de los dos episodios que de manera elocuente han puesto en evidencia las limitaciones del ciudadano y de sus asesores para interpretar el devenir de la historia; 'asesores', decimos, que han mostrado estar lejos de entender el papel de verdaderos sabios que ha exigido siempre estar cerca del presidente de un Estado para leer los símbolos que ofrecen los tiempos y poder, con agudeza y sentido de paz, predecir y recomendar mejores acciones para que su señor sea justo y grande, como es el ideal. El primer episodio se dio en noviembre pasado cuando la pintora Débora Arango, hoy una anciana venerable, envió una paloma viva al presidente Álvaro Uribe Vélez; el episodio puede parecer familiar, pero nunca los gestos de los ancianos, y menos los de los artistas, dejan de estar cargados de honda significación. El presidente Uribe Vélez regresó la paloma a la pintora pidiéndole que le enviara a cambio un fusil. En este punto se destemplan todas las cajas, pues queda ilustrada la soberbia de alguien que no deriva la más mínima reflexión ante un evento simple del mundo de la vida, respondiendo con humor negro a un gesto de ternura. Leer la respuesta del presidente no lleva mayor trabajo, pues indica que lo que necesitamos en Colombia son armas para ganar la guerra, y no pamplinas de viejos y de artistas como palomas y cosas así.

Pocos días después la cadena radial Caracol entrevistó a la pintora Débora Arango formulándole una única pregunta que la artista respondió: "le envié la paloma al señor presidente porque en sus manos está la paz de Colombia". Estas palabras son suficientes; por supuesto la paloma no se proponía como una cosa canjeable por un fusil, por supuesto una paloma en las manos del presidente no equivale a la paz; pero la amplificación de su imagen, de su simbología, del mensaje de una anciana que ha pintado como ninguno en

Colombia las ridiculeces del poder, bien podría traer un aire de paz; se trataba de un gesto coyuntural que bastaba apropiar, magnificar y entregar a los colombianos bajo la forma de un propósito común: a pintar palomas en las calles, en las fachadas, a esculpir palomas, tallarlas, labrarlas, fundirlas.

Sobra decir que en la respuesta del presidente Uribe se vio su flagrante irresponsabilidad frente a la paz, pero también su falta de sensibilidad e inteligencia, dos atributos que no pueden faltar a un líder de quien se reclama firmeza, pero también ternura, principio de realidad, pero también ilusión.

El segundo episodio, que da título a este ensayo, es de hace unos días, para ser más exactos, del sábado 24 de enero, cuando, tras veinte meses de retención y secuestro, los diputados de la asamblea del Valle del Cauca hablaron a sus familiares, al país y al presidente Álvaro Uribe a través de un vídeo. Se podía ver allí la condición de estas personas suspendidas de la vida civil por la arbitrariedad e irresponsabilidad de quienes delirando con las armas quiebran, rompen, exterminan, apartan. La guerra es un juego difícil, ciertamente; y bien, allí estaban ellos saludando desde la ausencia, ni en condición de emigrados a otro país, pero tampoco muertos; un punto intermedio que duele presenciar y del que los masacradores de oficio sacan enormes rendimientos. El mensaje que encabezó la muestra de supervivencia empezaba así: "Señor presidente, los que van a morir te saludan. Señor presidente, ¿cuál es la estrategia para nosotros?"

Estas personas que hoy se presentan ante el presidente de la nación como lo hacían en la Roma antigua los gladiadores ante el César, luchadores a muerte que enfrentan con su poca vida las más arteras fieras, han conseguido develar la gravedad de esa primera opción ante la historia que nos mostrara Merleau-Ponty. La historia de Colombia se desenvuelve atropelladamente como festín ofrecido a un público cuyo espectador de honor es nada menos que su presidente. Las palabras del ex asambleista Jairo Hoyos, a primera vista temerarias, ilustran

de manera sintética la irresolución a la que ha llegado después de tantos conflictos continuar eligiendo la guerra para construir la paz.

¿Qué necesidad tenemos ahora de recomendar la otra lectura, la que promueven los actores de uno y otro bando, si en medio de ellos se hallan estos y los demás gladiadores retirados de la historia? Probablemente es tan difícil encontrar una salida, que a un ciudadano corriente a quien se le reclame auténtico compromiso, puede convenirle más desviar el objetivo de una paz verdadera que perder su estatus de espectador, ambiguo espectador haciendo contabilidad de las balas invertidas, antes que de las vidas resguardadas y recuperadas para la propia vida.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

LAS SUERTES DEL RECONOCIMIENTO

"Empieza a sentir y siente
la vida como una guerra"

Miguel Hernández

No digamos que al caer el telón de cada acto de violencia o al registrarlo la pupila o al sentir el estertor de algo que cae, de algo que se rompe, se desvanece la memoria.

Nos está faltando en cada secuencia, motivada o accidental, el gesto final del reconocimiento, el primer encuentro con la realidad transformada, el juicio que asiente, que dice: "Sí, son mis muertos". Teñidos, carbonizados, la carne abierta, conservando sin embargo sus rasgos, destituida su voz, su movimiento.

Todo lo que tiene para levantar la obscenidad de los cuerpos estaría entregado allí, en la indefensión que da la muerte, sin abundar en desnudeces ni mórbidas visiones. Signos de una destitución que se realiza en los cuerpos de los otros que, como el tejido, pueden destejerse pero rasgando su figura, o como las construcciones antiguas, guardan en el testimonio de sus ruinas el elemento final de la hermo-

sura, esa evocación que recupera la grandeza a partir de la evidencia del fragmento. Son los territorios de la violencia ahora inmediatos e interiores, imborrables como la desolación de los campos que fueron bosques y hoy son tierra reseca y yerma.

Dispuestos apenas como cosa, como escombro del magnífico edificio que era la vida vivida desde el colorido de la vida misma, donde hacer memoria era traer a la palabra los encuentros, las ocurrencias, los sueños; allí están ahora los cuerpos sobre los que ha hecho pasto la violencia, entregados a la mirada de quienes los vivieron como cosa interior. Así ha quedado entregado el cuerpo al extraordinario evento de concurrir a la morgue y probar que "sí", que la violencia lo ha liquidado como espárrago. Con paso medroso, el pulso alterado, a quien se regalan estas penas acude al reconocimiento para identificar lo que le trae hoy la mala ventura, las tendencias que apuntalan a esta sociedad en la que se mata y se hiere desasosegadamente. Eludiendo la suerte obscena que persigue la fotografía cuando se ensaña en los cuerpos derrotados para exhibirlos en los periódicos y abrirlos impúdicamente a la mirada, el convidado está ahora en la obligación de observar con los ojos bien abiertos para asentir y decir "Sí, ellos son". Algo grave se ofrece y –como escribió José Martí– "a un banquete se sientan los tiranos", porque si ningún ojo alcanzara a delinear en la memoria la forma precisa de un recuerdo que permitiera declarar: "Sí, es él (es ella)", entonces el pedazo de cuerpo labrado por la violencia, proseguiría su carrera de cosa irreconocible que sólo los procedimientos de la ciencia podrán declarar que fue efectivamente alguien por los pelos y las uñas.

De modo inveterado imagino ahora esta secuencia como una experiencia primera para el conocimiento. Lo propongo deliberadamente para que las preguntas que usualmente plantea un filósofo recojan de allí la ocasión del conocimiento. Así, digamos, tú, mi amigo y compañero, mi socio de todos los días, el que me trajo a estos rumbos, o tú la que hiciste aguas en mi cuerpo, la que atendió mis crenchas y mi acné rebeldes, o también tú, que recogiste mis años entre tus

brazos, acudan por favor a este instante en el que la violencia me ha convertido en algo menos que una cosa, sin expresión ni reunión de elementos, en contacto con el polvo, partida mi retórica presencia; el Juano, el Feo, el Mono, el mal querido y al fin querido por sus fugas y sus mentiras, aquí estoy mirando a algo que no sea acaso el infinito, con lo poco de ojos que me han dejado los desgarradores de rostros. Mírame fijamente y encuentra que esto soy yo, que puedo serlo aún para tus ojos por cualquier trocito de carne que reconozcas como la esquina de un barrio o como el meneo de un perro. Y en el momento en que el asombro te lleve las manos a la cara, cuando apenas resistas mirarme yaciendo como guadua cortada, quebrada, apisonada, no olvides ofrecer esa experiencia al filósofo, para que tenga la ocasión de discutir lo que humanamente está sucediendo: la violencia está arrojando a los rincones, no la carne en canal de los cerdos y las reses, sino los cuerpos de los que no libramos las guerras. Empecemos entonces, que ya han sido muchos los silencios.

Al "comprobar" todo esto y al elevarlo a experiencia filosófica, no restamos dignidad ni a lo uno ni a lo otro. No dejará de hacerse evidente tampoco cómo probamos cumplidamente, en el sentido de responsabilidad moral que nos exige acudir a donde debemos acudir, observar lo que estamos obligados a observar, y como tal, alcanzar este desenfrenado conocimiento. Si retiráramos este carácter de obligatoriedad anunciando con reserva que preferimos dejar las cosas así o aplazarlas, no estaríamos en posibilidad ni de deplorar la violencia y reclamar solidaridad, identidad, reconocimiento, olvido, ni mucho menos de restituir de los destrozos la evocación esencial de lo que pudo haber pasado para que hallamos llegado allí a arrostrar, en medio de la tensión más fiera, la menuda tarea del "reconocimiento" de nuestros muertos. A partir de allí vendrá como oficio de la memoria resolver en fórmulas o lamentos la gallardía, la templanza, la inmensa alegría que llevaba(n) en sus cuerpos. Se nos reclama "comprobar" entonces, pero no sólo el paso de la violencia, de lo que da testimonio continuo el oficio de los forenses, los fiscales y los médicos, sino de la

cosa particular de la violencia que persiguen las cámaras fotográficas y que ha hecho escribir a Susan Sontag el furioso libro *Ante el dolor de los demás*. ...Y quisiéramos desviar el tiempo en otro sentido, ir hacia otro lugar, modificar la estructura de la realidad, negar la prioridad de tener que ser quienes debamos acudir de manera inmediata a inflamar nuestros ojos, a afirmarlo y a promulgarlo.

La pregunta definitiva de la filosofía sobre "¿cómo conoce el hombre?", que tan magníficas páginas ha permitido escribir a los fenomenólogos y a aquellos escritores que ofrecen fenomenológicamente sus universos de ficción, tiene a su favor la sana espontaneidad de quien abre los ojos para ver y lo hace sin más asombro que descubrir la presencia de las cosas que reclaman ser contorneadas con la mirada, ser oídas y descifradas (las cosas del mundo, los gestos de la gente, las huellas del tiempo, los contrastes de la luz). Pero cuando sumado al asombro aparece el horror, su insufrible situación de no conciliar con lo que ofrece el mundo exterior, los reclamos éticos y políticos no se dejan esperar en el evento del conocimiento.

Al "comprobar" estamos ante la perentoria situación de confirmar una cosa cotejándola con otra, y si es por obra de la violencia que debemos hacerlo, ¿con qué cotejaremos el desastre que se ofrece, como no sea con la cosa misma birlada y destruida? La acción de cotejo es la fuente de lo que nombrábamos hace un momento como "horror", noción no sancionada como filosófica ni como ingreso en el conocimiento, y en la que distinguimos sin embargo una fuerte impresión de los sentidos y, ¿cómo no?, un movimiento turbulento de la razón desplegando todas las preguntas posibles sobre la condición humana. Y ese "horror" sería, sin mayores rodeos, temor y repulsión motivada por la vista y la puesta en conocimiento del siniestro; sobra decir que cualquier expresión derivada, aunque incomprensible, no podrá ser menos que un *grito de horror*, porque no de otra manera se da testimonio de lo terrible, sino poniendo en la garganta, en la mueca, en las manos crispadas lo muy doloroso, lo que sin herir propiamente las

carnes ni partir los huesos duele. En asuntos como estos reflexionaría Pablo Picasso cuando hacía los bocetos para el *Guernica* y construía el gesto de la mujer con el niño muerto en sus brazos; siendo también posible lo contrario: "Suetonio –escribe Antonio de Capmany– refiere las crueldades de Nerón con tal serenidad y llaneza, que creeríamos que no siente el horror de lo que pinta".[10]

La acción de cotejo es la fuente del horror, o de todos aquellos sentimientos de incomprensión que hacen del reconocimiento un movimiento de la razón. Tardíamente ascenderemos a la comprensión, acaso nunca, de lo que ha ocurrido aquí, porque la violencia no se interroga esencialmente por las causas, que vienen a ser siempre las mismas: un acto de nepotismo, atropello y exterminio. En cambio, una franja de contenido histórico habrá venido en el ropaje de la violencia a modificar un estado de cosas para derivar las tensiones de la realidad hacia otro rumbo del que no se tienen garantías de que se cure sin acciones igualmente violentas, más allá del tiempo, la condición, el espacio, la restitución de culpas, el olvido.

Pero no nos alejemos del momento de conocimiento que queremos explorar cuando el horror –decíamos– nos anuncia palmariamente que están allí, echados por tierra, los cuerpos de nuestros elegidos, toda su masa antes articulada y dotada de sentido, ahora partida y mezclada, reducida. Horror comprobar lo cierto, lo efectivamente ocurrido más allá de las versiones, presenciándolo además, alcanzando la certidumbre como un "estado firme de la mente" no meramente subjetivo, a un grado de la locura, sino a su vez y para siempre, como puramente objetivo, lo que es y lo que está.

---

[10] de CAPMANY y de MONTPALAU, Antonio. *Filosofía de la elocuencia*. 3. 3. Londres. 1812, pág. 467.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

¿QUÉ ES LUCHAR CONTRA EL TERROR?

No está de más señalar la inmensa dificultad que comporta escribir bajo la forma 'nosotros'. Esencialmente se habla desde 'sí mismo', como desde la atalaya de un castillo; así lo hizo al menos Michel de Montaigne cuando en 1570 dimitió de su cargo y se retiró a su castillo de Montaigne (Guyena – Francia), donde escribió sus *Ensayos* que fueron, sin incurrir en la forma 'nosotros', inteligentes y necesarias lectura de un mundo en el que discurrimos todos. Si el plural que utilizamos a continuación consiguiera nombrarnos en efecto a todos, felizmente no necesitaríamos hablar del terror, pero pensando en este asunto he decidido que no puede ser de otra manera. Dado que no llegará un caballero de la luz a enfrentar el terror, entonces vamos nosotros.

Nuestro mundo de las cosas

Estamos entregando lo mejor de nuestros días, la flor, el entusiasmo, y ahora, cuando resuenan en nuestros oídos el estertor y los clamores, entendemos apenas que todo este tiempo lo que veníamos haciendo no había sido otra cosa que luchar contra el terror.

Como habitantes de este tiempo y no de otro, nos ha costado elevar la mirada para reconocernos, superar las diferencias, las heridas del pasado, hasta llegar a comprender que somos las partes de un portentoso organismo que se mueve con la voluntad, las ilusiones y los fervores de todos. De un tiempo a esta parte advertimos con claridad que nos definen las cosas más sencillas, que no tenemos más privilegio que estar aquí dispuestos a estar, que somos –como lo vieron los filósofos antiguos–, el aire y los demás elementos conjugándose entre sí para alcanzar armonía y darle variedad al cosmos, que la soledad estará curada cuando entendamos lo que significa vivir ceñidos a las demás vidas como si se tratase de la propia vida. Sí, ¿cómo no?, hemos renunciado finalmente a elegir la muerte del otro como comprobación de nuestras pasiones más intensas. Discurrimos por las calles, por los pasillos de los edificios con una fuerza en los pies y un entusiasmo en la mirada que decide de antemano la razón de nuestra búsqueda, el sentido de nuestras preguntas; y retornamos a casa, al rincón que nos recibe decididos a aceptar que sí, que mediando el esfuerzo, sopesando la dificultad, decidiendo las acciones, hemos conseguido resolver un día más articulados al mundo sin afán de renunciar ni de destruirlo todo. Celebramos entonces la elocuencia de las cosas más simples y nos complace escuchar las historias que traen los demás porque hablan de gente como nosotros mismos. Observamos a la vecina con su perrito de pulgas, al funcionario de camisa desgastada, encontramos con ilusión la colilla del lápiz de un estudiante, de alguna parte nos llega la ronquera de la radio, paseando por ahí vemos los cristales rotos de un cuarto de baño; el caso –pensamos– es que antes acaso no veíamos todas estas cosas como si, sencillamente, no estuviéramos en el mundo.

Los rigores y los días

Y vamos y volvemos llevando la casa, la herencia, la cultura a cuestas; nos encontramos en las cafeterías, en las oficinas, en las salas de los hospitales departiendo de pronto como si no nos importara que nos estamos yendo, que estamos pasando como las horas y los meses. No sabemos de otro balance que no sea estar en el mundo como esperamos lo estén los miles de millones que –pensándolo bien– podemos ser hoy que nos sentimos mundo; como si al tener una sangre circuláramos por la sangre de todos los que ahora viven o si al derramarla derramáramos la nuestra. Sabemos además que muchos asuntos están por resolver; graves, difíciles, invencibles, que el vecino traía escrita su muerte en la expresión de sus angustias, igual que los ancianos en sus órganos confusos, que quienes se sobrepasan encuentran igualmente la muerte perdiendo, por unas revoluciones de más, la gloria de escuchar el sonido de la lluvia, el escándalo de los perros, el silencio de las madrugadas. Entendiendo que la sabiduría y acaso la alegría no están en otra parte que no sea aquí, reconocemos unas cosas y otras vinculándolas entre sí: la estela de un avión a propulsión con el vuelo agitado del colibrí, la pregunta en los ojos del joven esposo en la sala de partos de un dispensario con la fulgurante aparición de la luna roja del llano. Y todo esto, por supuesto, sin afán de destrucción, sin nostalgias del desastre. Ingresamos en la interpretación de cada momento como resolviendo una ecuación, y al conseguirlo, felizmente ingresamos en la siguiente y en la siguiente. Sabemos que sin remedio de nuestra propia historia somos instrumentos de la fortuna, que las más de nuestras acciones y argumentos nos muestran como a autómatas calculando sumas de dinero que al pasar por nuestras manos se esfuman cual sortilegio; cuando menos lo esperamos, nos liquidan el contrato, elevan los precios de las cosas, nos cargan con intereses más altos, nos hunden en la depresión. Vamos perdiendo el control de la situación y se vuelve más triste la mirada, extraviada, errática,

llena de preguntas sin resolver; parecemos no entender nada, pero podría estar claro también que se trata definitivamente de buscar otra salida que nos ayude a retornar, a recuperar la ilusión y el cariño que le tenemos a las cosas del mundo; reconocer el camino apropiado por donde podamos andar sin caer en otras trampas. Desplegando la inteligencia, volvemos a confiar en algo que nazca de nosotros mismos. Cuando suceden estas y otras cosas difíciles, el espejo nos devuelve un rostro cuarteado con unos ojos que reclaman descansar; así empezamos a saber que las cosas del mundo se reflejan en nuestra piel, en nuestras manos cansadas, que si respiramos profundo y serenamos el pulso acaso reconozcamos la dimensión de la pérdida. Y juzgamos, ¿qué puede valer más que el colorido de las cosas que disfrutábamos cuando éramos niños?, pero sabemos que decir 'niñez' no es absolutamente decir 'dulzura'. La función de la ausencia, como en el baile, nos devolvió como un palmazo la otra parte de la historia: las personas, las cosas, los lugares se van. Hoy estamos, después de todo, en mejores condiciones y no se nos ha olvidado precisamente eso, celebrar a fondo que nos hemos entregado a las cosas mismas sin olvidar la cortesía de mirar a los ojos de los demás, de ofrecer los '¡buenos días!'. Un poeta diría sin entrar en mayores detalles: 'el carromato, parece, continúa su marcha frente a la curva del camino'.

La presencia de los otros

Deberíamos proseguir la descripción sin contemplar siquiera la posibilidad de que las cosas se rompan, pero tememos que al romperse el cascarón una criatura monstruosa desplegará sus tentáculos, babeará el virus de la furia, arrasará las macetas de las flores. Intentar todos los días darle forma a lo que somos; conseguir con finura estar cada vez más atentos para valorar las cosas que de verdad nos hacen libres, ser más agudos pero también más serenos

hasta que deje de costarnos trabajo despegar los párpados en las frías madrugadas porque es la alegría de los pies la que saluda la aspereza del piso, ¿qué digo?, la firmeza del edificio que hemos construido con los materiales más nobles; y así, sin contar: uno, dos, tres, cuatro, entramos en el chorro de agua vertical y limpio para comenzar el día. Ahora –sin mayores sobresaltos–, imaginamos lo que habrá significado para otros en cada tiempo ingresar día a día en los rigores de los días con decisión de sibaritas; el mundo de los otros, sí, como algo igualmente perseguido desde el esfuerzo y el abrazo de las cosas más simples. Y no nos enfada entonces aceptar las diferencias o aprender las estrategias que los han tenido también a ellos presentes cantando, bailando, contando sus historias; que suene con otro timbre y en otro tono la exposición de sus ideas, que se dibuje su anatomía bajo otras proporciones, que sus ojos se ofrezcan con otra lumbre, en fin, que sean o no sean próximos o lejanos, contemplados y temidos, que se curen en su presencia las heridas que a través de las generaciones han valido como duros comandos que mandaban erradicarlos y borrarlos; a los otros ¡no puede ser!, a los que siendo la diferencia nos permiten comprender. Nada alcanzaría sentido si las cosas siguieran siendo así, si no estuviéramos dispuestos a aceptar un mundo para los otros. ¿Quién no reclamaría la posesión de su mundo levantado ladrillo a ladrillo como se construye un imperio?; sin embargo conseguimos ver que el nuestro, si efectivamente es un imperio, ni está teñido con sangre ni está cerrado para los otros. De un tiempo a esta parte nos gusta involucrar a muchas personas y ampliar la visión de los asuntos más trascendentales contemplando lo uno y lo otro; advirtiendo que en los mejores términos nuestras diferencias podrían reducirse a un simple diálogo con el vecino, lo tomamos como señal, lo decidimos de una buena vez.

La llegada del terror

¿Para qué pensar entonces que detrás de cada piedra puede esconderse la boca de un volcán?, ¿para qué propagar la terrible sensación de una cuenta regresiva que reducirá a polvo el rigor de nuestros días? Pero sí, son estos tiempos, y hay fuerzas subterráneas que se desatan sin control, que arrollan los mercados, las calles, las oficinas. Sabemos que puestos a nombrar las cosas más frágiles, lo primero serán siempre nuestros nervios, la costura de los músculos, la armazón de nuestros huesos. Entonces, por un camino o por otro, está llegando el terror. Podemos no saberlo con claridad, pero todo lo que hemos hecho demorándonos en las cosas y continuando nuestro tránsito contemplando el tesoro que guardamos, no ha sido otra cosa que luchar contra el terror. Y no entendemos cómo hemos podido mantenerlo hasta ahora conjurado, apartado, retirado, porque en el brutal momento de su llegada las cosas cambiaron drásticamente trazando como con una línea de fuego un antes y un después. ¿Los paisajes después de la batalla merecerían ese nombre?, y así son los asuntos del terror. Cuando parecía decidirse algo y lo único que ha quedado es la muerte, ese es el terror: labios partidos, huesos rotos, símbolos desgarrados, llanto, soledad, silencio. Queremos entender entonces, pero preciso ahora nada se nos representa con claridad; las formas han cambiado echadas por tierra, mientras una inefable confusión nos vuelve con mil preguntas a las cosas más simples: ¿dónde están?, ¿por qué de pronto todo disuelto?, ¿qué ha pasado? Sin duda ha ingresado el terror en la forma de los días como voraces bocas de fuego, dejándonos la experiencia de la muerte de todas las cosas. El terror ha profanado el colorido de la vida y se ha llevado de paso no pocas vidas. Pero ¿qué forma traía el terror que no lo advertimos desde el primer momento? Trae terror la represión que echa por tierra los reclamos necesarios de justicia; la voz atronadora del padre y su mano violenta agitada como huracán; trae terror la embestida furiosa de los que estragan las tierras y obligan a huir del rincón más querido;

sólo con su aspecto trae terror quien alteró el sosiego, quien se puso ante las cosas en función de destructor. ¿A quién no aterran corazones de hierro, cuando tras atravesar a una persona prosiguen su marcha? Lo que nos queda para decir se reduce a muy poco: ¡destrucción de la destrucción!; lo que nos aguardaba –¡sí!– era el horror.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

Pedagogías de la violencia en Colombia

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

I

La dificultad de la afirmación: 'Todos somos guerreristas' hace supremamente frágil la argumentación al respecto y el análisis de un estado de cosas en el que creemos reconocer el inmenso peso de una historia guerrerista, no sólo en quienes toman las armas y se alistan de cara a la confrontación de un estado civil de derecho, sino en quienes sencillamente seguimos el reporte de sus incursiones y, sin reclamar simpatía alguna, nos impregnamos de un espíritu de guerra. Por supuesto, no se trata de algo voluntario, que para defender la honra, los intereses y la vida siempre hay argumentos; se trata, para decirlo de alguna manera, de algo legítimamente subliminal, así porque así, como si al momento de afrontar personalmente una situación difícil, de resolver un conflicto, no tuviéramos otro modelo y otra cultura que las suertes coactivas y violentas copiadas de las guerreristas.

Hay por supuesto algo drástico en la declaración 'todos somos guerreristas', algo que quisiera desdibujar de un plumazo todos los esfuerzos y todos los discursos movilizados para conjurar el tema de la violencia en Colombia, para erradicar la condición guerrerista de la sociedad. Efectivamente, pero la susceptibilidad que despierta una declaración como ésta, que revelaría cómo una comunidad entera,

que dice distinguir con claridad meridiana el cumplimiento de la vida civil, reclamando unos derechos y asumiendo unos deberes, revela sin embargo cómo en determinadas circunstancias la misma comunidad se vuelca al improvisado papel de árbitros y ejecutores de su propia voluntad sin importar las consecuencias, los sinsentidos y atropellos: precisamente lo que se tiene siempre en mira cuando se censura el papel de los violentos.

Veamos de qué manera un ejemplo puede ofrecernos una guía para ampliar la exposición de lo que nos proponemos como lectura, no como juicio de la sociedad colombiana. Las gentes descritas por Cervantes en *El Quijote*, que se aplicaban sistemáticamente a hacer mofa y a negar la racionalidad de los actos de don Quijote, esas mismas gentes terminaron paradójicamente quijotizadas a placer, no porque de un momento a otro hicieran cosas ridículas o lanzaran como el andante caballero diatribas inconsecuentes, sino porque comprendieron la enorme causa de justicia y valor, de solidaridad y amistad que defendía el personaje. Pero no nos dispersemos; nunca examinar un ejemplo da como resultado comprender o aceptar la realidad propia. Los gestos guerreristas no son quijotescos, sencillamente porque no son consecuentes con la justicia, menos aún, porque no hacen de sus actores objeto de risa, sino de desprecio. En cambio, para que el ejemplo sea de alguna manera significativo y no un simple distractor o una aberración que condenarán los académicos, una comunidad como la colombiana es muy posible que revele a estas alturas, después de más de medio siglo de guerra, cierta guerrización en sus actitudes y en su manera de pensar y dirimir los conflictos.

Por supuesto, antes de declarar con empacho que 'todos somos guerreristas', como si hablando de españoles dijéramos: 'todos son toreros', o de mexicanos: 'todos mariachis', reconocemos el enorme prejuicio que conllevan cláusulas como éstas, que impiden ver la efectiva transformación de un pueblo a favor de los asuntos relacionados con la paz y con la vida buena. Es aún prematuro entonces pretender que la difícil declaración del título agote todas las lecturas que reclama

la vida colombiana, donde cada vez resulta más significativa la labor social y de solidaridad de personas de todas las edades y condiciones. Está haciendo falta más argumentación y mayor claridad, porque al utilizar la suprema generalización: 'todos', se precipita un silogismo que, mal fundamentado, puede herir a quienes tienen en alto su escudo contra esa forma de contaminación de la vida civil que constituye el modelo guerrerista.

Si volvemos sobre los hechos de un acontecimiento reciente de la vida colombiana, acaso podamos ponernos en situación de discusión para ver si es así o no, si todos somos o si lo podemos llegar a ser, o si sencillamente estamos confundiendo los términos. Vamos al grano. Cuando el alcalde de Bogotá anuncia, después de observaciones detalladas, de consultas y marcos de probabilidades, que cada taxi que rueda por las calles de la ciudad deberá quedarse quieto dos días a la semana, puede entenderse que es de su fuero interpretar los elementos de la ciudad y proponer un orden. El nombre clásico para señalar al alcalde es 'burgomaestre', una de esas pocas palabras que recoge en sí misma la misión de lo que señala: 'maestro de la ciudad', es decir, quien en una actitud de enseñanza expone los términos del orden sin mediar la coacción y la brutalidad. El gesto de la detención de los taxis es, así visto, sin tergiversaciones, un gesto de ordenamiento ciudadano.

Hasta aquí la primera parte de la historia, el ejercicio de la condición civil de un representante, la visualización de una enorme masa de vehículos retenidos por norma para que la ciudad sea posible, de la misma manera que se puede ver en ciudades inmensamente difíciles como Ciudad de México, New York, Madrid, Seúl; dos días de la semana dispuestos además para atender los vehículos, hermosear sus partes. Hasta aquí, insistimos, la idealización de una ordenanza. Pero vamos a la otra parte. De años atrás las principales ciudades de Colombia exponen en sus calles la fiebre amarilla de los taxis; pequeños capitales de personas despedidas de las empresas cobraron cuerpo en cientos de taxis que ya no circulan como antes, esperando

ser necesitados, sino que acosan y se atropellan para atrapar a un usuario. ¿Y por qué la elección de tantas personas estuvo dirigida a la compra de taxis y no a la creación de pequeñas y medianas empresas?, porque a falta de un salario el taxista ve el dinero no más al salir de su casa, lo ve a chorro, y porque más allá de las normas, es él quien decide el costo de cada servicio. Pero multiplicándose los taxis escasean los usuarios, evidentemente, ¿y entonces qué?; aunque suene una vez más a generalización, entonces los taxis y sus redes de comunicación pasan a servir a otros intereses, llevan y traen, no necesariamente al retardado ciudadano que perdió el autobús, sino el desorden y el caos.

La falta de normas multiplica los eventos de conflicto de la vida civil. La aglomeración de taxistas en una ciudad, multiplica las situaciones de confrontación, asalta todas las normas; en un momento determinado una actitud guerrerista, de cazadores al acecho, delinquiendo en muchos casos, los convierte en un poder, en un gremio incontrolado, porque todo lo que al autoobservarse y reconocerse como susceptible de constituir un poder, no elude ya la ocasión para expresarse e imponer su ley. Esa, precisamente, es una actitud guerrerista, de ruptura de los órdenes civiles y de enfrentamiento con la misma comunidad que les da su situación.

...Y ser un poder en Colombia es darse la autorización para atropellar los derechos civiles de los demás. En la protesta del jueves 2 de agosto de 2002, Bogotá fue literalmente tomada por los cientos de taxistas que, rechazando una norma civil, secuestraron en cambio la ciudad entera retenida en ambulancias, buses escolares, autos particulares, vehículos de transporte público. 'Todos somos guerrilleros', volvemos, si interpretamos el poder como recurso para agredir y sembrar el desconcierto; somos guerrilleros si ignoramos la proyección de las normas civiles y el papel que nos cabe cumplir frente a las circunstancias de crecimiento de una ciudad; el evento del bloqueo al que sometieron los taxistas a una ciudad entera puede no ser más que un ejemplo de la elección guerrillerista aprendida por

una sociedad que malinterpreta el poder; también los camioneros obstruyen las carreteras y los puertos, o los educadores desatienden sus clases y movilizan a sus estudiantes.

Entre los ítems proporcionados por una página de internet para evaluar el suceso de los taxistas, sólo uno, el que menos puntaje obtuvo, resaltaba la importancia de una expresión de protesta genuina, sin desacomodos ni violencias, acompañada de un diálogo directo, claro y abierto; un ítem, en otras palabras, que interpretaba un tipo de sociedad de derecho donde la opción de la protesta es legítima, pero en términos pacíficos, de diálogo, mientras que los demás ítems, los que recibieron la más amplia votación, llamaban por un lado a la movilización de tropas para controlar la situación, y por otro a la opción de la fuerza cuando se dictan normas que van contra los propios intereses. Se trataba de un país entero opinando y recomendando la que hemos denominado, la 'actitud guerrerista', como confirmando el silogismo: 'todos somos colombianos, luego todos somos guerreristas'. Por el contrario, la elección civil de acatamiento e intercambio no violento, ¿dónde puede estar después de tantos años de resoluciones traumáticas de conflictos?

Entremos ahora en una fase de preguntas, siempre útiles para multiplicar la discusión: ¿a quién se ha educado en Colombia durante todos estos años?, ¿a sujetos irreflexivos que obedecen al furor de la corriente?, ¿cuánto se pierde en un día de disputas violentas, y en cambio cuánto se gana en unas horas de diálogo e intercambio?, o más exactamente, ¿qué puede ser la paz si cientos de brotes de violencia están a punto de estallar sin importar las consecuencias? No lo vamos a repetir más, aquí todos somos colombianos.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

II

Para enfrentar a la violencia una salida interesante puede ser imaginar que no tiene resonancia alguna. El silencio es una hipótesis que puede invertir la inmensa celebridad con la que cuentan hoy los administradores de violencia en Colombia. Partir del supuesto de la irrelevancia de las masacres y los secuestros más allá del dolor que causan, debería ser una opción para que la opinión pública no se construya sobre la base de la violencia; sin embargo, los eventos violentos resuenan, ingresan en las estadísticas, celebran a sus actores, traspasan las fronteras como actos noticiosos de primer orden. Por ello se multiplican. ¿Qué hace en cambio la bien alimentada opinión pública? Seguir pasmada el carnaval de la muerte, clausurar espacios, desviar sus inversiones, escurrirse hacia otros países, ignorar la violencia, habituarse a su franja amarilla en los medios de comunicación.

Poco importa que alguien alcance celebridad cubriendo un evento violento, declarándolo al mundo, que module su voz como el mejor, o que sea el primero en declarar todo lo que va ocurriendo; lo que debe importar no es el correcto número de muertos si advertimos a tiempo que se trata siempre de lo mismo: unos matan, otros replican, todos mueren. Lo que tendríamos que entender de la violencia continuada en Colombia es su impacto social, ético, económico y político, aunque

ningún acto violento reivindica desde hace años, ninguna causa, ningún símbolo, ningún ideal; se trata en cada caso de la 'efectividad de las máquinas', un problema, si se quiere, filosófico, que señala ese esfuerzo humano por sobredimensionar sus posibilidades, su estar en el mundo a través de máquinas que vean por él, hablen por él, memoricen por él, y en el caso más drástico, maten por él.

Hemos leído que el reloj es una bestia como todas las máquinas; probablemente sí, y que al lado de cada máquina hay además un hombre o una mujer que entretiene las horas en su compañía. Pero la máquina que corre más, calcula mejor, atina sin falta, en ocasiones se vuelve su contrario: lo atropella, lo reduce, lo asesina. La máquina con circuitos y formas caprichosas, el hombre con nervios y creencias; total: entendiendo las máquinas no entendemos a los hombres, por el contrario, los desentendemos, nos causan profunda extrañeza, como cuando vemos a hombres, mujeres, ancianos, niños rendidos de inutilidad durante largas horas ante un televisor. Asimismo la inútil condición del hombre o de la mujer que gasta el día con un rifle al hombro, un estrafalario aparatejo que transforma a su operario en supuesto Titán, sin a cambio interponerle dos o tres ideas acerca de la violencia, de los escalofríos y el insufrible repiqueteo de las balas. Son los 'hombres-máquina' que la prensa reporta a diario sin reflexionar que en los mejores términos las máquinas nos elevarían a una dimensión superior de lo humano: más inteligentes, más versátiles, más sociables, más humanos, pero que puestos al servicio de las armas tan sólo somos más y más violentos, como seres descerebrados que pisotean los valles y las montañas mientras acicalan sus máquinas de hierro con las que derrumbarán en su próxima parada las estaturas de hombres, mujeres y niños.

Lo que nos transmiten los medios periodísticos no es, como tal, la campaña por el reconocimiento, los argumentos e ideales de comunidades desfavorecidas históricamente, no, nos transmiten su intolerancia, su pensamiento armado. Así, lo que vemos no es la pervivencia de una causa, sino la efectividad de las armas de cara al

propósito de la violencia; máquinas que hablan el mismo lenguaje estén del lado que estén: matar aquí, matar allí.

¿Qué están cubriendo entonces los periodistas si no nos ponen al tanto de la enfermiza relación que se registra en Colombia entre las armas y los hombres? La verdadera dimensión del conflicto está allí, pero nadie parece verla: sin armas brotarán los verdaderos rostros de los atrincherados, tanto civiles como beligerantes; sin armas habrá legítimo silencio. Sabiendo esto lo sabemos todo y pueden venir a continuación el juicio y el repudio ético, o la decisión definitiva a favor de la hipótesis del silencio, porque ¿qué sentido tiene describir por ejemplo el paso de grupos paramilitares por la región del Alto Naya, noroccidente del Cauca, sembrando la muerte, dejando alrededor de veinticinco personas muertas trituradas con sus armas? En estos términos podríamos estar contando cualquier historia y sería la misma, es decir, podríamos empezar a señalar a los autores con variables lógicas como X ~ Y, P ~ Q, etc. Pero nuestra historia no puede reducirse a juegos analíticos, porque ¿en una guerra qué son las X y que son las Y?

Declarar a la opinión pública quiénes matan y quiénes mueren en el fondo no aporta nada. Día a día las crónicas de los 'hombres-máquina' se suceden en Colombia en el marco de una visión del mundo polarizada, de dos caras, como de 'buenos' y 'malos': de este lado lo civil, de este otro lo violento, mientras se mata y se muere de lado y lado, lo que exige como tal mayores consideraciones, o en su defecto, mayor silencio para no caer en la morbosa perversión de celebrar (informando) la violencia. "*El hombre* –escribió el filósofo alemán Johann Gottlieb Fichte– (*así como todo ser finito*) *sólo entre hombres llega a ser hombre; y puesto que no puede ser otra cosa que hombre, y no sería en absoluto si no lo fuera, si se ha de dar el hombre, en general, entonces tiene que ser varios*". Desplazada esta afirmación a nuestros argumentos, entendemos la enorme complejidad de la violencia: un proyecto que declara cómo algunos hombres no quieren ser hombres, ni quieren ser varios; cómo amarrados a las máquinas

más drásticas, las armas, los hombres que cabalgan en la violencia no consiguen ser hombres entre los hombres.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

III

No nos equivoquemos más. Cae tal lapo de lluvia en la ciudad de Santiago de Cali este jueves 22 de marzo que quien no busque resguardo lo arrastrará la corriente. Desde las ventanas se aprecia esa inversión del aire en agua densa que cae como invasión de langostas a esta hora del crepúsculo, cuando se seca la luz y se cierra la ciudad. Las calles son ríos turbios que se mueven a la altura de las llantas de cientos de vehículos retenidos, atravesados, esquizofrénicos, expresando el nerviosismo de lo que pueda pasar con sus plumillas a toda marcha reclamando un poco de claridad.

La lluvia continúa en este Cali ardiente que rara vez se enfunda en aguas. Después de una hora ya nadie se equivoca, nadie cruza por las calles, todos están en escampado, en el resguardo mínimo de un techo contemplando la cháchara dialéctica del temporal. Ahora dentro, algunos miran al interior para ocupar el tiempo: ¿por qué no tomar un café?, hablar un rato, gastarse unos minutos esperando que mengüe la lluvia. Y el sitio podría ser cualquiera: el dintel de una casa o el interior de un almacén o, ¿por qué no?, las puertas de una clínica, si fue el caso de no encontrar más resguardo. Pero pensándolo mejor, la clínica, como los hospitales, son por naturaleza lugares de albergue donde cobrar un segundo aire, donde restañar las heridas y curar los males en las mejores manos.

Sin que resulte difícil llevar al ánimo el sombrío llanto de las nubes, la lluvia ha escrito siempre las páginas más dramáticas y las más melancólicas. Siguiendo tras la ventana el insistente martilleo del agua, se agolpan en el pecho los recuerdos más simples de las ausencias verticales y romas de los seres más queridos. Ver llover es así en esta Cali amorosa presenciarse gota a gota, continuo, disuelto, pasajero. Pero las lluvias violentas traen en esta tarde a su vez otras urgencias; el viento arrecia y derriba árboles, postes, atrapa personas, arrastra cosas, animales, todo lo que perdió su fuerza de raíz. Los bomberos pasan con su alarma a toda marcha, y tras ellos las ambulancias reportando lo mismo en cada esquina: 'Cali se desbarata entre las aguas'.

En un escenario de lluvias, el escritor mexicano Juan Rulfo puso a desfilar por la corriente vacas, sillas, macetas; en el mismo marco, Garbriel García Márquez refrenó la historia de Macondo durante 'cuatro años, once meses y dos días'. Pero el toque magistral de la lluvia lo había dado años atrás *Rashõmon*, la historia japonesa que Akira Kurosawa recreó en 1950 presentándonos a un monje y a un leñador que se refugian de la lluvia bajo el pórtico ruinoso de un antiguo templo; ambos personajes están consternados por un suceso acaecido días atrás, cuando el bandido Tajumaru asesinó en el bosque a un samurai y violó a su mujer. Más adelante se les une un hombre cínico al que no le asombra la maldad de los seres humanos.

Quisiéramos, ahora que llueve en Santiago de Cali, que fuera igual en toda Colombia; a cántaros, por meses, décadas, para que generaciones de asesinos aplaquen la empresa de todos los días y vuelvan al diálogo, se cuenten historias, desvíen sus rumbos, atiendan a los niños. El vacío literario que nos ofrece esta tarde la lluvia genera, como ninguna otra opción, las condiciones necesarias para pensar a Colombia como una gran campana de vidrio donde no exista gravedad, los hechos pierdan su peso y las armas caigan como plumas... Esta sería, por supuesto, la opción mientras el albergue no haga aguas ni se desplomen los tejados.

...Y en esta tarde del 22 de marzo en la cafetería de la Clínica Santillana, aquí en Cali, guareciéndose de la lluvia han llegado muchas personas a tomar un café calentito.

...Y en esta tarde de lluvia, a la cafetería están ingresando también, para romper la pedagogía de los buenos momentos, no los médicos ni los pacientes, sino dos hombres que traen, como el bandido Tajumaru, otras tendencias; son dos, y han desenfundado sus armas y desparramado sobre las personas su aguacero de balas.

...Y en esta tarde de la que ya queda poco por decir, en el momento en que arrecia más el aguacero, a buen resguardo de la lluvia han muerto cinco personas en la Clínica Santillana.

Afuera sólo se ven surcando la calle las siluetas de dos asesinos sin calma huyendo como vampiros, con su radar celular reportando el cumplido de su insensata masacre, añadiendo en su relato las molestias de la empapada y el frío. La clínica no fue para esos dos un lugar donde se cura, donde no se mata, porque un asesino ¿qué entiende de restar gravedad a las cosas?, ¿de resguardarse y saludar?, ¿de la sabrosa melancolía que nos transmite la lluvia?, ¿del aroma de un buen café o del grandioso *Rashõmon*? Un pasado y un presente manchados de sangre se zambullen en la lluvia.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

IV

Caminábamos preguntándonos tantas cosas... prometiéndonos no hablar de la violencia, y podríamos estar diciendo que no debería haber como tal territorios de violencia, o lo que es lo mismo, un coactuar con ella, un llevarla, un morar al lado suyo, pero jalonaba de otro lado la evidencia que nos hacía decir que no es así, que la violencia declara un no-futuro, como un no-ser, como si un año atrás e incluso dos y más por estas fechas todo fuera igual: nada era gran cosa; igual antes que después, como si el ser, en la más clásica descripción del filósofo griego Parménides estuviera aferrado con cadenas.

Podría ser que la sensación de movimiento y de cambio en todos estos años fuera en el fondo falsa, porque todo lo desvirtúa la violencia, y así la percepción de lo mismo continúa siendo por tanto la misma: una sociedad que no asume el compromiso de la no-violencia enfrentada a unos señalados discípulos del herir y del matar. Pero reclamaríamos de otro lado que tanta quietud en medio de tanto movimiento no puede ser, que en el fondo la máquina del tiempo sí se mueve, gigantesca pero se mueve.

También podríamos eludir el comentario de lo más directo, de los barrancos de soledad que estamos viviendo: los que se desploman, los que nos sepultan, y aún así no sofocaríamos la cruda presencia de

la trituradora de huesos. Pero este falso estoicismo de querer verlo todo con entereza no se soporta ya más: la gente está a un paso del bramido, del digno clamor emitido a la distancia. Puestos a imaginar, la violencia de la que no queremos hablar nos hace pensar en la chispa de esos astros remotos que se apagan y continúan, sin embargo, fijos en el firmamento; cuando no los veamos ya más será porque sencillamente no habrá ya nada, nada.

El principal valor de las cosas en la vida radica, de alguna manera, en ese gusto que tenemos de reencontrarnos, de volvernos a ver, pero si esto ya no es posible porque nos matan, porque nos apartan, desolados como norias vacías nos quedamos circulando en torno a nuestro propio centro, donde no encontramos ya nada. Una sociedad puede, por supuesto, hacerse autista a base de violencia intrafamiliar, teniendo que decidir un gran alboroto, como de cuerpos amarrados a un cepo; elevar el susurro macabro de una sociedad que se muere, y lo digo en estos términos porque el modelo clásico de la muerte nos muestra al grupo de amigos dispersos hablando a la distancia, sin saber con certeza dónde se encuentran, dándose ánimos, guardando la tensión de que ninguno de ellos prolongue su silencio.

Debería quedar claro, de otro lado, que una sociedad no claudica más que siendo objeto de la masacre total, como sucedió tantas veces en América a manos de los demoledores europeos. Y aunque los violentos hacen de la sangre el desperdicio más despreciable, restándole valor, ignorando las virtudes de la transfusión y el mestizaje, donde la sangre celebra el encuentro con la sangre, el espíritu, por su lado, no se deja diluir, demostrando que lo que se agota no es el ser, sino la agitada pasión de los violentos.

La violencia señala, por supuesto, un fin de la presencia, fin de los buenos momentos, pero en ningún momento una clausura de la voz. La voz revela siempre maravillas: cantos, parábolas, arrullos. Construyendo la voz como un aislante contra la violencia, o sencillamente como un gran silencio que nos permita escuchar la magnitud del rugido de los asesinos en el monte, podremos vislumbrar la

dimensión de lo que enfrentamos, la utopía en la que nos porfiamos de no volver sangre contra sangre, de salir con valor a discurrir por las calles, las escuelas y las casas con las manos vacías, aún sabiendo que en cualquier encrucijada nos asaltarán los monstruos.

Como un piloto que ve en el horizonte un vertiginoso túnel donde terminará su vida y entra sin embargo cantando... como él, que antes del impacto directo sobre su frágil cuerpo siente que se abollan los hierros de la nave, de su otro cuerpo, que en este caso es el motivo mismo del canto: la tierra, la casa, los sanos momentos... como ese piloto, como ese túnel se dibuja nuestra realidad hoy en Colombia. Sin nombrar siquiera por accidente las causas históricas de los conflictos, como él vamos cantando...

Hablábamos de la violencia pero sin nombrar las balas o el regresar a casa donde ya no estarán los que nos han arrebatado; sin nombrar los asaltos ni las muertes de San Carlos (Antioquia), los palos de los delincuentes en las calles, los cultivos arrasados y los campesinos contaminados vomitando sangre en los dispensarios; el héroe que cada grupo de violentos construye para que los enardezca y los haga célebres, como los chicanos de Los Angeles, los polluelos neonazis, los pletóricos narcotraficantes, Castaño, Marulanda... mientras los desarmados no entendemos que se pueda construir un imperio a base de destrucción; la lógica contraria de la muerte consolidando los eventos de la historia.

Dos incompatibles, como dos universos diferentes, sin estar llamados a cruzarse en el camino, deliberadamente se encuentran, y la voluntad de uno desfigura el camino del otro. En un parque en Berlín los neonazis apalean a un grupo de turistas españoles de la tercera edad; en San Carlos, durante dos semanas, liquidan sin ton ni son a diecisiete personas... Y cuando dos incompatibles actúan tan cerca uno del otro, el drama más grave no está en sus entrecruzamientos continuos sino en la imposibilidad de traducir de un lenguaje a otro: ni los violentos quieren entender de paz y derecho a la vida, ni por supuesto el desarmado quisiera saber nada de violencia; los violentos

no oyen lo que se dice, o si lo oyen, con vanidad y mala conciencia no sopesan los ejemplos, no interpretan los símbolos de una sociedad asfixiada que grita: ¡no más!

Así caminábamos preguntándonos tantas cosas... sintiéndonos acorralados, aunque tramando estrategias para no morir. De lejos como águilas, temibles y salvajes; de cerca, enfrentados con potentes argumentos, los violentos son de azúcar... Y nos habíamos prometido no hablar ya más de violencia...

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

V

¿Hablaremos de las bombas que empollan en las bicicletas en Barrancabermeja...?, ¿...de la desproporción que hay en el morboso juego de dejar, sin ton ni son, un artefacto explosivo en una bicicleta...? Cosas como estas suceden en Colombia, pero también otras que acumulan una a una las razones de la descomunal hecatombe. La vida urbana, como la rural, se derrumban a base de violencia y amenazas de más violencia. ¿Con qué nervios circular por las calles entonces?, o ¿en qué poner los ojos que no sea recuerdo de la muerte? Las garras de las bestias aguardan agazapadas para extirparte los órganos y ganar celebridad. Aquí las ráfagas no son de viento, ni las desbandadas de pájaros; los raptos no son de amor, ni los ataques de celos; los únicos atracaderos no son los puertos, ni el único humor negro el de los programas de televisión.

¿De un país que enseña al mundo que los pactos no obligan, cómo reconvertir en optimistas argumentos tan devastadoramente pesimistas? Cualquiera podría pensar que en Colombia tenemos formación civil, pero no entidad moral, porque hay quienes practican la violencia indiscriminadamente, o en otras palabras: lo que mueve a muchos no es el deseo de ser felices, sino la necesidad de tener poder a costa de la vida misma.

Hablaremos entonces del 'poder': mientras en Colombia se pierde el concepto de 'Estado', se gana en cambio el de 'Poder'..., y siendo así, ¿cómo se deciden las relaciones entre el poder que piensa y el poder que actúa?, o por otro lado, ¿en qué consiste definitivamente el poder que se resuelve desde las armas? Lo que advertimos anticipando este estado de cosas es que allí donde la gran ausente es precisamente la actitud de pensar, proponer y debatir, y allí donde no hay ya ocasión de considerar los derechos de la vida, sencillamente la vida no entra más en la estimación de su existencia. Tenemos así, aunque nos moleste declararlo, la justa proporción del poder escenificado en los distintos rincones de Colombia donde se 'acoge' al otro con las balas, el atraco y el secuestro.

Si volvemos por un momento la atención a la supuesta 'responsabilidad' que involucra cada acción con las armas, encontramos el fondo mismo de toda versión de poder: quienes actúan con violencia sienten que efectivamente están 'construyendo' algo de manera 'correcta', sin reflexionar por un momento que el fin no justifica los medios, a menos que el fin consista, para provecho propio, en amasar 'capital' (el eterno sinónimo del poder).

Desde esta perspectiva la pregunta por cosas como la responsabilidad civil, los ideales de cambio, los valores éticos, el respeto a la vida recibe en Colombia diversas respuestas inspiradas en la alianza que las formas de poder establecen con los intereses más inmediatos y difusos. En los correlatos de profunda pobreza y depresión, que no son pocos en Colombia, la pregunta por la vida corre paradójicamente el riesgo de ser tan sólo un ideal; igual ocurre en el marco de formas de pensar autoritarias, donde las ideas no consiguen apenas expresar sus afanes de valorar cada forma de expresión, pues toda respuesta crítica sobre el valor de la vida implica alarma e impotencia. El poder se sitúa así del lado de la ejecución de planes privados para los que poco importa el concurso de la vida y la revisión de los saberes.

Pero no perdamos de vista que la relación con el poder respaldado en la violencia no coincide con la supuesta ausencia de respuestas a los interrogantes más concretos, o que representar una escena de conformidad y silencio no significa necesariamente la plena realización de un poder participativo. Si algo actúa con severidad en Colombia es el poder, y paradójicamente el poder está en crisis.

Frases oídas afuera y adentro de Colombia nos hacen pensar que todo es cualquier cosa; afuera se oye, de dos escritores colombianos: "...cada vez es más difícil ser colombiano..." Seguramente sí, a buen resguardo, sin pensar día a día lo que pasa en Colombia, sin presenciar el desborde, la inundación de señales de guerra y descomposición, seguramente será muy difícil ser colombiano; sin embargo, en quienes discurren por las cómodas aulas de las universidades de Alemania y de los Estados Unidos, y en quienes alimentan la farándula de España y de México, la impertinencia de la frase produce náusea. En principio ser de un país o de otro no es ni más ni menos difícil, sino más o menos comprometedor si uno efectivamente se lo toma en serio respondiendo con claridad ante los tribunales del mundo por las 'acusaciones' continuas por los tráficos de drogas, armas, mujeres, niños, órganos..., pero si te acogen como un ciudadano más, si te permiten expresarte, entonces ya no hay nada difícil; si no trabajas a fondo por una imagen de Colombia, sino por la propia imagen, pisando el cómodo suelo de países donde no hay secuestro, asaltos en las carreteras ni bombas en las calles, no hay mayores dificultades para seguir siendo un simple ciudadano del mundo.

Aquí en cambio sorteamos cada día el ir y venir de los oficiantes del poder; ayer secuestraron decenas de personas en Cali, pero también murieron soldados y guerrilleros en el Urabá antioqueño, se asesinó en Viotá (Cundinamarca) un segundo precandidato a la alcaldía. Entonces deploramos, por supuesto, pero no el ser colombianos, sino la violencia, la intolerancia, la ignorancia armada y las calles y campos minados.

La segunda frase, escuchada adentro del país de una voz radial de esas de timbre sonoro, voz entrañable que todos reconocemos y que llevamos casi como un trozo de la propia conciencia, después de la liberación del parlamentario Juan Manuel Corso, secuestrado 17 meses atrás por el ELN, afirmó: "su liberación es un gran gesto de paz". Después de 17 meses eso se llama, para hablar en plata blanca, un 'desencarte', o en los mejores términos para el ELN: el 'cierre de un buen negocio'. Confundir los términos de lo que pasa cada día en Colombia es no mirar cada asunto en su justa dimensión. La paz está presente en Colombia, aunque no lo quieran los administradores del poder, cada que con respeto nos tratamos unos a otros; pero el secuestro no será nunca un escenario ni un gesto de paz; el secuestro es una trituradora bien lubricada que deshace a las personas, a los cautivos y a quienes aguardan por ellos, les engulle su enjundia, les destroza sus nervios. ¡Esa no es paz¡

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

VI

Si rememoramos las historias que desde el inicio mismo de nuestras aspiraciones como comunidad nos han traído hasta el momento presente, no sé si con certeza o con pena podríamos afirmar que en Colombia se está empezando a morir desde tiempo atrás. Morir como acto resuelto por otros, que somos nosotros mismos, como parte de un proceso. Los pueblos observan el rigor de la muerte, la ritualizan y la integran en su cultura; pero cuando ésta viene sin tránsito, cuando sencillamente se administra, como ocurre consuetudinariamente en Colombia, como acaba de suceder en una ranchería Wayúu en donde fueron asesinadas doce personas, entendemos que lo que no termina de señalar un comienzo es precisamente la muerte, el oficio de matar, primer recurso al que acudieron los europeos cuando llegaron a estas hermosas tierras para hacer de esto algo suyo, para marcar la diferencia buscando que sus signos se distinguieran por sobre todos los demás.

Matando se definen de nuevo las cosas, se descree de la versión de realidad que enseña que la vida construye vida, y se proclama una nueva, ¿gloriosa?, probablemente no, pero sí ambigua: de algo nuevo y algo cruel al mismo tiempo.

Nos costaría gran esfuerzo reordenar no sólo los acontecimientos de este crimen careciendo de las evidencias y de todo lo que exige volver sobre los pasos que da la sangre; pero a su vez adelantar un juicio apresurado sobre el papel de la muerte en el pueblo Wayúu nos precipitaría seguramente en el error. De momento el espacio donde se presenta el infame gesto de la masacre está también en Colombia, donde se decide matar antes que revisar los términos de los conflictos; y Colombia es así un país de decisiones violentas, de declaraciones de guerra, de ejecuciones y venganzas.

Los códigos de los distintos pueblos probablemente contemplan la guerra como espacio irremediable e indeseado donde se sortea tanto el presente como el futuro en los términos de la muerte; esto hace que la guerra sea, para fortuna de algunos pueblos, eventual, y que dispongan en cambio de amplios espacios de silencio, de danza, juego, voces y movimiento. En Colombia, sin embargo, se han alterado a tal punto los códigos, que son casi inexistentes las previsiones que se hacen para abstenerse de matar, para que la decisión de matar no degenere mañana en la propia muerte; y así se avanza, se acomete, se zanja, se masacra.

Estamos volviendo inútilmente a declarar el estado de la cuestión sin entender nada de lo que en un plano más profundo nos pueden revelar algunos elementos del episodio sombrío de la Ranchería Wayúu en Hatonuevo (La Guajira), donde los asesinos han sembrado la confusión. Y la pregunta de oficio con la que abrieron titulares los epidérmicos periodistas fue: ¿se masacran las familias Wayúu entre ellas?, ¿es la muerte violenta una suerte de código entre los Wayúu? Desde esta sana distancia que nos permite pensar, debemos asumir que No, pues el tiempo histórico Wayúu nos deja ver un poco el perfil de sus instituciones, donde encontramos en cambio algunas opciones para conjurar la violencia entre familias, para disolverla e impedirla.

Una auténtica pedagogía de la no violencia nos muestra tradicionalmente las rancherías Wayúu como lugares donde se comparten los recursos y donde se establece una estrecha red de colaboración por los

vínculos del parentesco, o la 'metáfora de la carne' (*eiruku*). Asimismo, la figura del palabrero Wayúu (*Patchipu*), quien actúa antes de que se consuman los hechos violentos para prevenirlos precisamente, es la figura acaso más racional y distinguida que tenemos a la mano de un auténtico pedagogo de la paz. A diferencia de nuestros abogados, que traen el recurso cuando se han saldado las deudas en los peores términos, el *Patchipu*, como se lee en el libro *Lenguas amerindias en Colombia, condiciones sociolingüísticas*, del Instituto Caro y Cuervo (1997) "*disuelve los conflictos con arreglo a la tradición; su palabra es rica y su habla absolutamente solemne*"; visitando las casas de dos familias en conflicto para recoger detalles relacionados con celos y diferencias, como pueden guardarse en todos los grupos, clanes y familias en el mundo, el *Patchipu* tiene como misión desdibujar la gravedad de los signos que están a punto de precipitar sangre y dolor, y todo porque entre los Wayúu, como en todo pueblo, no estaría bien que entre unos y otros se destrozaran. Y el *Patchipu* gasta su tiempo con unos y con otros, rastrea, pregunta, detiene las explosiones de resentimiento, aplicándoles su voz principal, sus espacios de silencio, su hondo interrogante: ¿y todo para qué?

Hasta este punto el ejemplo del *Patchipu* wayúu se nos revela, no como lo han descrito los veloces periodistas, como caso perdido ante la irremediable violencia entre familias, sino en cambio como el verdadero ejemplo de un intermediario, alguien construido por el propio pueblo como curador de resentimientos; esa figura tan necesaria y tan desgastada en nuestros largos conflictos. Pero de La Guajira hacia abajo, ¿a quién podemos distinguir entre quienes tratan como mediadores?; ¿al presidente, que diez días después de su gestión de paz con los líderes de las Farc recibió como todos en Colombia la noticia de diecisiete infantes de marina muertos en el Queremal, en el Valle del Cauca, a manos de los 'amistosos' guerrilleros de las Farc?, ¿a las madres de los policías secuestrados?, ¿a los políticos?, ¿a los niños de paz, quienes recientemente recogieron de los jefes guerrilleros amplias risas, pero no de complacencia, sino de cinismo?,

en fin. No somos un pueblo, definitivamente, como el pueblo Wayúu, donde se puede refrenar la violencia con discursos sobre la no violencia; somos por el contrario cráneos huecos, burladores de gestos de dolor, insensatos que no entendemos que nos reclaman la paz, trocitos de paz, sombritas de paz.

Pero ¿qué sucedió entonces en la ranchería Wayúu el pasado 26 de enero?, ¿se quebró efectivamente el código de paz entre familias? Nos resistimos a aceptar que haya sido así por dos razones, primero, porque a nuestra historia de violencia le hacen falta símbolos como el del *Patchipu*; segundo, porque el pueblo Wayúu, el más populoso universo indígena de nuestro país, no ha tenido otra historia en manos de los cronistas, viajeros, colonos y misioneros, que la del desprestigio, la de ser mal interpretados como pueblo hostil e impenetrable, de costumbres extrañas y decisiones drásticas; para muestra un botón: "*La ciudad de Riohacha está a merced de los indios goajiros. Éstos, si quisieran, podrían arrasarla fácilmente, y si la respetan, es debido a que el interés es en ellos más poderoso que el espíritu de venganza: no podrían pasarse sin los productos y las mercaderías que encuentran en Riohacha y que el hábito les ha hecho necesarias; pero si el comercio cesara por una causa cualquiera, al día siguiente la ciudad sería incendiada y tanto granadinos como extranjeros serían exterminados por los indomables goajiros*", escribió el viajero y geógrafo francés Elisée Reclus hacia 1856.

La civilización occidental es de oficio negadora de culturas, cegadora de pueblos; en su enconada carrera por el poder, lo que no niega lo arrasa, como al Islam y a tantos pueblos de América. Así a los Wayúu, acorralados y humillados, se les ha ignorado de cabo a rabo. En Aracataca, un pueblo recóndito del Magdalena, a muchas leguas de La Guajira, a principios del siglo XX, la casa de la familia Márquez Iguarán, cuenta su insigne descendiente Gabriel García Márquez, "*estaba llena de guajiros –de indios guajiros, no*

de habitantes del departamento de La Guajira. Eran gente distinta, que aportaba un pensamiento y una cultura a esa casa que era de españoles, y que los mayores no apreciaban ni creían." Indios de la servidumbre, indios comprados en La Guajira casi un siglo después de la independencia de España.

Hacer pedagogía anuncia entonces, como primer paso, dejar de ignorar y empezar a considerar, a 'reconocer a los demás'; ese difícil compromiso tan reclamado por los filósofos canadienses contemporáneos. Reconocer a los demás nos ahorraría juicios errados y confusos y nos llevaría a entender, entre otras cosas, La Guajira, reconocer a los Wayúu y, por supuesto, buscar con más elementos a los infames masacradores de la Ranchería Guachacaman de Hatogrande.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

VII

Preguntarías: ¿cuál es la infinita razón, la clave de todo, por qué tanta violencia en Colombia? El microscopio de la opinión pública ausculta las razones, amplía con la lente las zonas lastimadas y advierte que allí está, creciendo como microbio mórbido, ¡allí está!, lo distingues con claridad: es el *resentimiento*. Y qué difícil pasar a definirlo, descifrarlo para que lo reconozcan todos y le huyan. Cuando por cualquier razón se irritan los tejidos más sensibles de nuestra sociedad, es porque allí crece el resentimiento; cuando se desplazan las culpas y los odios de una generación a otra, allí empolla el resentimiento.

Pero los *espíritus libres*, que aún existen en Colombia, no temen al fuego que quema; se conservan elevados y claros sin dejarse morder por el resentimiento. Son auténticos modeladores del mejor sentido de la vida. Pongamos entonces, uno frente a otro, el resentido y el espíritu libre:

- El primero interpreta cada cosa que sucede en el país como la consecuencia de la división entre ricos y pobres, buenos y malos; juzga a quienes no pertenecen a su familia, a su grupo, a su clan, como basura burguesa que debe morder el polvo, y no distingue en la atmósfera más que el hedor de una oligarquía de siglos.

- El espíritu libre, a cambio, se confronta con los ideales; estudia, ama, disfruta, involucra en sus planes las opciones de todos los demás; es por tanto desaprensivo y no lleva armas ni luce colmillos.

Estamos en Colombia, como es sabido, y aquí, de manera no singular sino dramática, ilustramos con ejemplos la idea generalizada de que somos un pueblo violento. ¿Pero quién entiende eso de matar a tiros a la gente por las calles? ¿Estamos siempre saldando cuentas? Las manos de la violencia se estrecharían con otras manos si enseñáramos y practicáramos la 'no violencia', pero infortunadamente son tantos y tan continuos los errores, las precipitaciones y las sombras de mala conciencia, que en contadas ocasiones conseguimos efectivamente refrenar tanta violencia...

Estamos en un error, es verdad, e insistimos en él, pero, definitivamente, ¿cuál es ese error? Desde hace varias décadas andamos dando palos de ciego, estrellándonos contra los muros, vertiendo nuestra sangre, cometiendo el error de la violencia. Pero ahora advertimos hasta qué punto todo es absurdo; desafiar tantas fuerzas, no atemperar los nervios para hablar con los demás, guardar huesos podridos, pudiendo en cambio reinventar las historias dejando de nombrar 'el enemigo', distribuyendo el tiempo entre la risa y los besos.

Vivir en el error nos ha recortado el espacio, las expectativas, el placer, la vida, los instintos... Y, ¿quién lo entiende?, nos aferramos al error como a la enfermiza confrontación con los padres cuando ésta es de todos los días. Así, por insistir en la violencia hay un vacío cruel en nuestra historia cada vez más grande e incomprensible..., vacío en los pueblos, en las familias, en los proyectos de las personas.

Entendamos entonces que nos impele la necesidad de transformar los rencores y esforzarnos para que germinen nuevos valores. Hoy, por ejemplo, podríamos decidir un "no", proferir un "no" rotundo: No promover la violencia ni con palabras ni con miradas, gestos, desafíos, pitos, truenos, armas, flechas explosivas, agujas, virus...

Podríamos también levantarnos y escapar, buscar los parques, el agua, la piel de los animales, salir de este encierro, de esta torre infecta donde nos azuzan a odiar, a desafiar y a matar.

Y así nos perfilaremos, adictos a la vida, ebrios de cosas buenas, distantes de aquella pulsión de muerte que despide tantas sombras... ¡Qué bueno fuera, sencillamente, que en Colombia no distinguiéramos ya la violencia en los confines! Así –dirías–, será al fin verdad que saldremos de nuestro error como otros pueblos que lo han ansiado y, por supuesto, lo han logrado.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

VIII

De muchas maneras podemos nombrar en Colombia las opciones de querer una vida mejor. Y decimos «paz» por la lección de silencio que imponen las balas y los gritos de los heridos, el desplome de los cuerpos a tierra, la descomunal profusión de vidrios rotos cada vez que revienta una bomba, o simplemente las lágrimas de los que quedan partidos en dos con los secuestros. Y cada que nos preguntan por un mundo mejor balbuceamos esos tres sonidos mínimos: «paz», pero no la de los muertos, sino la que merece la vida en el planeta, la de los campos donde pacen las bestias, la de las corrientes de agua, la de las escuelas y los parques. Pero no, en Colombia parece no haber opción. Al mundo entero vuelan como palomas los ecos de esa palabra y retornan con rugido de ogro. Nos siguen matando, nos observan, nos revientan los oídos, bajan de las montañas y perforan con milimétrica precisión los cráneos de la gente. No hay símbolo que valga un tirón de orejas a todos estos furiosos con armas que babean de gula. No hay un color que represente un origen, un sueño, un tiempo nuevo. Ni siquiera un semblante de mujer quebrado de rodillas con su hijo muerto en brazos saliendo de un asalto. Vivimos un tiempo sin señales ni rumbos, con muchas armas para comprar y para hacer carnaval de machos con ellas a cuestas. Tampoco hay semántica que

involucre un fin de siglo y el comienzo de algo nuevo con un «alto al fuego». ¿O hay demasiadas deudas por cobrar en la lista de heridas de unos y otros, o los que no pulsamos armas damos la imagen de un bosque infinito de donde talar y arrasar en medio de clamores y tobillos rotos? ¿Un hombre acaso?, un singular líder que no caiga muerto en la primera emboscada, que simplemente diga la nueva y definitiva palabra como la sílaba sagrada de los vedas y la saque de lo más profundo en un susurro que sensibilice a todos: "Vida". No paz, sino vida, dejar prosperar el embrión semántico de esta nueva palabra e invitar a contemplar cómo florecen los cuerpos sin birlarlos ni humillarlos, entender que se muere de un lado y del otro y que ninguna opción violenta es la mejor. Ya lo hemos dicho contando algunos casos y el que podamos nombrar ahora un pueblo que simplemente se llama Tiquibe, en el centro del país, en Cundinamarca, en donde un buen día se produjo un asalto brutal que echó a tierra las casas, desmanteló las oficinas de los bancos, arrasó la escuela, el puesto de salud, los balcones de las casas, espantó a las gallinas y martirizó a la gente durante largas horas, no quiere decir que allí comience todo nuevamente; simplemente tenemos nuestro propio Guernica y esperaremos ahora para mayor gloria de los violentos entronizar las ruinas en una obra de arte. Pero el desastre no es que no haya quedado piedra sobre piedra en Tiquibe, el desastre es «el absurdo», ese general de 5 soles que gobierna a Colombia en estos tiempos, el desastre es la singular paradoja y la singular burla de que haya quedado un muro en pie y en él se hayan escrito estas palabras: «apostémole a la paz». Con tanta munición invertida las apuestas se redoblan y los muertos también.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

IX

¡Ah, un crimen, una vez más en Colombia el pernicioso juego de la muerte!

A 100 metros del lugar donde se produjo el atentado contra el dirigente sindical Wilson Borja, cubierto por una sábana blanca, ha quedado el cadáver de una mujer. De momento el vértigo de disparar y responder ha dejado a un escolta muerto, y unas calles más adelante a un sicario igualmente muerto abandonado por sus compañeros. El dirigente sindical ha sido herido, y con la cifra de setenta (70) sindicalistas asesinados en Colombia durante el año 2000, uno a uno, selectivamente, Wilson Borja es en estos momentos una heroica excepción de la fragilidad de la vida en Colombia.

Pero el crimen en esta madrugada del viernes 15 de diciembre es el de aquella mujer, vendedora de café y zumo de naranja; mujer de las madrugadas frías de Santafé de Bogotá, con termos y vasos desechables, a sus cortos 34 años confundiendo aquella esquina con un amigable saludo de '¡buenos días!'; un trago de café, ¡nuestro café!, y que comience el día. Así, mientras se empieza a hablar, a preguntar, a declarar, a rezar y a acusar, la fría hierba recibe su cuerpo sin prisas ni odios ni discursos.

El verbo más conjugado en Colombia, 'matar', ha vuelto como las bandadas de garzas en las madrugadas. En estos momentos se desplazan los micrófonos y las cámaras hacia la clínica donde se encuentra el sindicalista baleado luchando contra la muerte; su mejor verbo: 'luchar', librado ahora entre nervios, vasos sanguíneos y órganos.

Después de este, como de tantos eventos sellados con la muerte, lo que buscamos hoy en Colombia es un "pugilato cuerpo a cuerpo" con los violentos para devolverle sentido y gusto por la vida a su brutalidad y humillación con las armas. Y como son extensas las hectáreas de violencia en Colombia, la erradicación forzosa de la intolerancia no ha funcionado ni funcionará; en cambio, sólo la erradicación voluntaria lo lograría. Hablamos entonces a las cuadrillas de sicarios y a sus reyezuelos bárbaros para que se lo tomen en serio y de una vez por todas erradiquen la violencia; pero sin violencia. A ellos, como en un juego de hipnotismo, bien vale la pena darles la orden perentoria: "Señores ultraviolentos, den un paso al frente y boten sus armas con asco; son víboras pudridoras que han castigado a lo mejor de nuestra gente".

Hablando de lo que nos ha sorprendido en esta madrugada, no decidimos aún qué hacer, a quién llamar; que elección tomar para salir al trabajo, al estudio, mientras la ferviente mujer que atendía desde las 4:00 a.m. en aquella esquina a donde acudían los vecinos a saludar y a frotarse las manos al calor de un café, está cubierta ahora por una sábana infame que no la cura del frío de la muerte. ¿Y quién cura a Colombia del frío esta madrugada?

Estamos seguros, sin embargo, de que en estos términos no se hace pedagogía alguna. En el embrollo de actores violentos, ¿a cuál más?, la historia de la violencia en Colombia va distinguiendo un personaje principal que sin empuñar las armas, participa en todas las lides de dolor e intolerancia. Su nombre: 'la mujer'.

—Tú, que eres mujer, tienes algo para contar. Sí, algo para revelar: una y múltiples violencias absorbidas en tu cuerpo, en tu nombre, en tus valores, tu identidad, tu diferencia...

Cada hombre que va muriendo en este anfiteatro llamado Colombia, tiene a su lado un coro de suplicantes; interpretando la muerte como: 'pérdida'. De las mujeres aprendemos el verdadero valor de lo perdido: los hijos que se embarnecían; su inteligencia; su voz; su calor; su memoria, en fin, la construcción a su lado de un 'proyecto patriarcal'. Estas últimas palabras realizan sin embargo el asunto más crucial de la historia de violencia en Colombia: lo que ha entrado en crisis es ese modelo de hombres insensibles que inflan su ego y se atropellan los unos contra los otros.

Una nueva pedagogía dirá entonces que a despecho de los esquemas más acendrados, no "vencemos" a nadie cuando hacemos un buen negocio, no "derrotamos" a nadie cuando alcanzamos una meta, ni "dejamos regados" a quienes nos acompañan creciendo, estudiando, trabajando. Pero el modelo insiste que 'sí', que somos 'los mejores', 'los más fuertes'. En estos términos está naciendo la violencia todos los días en Colombia; en la carrera demencial de encabritados machos para los que significa lo mismo un músculo, un triunfo, un arma, un grito, una idea.

Del otro lado están las mujeres poniéndole sentido a los fragmentos de las cosas, surtiendo de afecto los fríos días de los hombres.

—...*Pero tú eres mujer* –repito– *y tienes algo para contar*... Hablando con confianza, las mujeres encuentran siempre el momento para contarse las cosas más terribles: la violencia de los hombres; sus burlas, sus desprecios, el espacio que roban y cómo niegan la palabra, cómo anulan, violan, matan los sentimientos más íntimos. Pero esto es apenas lo de cada día con los hombres más próximos: el padre, el esposo, los hijos, los hermanos; porque al salir de casa, allí están los violadores acechando a las mujeres, persiguiéndolas, tragándose su perfume, arrancándoles sus prendas con los ojos y con las garras.

Después de lo dicho, qué cuesta reconocer que la violencia en Colombia no es, como quieren hacérnoslo creer, 50% política, 50% delincuencial. No. La semilla de la violencia es ese ariete, ese carác-

ter macho, ese marcar terreno de los hombres. Y nuestro acariciado proyecto de 'pedagogía' ha resultado de momento supremamente impreciso, porque no intentamos re-educar a los niños en una cultura de la no-violencia, queremos hacerlo con los hombres, descargarles con claridad meridiana una 'antropogogía' que los haga sentirse aludidos:

-Tú, sí, tú, fíjate bien, eres un violento, un adulto profundamente violento, y bien podrías no serlo. Si te gastaras más afectos, si vivieras simplemente y sobre todo no jugaras con las armas; es decir, no gritaras ni te burlarás ni dieras puños, no despreciaras, ni usaras de soberbias... Entonces, sólo entonces, la mujer de los tintos estaría en su esquina dándonos los '¡buenos días!'.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

X

En la frase: "*diles que no me maten*", dejaba inscrita el escritor mexicano Juan Rulfo la más dolorosa comprensión de nuestro tiempo: ¡Nos van a matar! A pesar del tono de confianza de la frase, a pesar del profundo ruego, sistemáticamente va llegando la muerte a los rincones de Colombia. Pero por una ocasión, aunque ideal, resulta posible volver a la frase inicial. Todo aquel que comprenda a fondo la gravedad de su propia historia ha podido acudir en los últimos meses a la zona de distensión en el Caguán y sencillamente declarar: "¡*no me maten*!" A otras zonas no es posible acudir.

Sea o no un modelo de Nueva Colombia donde son otros los vigías y otros los preceptos, pero donde relucen las armas en lugar de los azadones, el Caguán ha sido ese hueco de la fábula a donde se enviaba al niño maleducado para que descargara los reclamos groseros y las furias, a fin de que retornara sosegado a la vida del hogar. El pedagogo ucraniano Anton Semiónovich Makárenko sostenía que las sociedades necesitan espacios como esos, y probablemente el psicoanálisis recomiende de vez en cuando un grito, un llanto, un desenfreno, un alegato para vaciar tanta escoria y tanta pena que llevamos dentro.

Otra cosa sería, por supuesto, que tantos reclamos que tenemos los colombianos contra la violencia encontraran en el Caguán oídos abiertos, que produjeran resonancias, que ablandaran las manos de quienes sostienen los fusiles, que movieran el piso a los violentos, rompieran sus corazones, en fin...

Y efectivamente han sido muchos los que se han tomado en serio el compromiso y han desafiado los rigores del viaje, han penetrado en esa suerte de lugar de purgación y silencio donde, como en los templos antiguos, vigilan por todos lados las gárgolas temibles de hombres y mujeres fuertemente armados y alertas. Pero las madres de los secuestrados, los artistas, sindicalistas, políticos, empresarios, escritores, estudiantes que han acudido a la cita lo han hecho para declarar el trauma de una sociedad molida a palos, no para conseguir, como lo ha afirmado el vocero de las Farc, Raúl Reyes, fotos y *souvenires* de la zona de distensión. A un lugar como la Iglesia de Las Lajas, cerca de Ipiales, la gente acude con el doble propósito de hacer ruegos y traer un recuerdo, pero de la zona de distensión, en medio de tanta discordia, ¿a quién puede interesarle una foto con alguien que abraza un arma del tamaño de su cuerpo? Esperamos no equivocarnos diciendo que a nadie.

A ese espacio se va entonces a desgarrar la garganta, y entre las muchas frases que durante los dos últimos años han resonado allí, y que no han conseguido sin embargo conmover una sola ramita de esos troncos fríos, resaltaremos una salida de labios del pintor David Manzur, en su discurso: "*Reflexiones para una nueva Colombia*", leído ante la guerrilla el sábado 12 de agosto de 2000 (y felizmente recogido en la Revista *Aleph* N° 115, *Los intelectuales y el poder*, octubre / diciembre, 2000). La frase en cuestión era: "*La última alternativa de paz será la muerte*".

"*...Será la muerte...*" La muerte, sí, principio de reflexión y diferencia, no de cambio, la muerte que no cambia nada, simplemente arranca lo que hay. La muerte otorgada como valor a quienes definitivamente no contemplaron el otro valor en cuestión: la vida. Y,

en la opción de la muerte hay, por supuesto, un desafío, el de anular el juego de la guerra. Si, como ocurrió en la fortaleza palestina de Masada, cerca del Mar Muerto, último bastión de la resistencia judía frente a los romanos entre los años 66 y 73 d. de C., todo el pueblo en guerra muere acorralado, ¿qué sentido tiene ya la guerra? Ni siquiera una fotografía de los cadáveres en conjunción tendrá ya mérito alguno, porque los desastres se realzan como contrariedad de lo erigido. Al declarar la paz de la muerte habrá triunfado por supuesto la insensatez de los segadores de vidas, que no atendieron clamores ni argumentos. Y su triunfo será seguramente la danza del caníbal en torno a su víctima; en el caso de Colombia toda su gente, sucesivas generaciones de colombianos y colombianas neurotizados por las balas y los secuestros.

De esta paz, ¿qué más podríamos decir? Absolutamente nada. Pero desafortunadamente es esta la única exposición de paz que hemos visto en los últimos años, cuando después de los destrozos morales de la violencia el cuadro clínico de las personas es verdaderamente crítico. La etología dirá que las víctimas no son como tal 'víctimas', si significa esta palabra 'desgraciados de por vida', sino, como cualquier organismo, formas mutantes y adaptables que terminan reacomodándose a las nuevas condiciones de vida. Pero el asunto no es ese, al menos en Colombia, donde no se resuelve de manera definitiva nada, donde un pueblo una vez asaltado y destruido, meses después es de nuevo asaltado y destruido. Lo único mutante en el caso colombiano es la multiplicación de espacios de guerra: al Catatumbo una vez ardiente le suceden los Montes de María, el Putumayo, etc., pero de paso hay brotes de violencia aquí y allá: en Caldas, Cauca, Valle, Bolívar, Santander, los Llanos... Y en cada espacio ¿qué paz se viene construyendo?: la de contar los días como regalos de la Fortuna, esa diosa pagana de la Edad Media que aseguraba, cuando podía, los mejores goces de la vida, pero cuando no, asestaba sus garras y rompía el frágil tejido de los días.

Mejor, de cualquier manera, nombrar los eventos de una vida pacífica como si fueran a su vez las batallas que libramos para desafiar la guerra cruel de los violentos, y nuestras batallas son, emblemáticamente, las de los muchachos acudiendo a las escuelas y colegios (los que pueden, claro está, los demás libran otras batallas), o las de los albañiles desafiando los elementos, construyendo, repellando, pintando para después morar, el más sano verbo de la humanidad, y en nuestro fuero, el más violentado: 'morar'. Son las guerras ciertas, las que definen la historia, en las que de viernes a viernes y a pesar de los resoplidos y de la artillería de las bestias porfiamos aunque nos caiga un buen día la paz de la muerte.

XI

¿De cuántas maneras puede entenderse hoy en Colombia la necesidad de cumplir con nuestra 'responsabilidad histórica'? Para empezar, podríamos tan sólo intentar comprender lo que está pasando; así nuestra 'responsabilidad' no exigirá por el momento otra cosa que 'comprender', una palabra ligada a la inteligencia, al sentido común, al afecto y al buen humor. Pero si ponemos sobre la mesa día a día las cosas que suceden en Colombia, por supuesto, la tarea de comprender se torna difícil. Ayer, o acaso hoy, pero bien puede ser mañana, o un día indeterminado, regresarán a Cali las diecinueve personas secuestradas y alevemente martirizadas por el ELN. Dicho en pocas palabras, tenemos un estado de cosas que debemos calibrar a base de preguntas como estas: ¿por qué se secuestra en Colombia?, ¿qué se castiga con el secuestro?, ¿en qué maratón de la muerte deviene un secuestro? Antes de desgarrarnos de dolor por tanto trituramiento de huesos, por tantos absurdos, tanta arrogancia con las armas, hagamos el ejercicio de discutir un poco y aclarar algunas cosas. Se secuestra, obviamente, para sacar ventaja de la indefensión de los ciudadanos y extirparles sus ahorros, castigar en ellos la fórmula del trabajo y las bondades de la vida civil, sentar precedentes con la fuerza de que la guerra en Colombia es del centavo, no del debate.

Hemos presentado en el párrafo anterior el término más representativo de la situación de la violencia en Colombia: lo 'indeterminado'. Nos causa zozobra el paso de las horas cuando estamos maniatados por el secuestro, y en el interior mismo del litigio; ¿qué se puede hacer con los segundos mientras se desbaratan a bala los pueblos?, ¿de qué echar mano cuando se acercan los masacradores con sus listas, sus obuses y sus dientes de aluminio? Y en el marco mismo de los diálogos de paz, cuánta dilación, cuánta inercia, cuánto desgaste. Comprendemos con claridad que no se pone término a nada, y que se multiplican en cambio los escenarios de extorsión y miedo, los signos de derrumbamiento, el primado de las armas. Muchos colombianos han tomado partido por la huida, y por su propia iniciativa han puesto término a las cosas marchándose del país, feriándose en las calles de cualquier ciudad que no sea de Colombia.

Hoy, sin ir muy lejos, la vida civil colombiana señalaba los perfiles de sus nuevos representantes para los próximos tres años. En un estado maduro, donde efectivamente se discutan los derechos y se reclame con fuerza a los violentos, toda esta movilización civil debía canalizarse para espetarles a la cara: "BASTA", porque debemos calmar la tormenta con un trueno mayor: el de la opinión. Pero no, no hubo siquiera un voto de opinión que nos permitiera promulgar al mundo entero un 'NO' rotundo al secuestro, 'NO' a la guerra, en fin, que pusiera a la gente a pensar si conviene continuar hablando de paz sin eventos de paz a la vista. Así las cosas, la cadena de acontecimientos nefastos de los últimos dos años no permea aún el ejercicio civil de elegir y exigir, y sin mayores afanes, a partir de enero del 2001 los nuevos representantes podrán continuar el ejercicio de administrar los destrozos que deja la violencia sin intentar comprender que su papel (su 'responsabilidad') es radicalmente otra. Cualquiera puede preguntarse, al día siguiente de una incursión de las Farc a un pueblo de Colombia donde no queda piedra sobre piedra, como ha ocurrido tantas veces, ¿quién es el alcalde?, o más bien, ¿quién puede serlo?, o quien lo sea, ¿para qué lo fue y para qué lo seguirá siendo?

Lo que no alcanzamos a entender en Colombia es la confianza que aún nos queda de que nada interferirá de manera contundente el orden de las cosas, aunque vemos con claridad que está cada vez más próximo el desenlace final. Cuando se secuestran grandes grupos de personas, cuando un departamento queda acorralado por los frentes de combate, cuando se desencadena el desempleo y se tocan límites de descomposición, ¿cómo es posible asegurar que esos eventos desproporcionados y violentos no interfieren en la sensibilidad de cada colombiano? Nos están tomando la casa desde dentro, nos están pudriendo de miedo y antes que contra los ogros, la emprendemos contra el hermano y el vecino.

En el contrato social, sea o no una utopía, es importante advertir a cada instante quién ha quedado por fuera del contrato para no estar sencillamente a merced suya. Pero en Colombia parecemos no estar dispuestos a revisar nada, como si no quisiéramos saber nada de nada. Sólo cuando el grillete del secuestro nos caiga al cuello, cuando ya sea demasiado tarde...

Lo siento, ya sé que es muy difícil pensar todas estas cosas; pero hay preguntas que continúan abiertas, como: ¿qué "sabia" estrategia se perpetra con los secuestros, las tomas a pueblos, la destrucción y las masacres? Pensemos, soñemos, elevemos una cometa, levantémonos en zancos, o pintémonos por anticipado la cara de muertos, pero declaremos, como Sergio Stepanski (nuestro León de Greiff): "*toda la hartura, todo el fastidio, todo el horror que almaceno en mis odres*...", fastidio por las viandas de muertos que se llevan a sus banquetes los milicianos que deambulan por los campos de Colombia.

Aunque nos llenemos de preguntas sin respuestas, una vez iniciado, el ejercicio por comprender, éste debe continuar. Por supuesto, en un estado de derecho como se auto-define el colombiano, todos somos iguales; por esta razón probablemente la revista *Cambio* alterna en las portadas de sus números a unos y otros colombianos: María Isabel Urrutia, Carlos Ossa Escobar, Antanas Mockus, Jorge Briceño Suárez;

la primera adornada con su magnífica medalla de oro, el último con su espeluznante ametralladora. Es la vida nacional... -dirán los de la revista-. Unas son de cal..., otras son de arena... Pero lo que no entienden quienes hacen las portadas es que una foto en primera plana es una afirmación: la de una gran deportista, la de un administrador de la muerte...

¿...Y los puntos suspensivos qué nos quieren decir? ¿Acaso que uno de los valores que más debemos fortalecer en Colombia es el 'respeto'? Por supuesto, el 'respeto', ese valor tan frágil y sencillo para quienes nos reconocemos tan sólo como frágiles espigas.

XII

Resulta más cómodo estar frente a un hombre como Giovanny Quiroz, 'El zarco', si éste aparece en una cinta cinematográfica o sencillamente en una fotografía. Lo reconozco, he acabado de afirmar que no tendría nervios para estar frente al hombre real. 'El zarco' es temible, un alto y espigado muchacho con los labios gruesos y tostados, un corte de pelo al rape con cola atrás y una mirada impenetrable que navega, que calcula, que amedrenta. En las difíciles barriadas de Medellín, Giovanny Quiroz es una fuerza arrolladora, con una voz aplastante, pululante de duras palabras, con un insistente delirio narcótico en su entrecejo desafiante; y en las manos, probablemente, un arma blanca o un revólver, además del pulso suficiente para rasgar la carne humana con la demencia de los malos. Es duro describirlo así, sin contar antes que Giovanny Quiroz también estuvo paseándose por Cannes (Francia) vestido elegantemente, con su espigada figura, altivo, talentoso, guapo, bueno.

En Colombia la realidad desborda la fantasía, es cierto, y las pesadas líneas de la violencia pueden ser, antes que un lamento, motivos para una historia. En estos momentos observo una fotografía de 'El zarco' en su papel de *atravesado,* matón, cuchillero, drogadicto, en la película *La Vendedora de Rosas,* dirigida por Víctor Gaviria; pue-

de suceder que yo evite pensar que tal cual ha sido su vida, que el cine realista no hace otra cosa que reduplicar las escenas de la cruda violencia; puede ser que yo aprecie la fuerza del personaje y que admire su arrolladora maldad como exposición plástica, como viva representación; pero no es posible ignorar que escenas como estas son el tonel de espanto de cada día en las barriadas de Medellín y de otras ciudades de Colombia; no es posible ignorarlo, no, ni consigo conciliar el sueño porque se me viene encima la imagen de 'El zarco', tan patética y no plástica.

Seamos consecuentes, ¿cómo podríamos emprender entonces las 'pedagogías de la violencia en Colombia'? Estoy firmemente convencido del mejor estilo de Víctor Gaviria, con el coraje necesario para acercarse a hombres como Giovanny Quiroz para proponerle cosas con sentido, sin trampas, sin intenciones de atraparlo. Sólo así el imperativo categórico salvaría el difícil programa de la *anti-violencia* en este país donde el 50% de las muertes durante 1999 fueron a causa del cuchillo y de las balas. Pero no se rueda una película todos los días, ni hay siquiera el interés suficiente para seguir la representación de historias patéticas todos los días; tampoco hay escuelas de teatro y actuación, de luminotecnia y cámaras para vagabundos, nada de eso hay, nada.

'El zarco', Giovanny Quiroz, regresó a su barriada, recompuso su enfurecida mirada, y más pronto que tarde le respondieron a sus desafíos los letales respingos de las balas. A altas horas de la noche del viernes 29 de febrero pasado, el actor de cine Giovanny Quiroz fue baleado en una calle de la comuna nororiental de Medellín. Dicho así, que entre su nombre al lado de Louis Buñuel, Vitorio de Sica, Roberto Rossellinni, jerarcas del cine que vieron en las calles a los actores y los asuntos dignos de penetrar y de entender.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XIII

El gobierno afgano declara la guerra a las mujeres. Una mujer ha sido golpeada y muerta por una multitud de fundamentalistas por haber expuesto incidentalmente su brazo al conducir. Por el mundo entero circula la declaración de rechazo al maltrato y a la negación de los derechos de las mujeres en Afganistán. Esto se lo cuento, señor agente de policía de la República de Colombia, a Ud., sí, al mismo que el domingo 19 de marzo arrastró de los cabellos a una mujer durante una confrontación con los vendedores ambulantes de la plaza Las Ferias en Santafé de Bogotá. Esta es la secuencia de su acción «heroica», señor agente de policía: cuando se prendió la gresca entre los policías antimotines y los vendedores ambulantes que ocupaban la plaza, la mujer trastabilló y cayo; inmediatamente Ud., señor agente de policía, la tomó de sus cabellos y la arrastró por el suelo. Desde todos los ángulos la escena es la misma; Ud. no tiene consideración alguna con la mujer que ha caído, Ud. no responde a ninguna instrucción en relación con algo así como la «ley de arresto», y si no la dió de patadas, como suele ocurrir cuando Uds. intervienen en estos eventos, sí la cogió de sus cabellos y la arrastró varios metros como si Ud., no ella, fuera un hombre de las cavernas. ¿Es Ud. un hombre de las cavernas, señor agente de policía?, ¿arrastra a una mujer de los cabellos así, sin más ni más?

En Afganistán, desde 1996 el presidente talibán ha declarado la guerra a las mujeres como si fueran langostas nocivas que se deben erradicar. Pero aquí no señor agente de policía, aquí las mujeres declaran y actúan, luchan y trabajan. ¿Quién es Ud., señor agente de policía?, ¿quién?, ¿qué suerte de rector de prisiones medievales?, ¿qué inquisidor? Las cámaras lo siguen, ¿sabe Ud.?, y presencian cómo arrastra a la mujer de sus cabellos sin contemplar que sería más cortés tomarla del brazo, o menos lesivo cercarle sencillamente el espacio. Y las fotografías se multiplican, ¿sabe Ud.?, y llegan hasta Afganistán, donde las mujeres sufren agravios como los suyos. Pero en el mundo entero las mujeres protestan y los hombres con ellas, porque señores como Ud. circulan por ahí con garfios en las manos para humillarlas y maltratarlas. La violencia, ¿sabe Ud.?, es el hombre, y en particular los instantes de intolerancia de los hombres, cuando se lanzan como fieras sobre los otros como lo hizo Ud. con la mujer para tomarla de los cabellos y arrastrarla por la calle.

¡Ah!, habría que pensar además, señor agente de policía de la República de Colombia, ¿a una persona herida cómo la trataría Ud.?, seguramente a empellones para que desaloje las calles y se restablezca el orden (¿cuál orden?, ¿el que Ud. impone?). Por aquí, por allá, va su foto entrando a las casas por la red, por la televisión, en las revistas, en mil idiomas, y ahí está Ud., el agente de policía, como un soberbio afgano tirando a la mujer de los cabellos.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XIV

«El pueblo de Holcomb está en las elevadas llanuras trigueras del oeste de Kansas, una zona solitaria que otros habitantes de Kansas llaman 'allá'...»

Truman Capote, A sangre fría

Este es el magnífico comienzo de una historia de sangre que a lo largo de 444 páginas describirá el absurdo y la irracionalidad de la violencia.

«*Hasta una mañana de mediados de noviembre de 1959, pocos americanos -en realidad pocos habitantes de Kansas- había oído hablar de Holcomb...»*

Prosigue la historia como intentando retraer un tiempo que ya no es, un pre-sangrado, cuando las cosas son apenas lo que pasa todos los días en un pueblo. Pero un buen día se rompe el himen y corre un hilo de sangre.

«*Pero entonces, en las primeras horas de esa mañana de noviembre, un domingo por la mañana, algunos sonidos sorprendentes*

interfirieron con los ruidos nocturnos normales de Holcomb... con la activa histeria de los coyotes, el chasquido seco de las plantas secas arrastradas por el viento, los quejidos lejanos del silbido de las locomotoras... En ese momento, ni un alma los oyó en el pueblo dormido... cuatro disparos que, en total, terminaron con seis vidas humanas.»

Allí está el comienzo del evento, la irrupción inesperada del trueno, absorvido sin sospechas por la paz de la madrugada, como si un blando colchón de plumas recibiera de pronto un desplomado rascacielos y lo ocultara. La violencia llega siempre así como un flash de luz que impacta de momento, que sabemos que ocurrió pero no entendemos dónde, cómo.

Hemos asistido al magistral comienzo de *A sangre fría*, de Truman Capote, y somos desde ahora los maleables lectores de los pormenores de su historia; su masacre de letras que empezó con seis (6) personajes muertos.

Y si hemos comenzado nuestro triste relato evocando el de Capote, es sólo porque nos ha usurpado la cláusula más conjugada en Colombia en los últimos días: «a sangre fría»; una infame exaltación del oficio de los matadores que irrumpen en los pueblos, el de nuestra historia, Vigía del Fuerte, en el nororiente colombiano, donde los ruidos de la selva, del agitado río Atrato, no consiguieron, como en Holcomb, encubrir la desgarradura de las balas y los mandobles de machete de los hombres de las Farc.

Hasta la madrugada del lunes 27 de marzo, Vigía del Fuerte era un pueblo extenso y solo, y así podría seguir, porque la vida merece celebraciones, antes que morteros; pero las águilas devoradoras de los hombres enviadas por las Farc han puesto sus ojos en el poblado y le han descargado su verrugosa pezuña. Si fuera preciso decir qué tiene Vigía del Fuerte que lo haga platillo de codicia, habría que nombrar los servicios de energía eléctrica y teléfono, ah, además de nueve inspecciones de policía que malvigilan la región.

A sangre fría embistieron y dejaron carne contra carne a veintiún (21) policías y a siete (7) personas del pueblo (tres niños, una madre, en fin...), rematados después a machete con esa gozosa pasión de la sangre fría...

Por supuesto, con la violencia comienza la historia en cada punto de Colombia; los minúsculos cerebros de los matadores no tienen otro recurso... Y en tanto los forenses cumplen su trabajo, los curas el suyo, las madres, las novias, o el tiempo mismo cubriendo aquellas heridas, la verdadera historia, la que lleva a Capote largos años de búsqueda y diálogo con los criminales, esa no empieza nunca en Colombia. Pensemos un ejemplo:

—Señores asesinos a sangre fría, el éxito alcanzado en Vigía del Fuerte estaba dentro de lo previsto, o consideran que pueden dar más duro aún?

—Evidentemente –responderían– nuestro proyecto era sacar a relucir al mundo la soledad de Vigía del Fuerte y lo hemos logrado, estamos satisfechos.

Pero abusar de la ironía es rasgarse el corazón.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

XV

Hablaremos entonces de las decapitaciones como quien cuenta una historia de veinte que murieron, pero que aún antes de desposeer de fuerza la estructura de sus cuerpos, perdieron sus cabezas; esa singular organización casi esférica donde se anida la mirada de las personas, desde donde se abre al aire nada menos que la voz, ¡oh, no!, y donde borbotea ese laberinto de la conciencia que piensa y ama el mundo.

Lo único que nos queda para pensar este mundo violento es la cabeza, ya ven, pero los paramilitares colombianos han entrado en la danza de las decapitaciones.

Las decapitaciones podrían ser piezas selectas de la leyenda de tantos pueblos que practicaron el ejercicio aquel de la muñeca firme que blande el mandoble, la simitarra, el alfange, la afilada espada, el sable cruel o en su defecto el carcomido machete para arrasar cabezas. Pero el arte de las decapitaciones es ante todo una danza de miserias donde el rendido pierde la coronación de su cuerpo y asiste dividido en dos al sacro episodio de la muerte.

Los tiempos que vivimos pedirían no celebrar más este ritual de la baja maldad por la que el general Antonio Nariño sancionó duramente a uno de sus soldados que practicaba la decapitación de sus

enemigos españoles: «*buscamos la libertad, no la condena*» -le dijo.

La historia ha sabido también del cinismo de los franceses con la guillotina, donde las decapitaciones dejaron escrito entre muchos un singular episodio médico-filosófico relacionado con la prolongación de la conciencia de una persona más allá de la muerte. Supongamos que un tal Pierre condenado a la decapitación se dirigió humillado e irremediablemente desolado a presencia del verdugo; pero también con él estaba un cirujano que le había visitado un día antes con el afán de saber sin equívocos su nombre de pila (Pierre). Como en ese evento hoy tan repetido de disparar un balón a un triste sujeto desde el punto penalty, con toda una cohorte de fotógrafos a la espera, el cirujano encontró su lugar cerca de la guillotina, aguardó a que Pierre dispusiera su nuca en el semicírculo que aprisionaría su cuello, y cuando el verdugo descargó la cuchilla que zanjó sin dificultad la carne, los nervios, los cartílagos, el hueso, el cirujano acudió solícito a tomar la cabeza por los pelos, la puso ante sí, le gritó con emoción: «¡Pierre!», y Pierre, que retenía aún su nombre, abrió los ojos por un momento y le miró.

Pero nuestras decapitaciones no hablan de siglos atrás ni de un correctivo de la propia historia condenando la barbarie e inaugurando los derechos del hombre; nuestras decapitaciones hablan de veinte campesinos en Ovejas, Sucre, en el Norte de Colombia, un carnaval de deprevadas vendetas donde los decapitadores, si demoran más en el planeta tierra, lo pudrirán con su úlceras, porque son como reyes Midas que cuanto tocan lo degeneran, no saben de la celebración de la vida en cabeza de cada campesino cuando labran la tierra y cuentan sus historias, ni saben de la dignidad de los ojos, de la voz, o de los recuerdos con los que cada cual deambula por estos rumbos por el simplísimo hecho de conservar la cabeza sobre sus hombros.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XVI

No hemos conocido mayor aberración que esta, apenas comparable con la cruel y minuciosa aplicación de los niños cuando se entretienen arrancando parte a parte las patas, las antenas, las alas, la cabeza de un insecto vivo que se retuerce entre sus dedos; el niño es en estas circunstancias un monstruo rudo que tiene en sus manos el vistoso grillo, y que no detendrá el oficio de su morbosa inteligencia, hasta no quedar del insecto más que una mancha viscosa. Pero no hablamos de niños, sino de hombres, de ciudadanos colombianos, de expertos ingenieros en explosivos con un largo recorrido en las aulas y en la vida civil, personas que saben todo lo que se debe saber para hacer de cada día un día mejor, pero que deliran con su artificio de cables, conexiones y explosivos. Un buen día de este tierno año 2000 se reúnen para practicar la extorsión que en Colombia es, paradójicamente, una industria, y realizan en cercanías de Chiquinquirá, en el centro del país, el «impecable» secuestro de una mujer campesina que puede darles el dinero por el que babean como bestias lujuriosas. Aplicando su ingenio, como los niños, a pequeñas empresas, a pequeños inventos, los ingenieros celebran el éxito de su operación y dan inicio al depravado evento de la extorsión, arrancando la paz de los días de la mujer y de sus hijos, con la firme amenaza de la tortura y la muerte.

Estoy hablando de los ingenieros más tristemente célebres de Colombia, los inigualables expertos en explosivos que acondicionaron un collar-bomba a la señora Elvia Cortés Gil para activarlo a distancia, seguros de que la tecnología está en el planeta tierra al servicio de su crueldad y su cinismo. Y estos ingenieros, estas águilas sangrientas meticulosas y sabias, le instalaron el artefacto y se retiraron «heroicamente» a esperar la llegada de los cautelosos ingenieros antiexplosivos de la policía colombiana. El gran momento había llegado, se trataba ahora simplemente de esperar algunas horas mientras trabajaban en la desactivación de la bomba para, en el momento convenido, activar el mecanismo y producir la explosión con la misma sevicia que practica el niño que explota insectos con un aplauso.

Este y no otro es el momento culminante de la rampante violencia en tierras colombianas, peor que entrar a saco en los poblados como acostumbraban los españoles, los ingleses, los romanos. Muerta doña Elvia y quienes intentaban rescatarla de aquella tortura de los cables y sus siniestras conexiones, es Colombia quien definitivamente ha perdido la cabeza. En este espacio que el mundo entero observa con extrañeza y horror, nuestra pedagogía ha fracasado, más que hombres formamos mutiladores. Y bien, que lo interprete el mundo, Colombia está muerta, los violentos se alzaron con el trofeo, y no hay ya pedagogía que valga para advertir que un cuerpo humano no se birla de oficio porque en él se escenifica la vida como en un océano.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XVII

Esta y otras páginas no son más que brutales comentarios de historias que comienzan. Las huellas de la violencia comienzan siempre aferradas a la piel.

Si tan sólo fuera posible no caer con las heridas, o tener al menos paz los ojos de los muertos... O si tuviéramos aún la talla de hombres de hierro como el legendario almirante Yi de la antigua Corea, que sólo entre diez hombre pueden hoy alzar su espada... Pero no, somos frágiles ciudadanos colombianos que poco sabemos de las hordas de asesinos que se nos vienen encima estallando carros-bomba y disparando a discreción.

Pero también podría ser que nos volviéramos a nuestra vez violentos, levantáramos el rictus y empezáramos a matar, como en las ferias de mosquitos, matar con resolución, sin calcular apenas nada, cambiando las blandas manos por encendidas e incontenibles garras. Pero no, lo digo con justa calma y con espera, ya no es posible porque pesan sobre nuestros años y sobre nuestros sueños los deseos de pasar tranquilamente de un día a otro, y de ver el ascenso de la vida en las canas de los viejos y en el juego de los niños. No podemos matar, no estamos hechos a la mala, entendemos el tiempo como astros milenarios, no como pétalos en la tormenta.

Nos va quedando poco entonces, como al distraído conductor de un simple Renault 4 que recibió un cilindro de gas lleno de dinamita en la endeble capota de su auto el sábado 1 de julio en una calle de Santiago de Cali, en el suroccidente de Colombia. Allí terminó todo para Gustavo Adolfo Falla, de 39 años, como terminan a cada rato las historias aquí en Colombia.

Haber construido la escala de los años para en una calurosa mañana recibir una bomba de los milicianos del ELN que juegan a aplastar ciudadanos, no tiene más mérito que revelar la fragilidad de los ciudadanos de estos tiempos. Y entre tanto los 'heroicos' milicianos deambulan orgullosos por las ciudades con sus cerebros huecos en los que se repite una única sinapsis (ellos dirán 'consigna'), entonada como un canto: «*a matar, colombianos, a matar*».

El hombre del Renault 4 marcará para ellos un día en el calendario, pero al sábado lo sigue el domingo y luego el lunes y el martes, ¿y entonces qué...? Esta página, ya ven, altera el miocardio, lo enfría y lo destroza, como si la única verdad posible en Colombia consistiera simplemente en advertir que la violencia rampante tocará a la puerta, que las botas sangrientas resuenan en esta ciudad y en aquella y en las de más allá.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XVIII

Dispuesto a argumentar en la estación de policía, a sostener ante los fiscales, a aclarar a los medios, el médico pediatra Juan Bautista Castañeda confirmó días atrás en Manizales que sí, que efectivamente él, arma en mano, disparó al niño Santiago Giraldo Marín, de nueve años.

Asistido de la vehemencia de quien juzga tener derecho a la defensa, probablemente su abogado defensor desestimó como errado cuando se dijo: «intento de asesinato», sosteniendo que en efecto se trataba de «defensa de la propiedad privada»; y cuando se habló de «premeditación», es posible que haya respondido sin vacilar: «...ante la constante conmoción en los predios campesinos en el departamento de Caldas por los repetidos robos y secuestros...» En fin, por ardua que sea la polémica, Ud. sentirá desde un principio que tiene quien lo apoye y quienes celebren su reputación como médico y como ciudadano; pero no se trata de eso, sino de no olvidar a cambio que en Colombia la violencia se roba el *show* día a día, y que en su caso no lo ha sido menos. Cuando a un desaprensivo niño travieso de nueve años se le asesta un disparo como si se tratase de un rabioso delincuente al verlo como hormiga trepado a un árbol, algo sin duda está funcionando mal...

Por lo pronto, señor pediatra, por más que se desgaste su abogado, no se trata de un accidente, y el paciente que ingresó a cuidados intensivos en el Hospital Infantil de Manizales tiene una esquirla de arma de fuego en su columna vertebral que probablemente lo deje inválido para el resto de sus días, por más que otros médicos pediatras luchen por remediar la situación. Por lo pronto, decimos, Ud. actuó con precipitación; un mal procedimiento entre los de su gremio, que están llamados a contemplar cada situación, por compleja que sea, para «actuar a favor de la vida», como lo recomienda Galeno, «siempre a favor de la vida».

Aunque el amplio cubrimiento del suceso en el periódico *La Patria* de Manizales el viernes 21 de julio consiguió con destreza periodística no revelar su nombre, no por esa razón se oculta el evento de devolver intolerancia y balas a un niño guindado de un árbol. Y cuando empiece el juicio y realice sus 'descargos', señor doctor, conviene que tenga presente que el ascenso del hombre no radica en la declaración de «lo tuyo y lo mío», como ha hecho Ud., sino por el contrario en conseguir discernir con claridad y bondad cada evento de la vida. Y aunque suene erudito, de tiempo en tiempo cae bien recordar el discurso de Don Quijote a los cabreros, donde adelanta para casos como el suyo lo siguiente: «*–Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquélla venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de* tuyo y mío.» [I, 11]

La naranja en el árbol, el árbol en los predios de la finca, en los mejores términos, podrían efectivamente no ser suyos ni míos, menos aún si recordamos lo que los campesinos llamaban «el alimento del caminante», que eran aquellos pródigos árboles frutales deliberadamente plantados en los linderos para alegrar el paladar de los paseantes. Pero Ud. parece haber olvidado todo, menos que tiene un arma

de fuego, que como todas las de los violentos en Colombia, repican con el bramido de atropellados machos.

En este país, ¿sabe?, la violencia se está ensañando con los niños, y sólo faltaba que personas como Ud. los cazaran a tiros como a patos silvestres. Aquí, ¿sabe?, intentamos poner semillas de tolerancia en las manos de los más violentos y realizar como podamos alguna suerte de pedagogía de la violencia, pero ante actos como el suyo nuestro castillo de naipes se viene al suelo. Con su ejemplo, el ascenso del hombre podría pensarse ahora que no es la formación en valores, el estudio y la clara comprensión de la vida, sólo de la vida.

Está bien, ya que es Ud. ahora el necio intolerante de la historia, hablemos un poco de la tolerancia, pero en los términos propios de su ciencia. La tolerancia se abre camino en la misma quirúrgica operación de regresar la vista al anciano ciego que a lo largo de su vida sumó a cada horror presenciado un tejido de legañas y cataratas en sus ojos, y así como al recoger los despojos de la violencia lo que rescatamos de un pozo húmedo y tortuoso es la vida, el poquito de cuerpo vivo que nos queda, con la tolerancia retiramos uno a uno los tejidos y las legañas de los ojos ciegos hasta conseguir que un primer rayo de luz y luego otro y otro inunden de emoción los ojos del viejo, o consigamos al fin con meticulosa y delicada operación rescatar el cuerpo vivo del pozo. La tolerancia nos ayuda a pensar que somos necesarios para guardar el equilibrio con propuestas de equilibrio, sin excesos, entendiendo de paso que una nueva visión puede surtir sentidos nuevos de las personas y las cosas.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

XIX

Es preciso tomar aliento antes de escribir acerca de lo más absurdo que nos ha pasado en Colombia. Con la misma afiebrada euforia de los cazadores en el monte cerrado, en Colombia se le dispara ahora a todo lo que esté vivo, a todo lo que se mueva, y seis niños en el campo un día de paseo han sido presa de balas como asustadas codornices. Dicho así, es preciso cambiar rotundamente los términos con los que se habla entre los actores de la violencia, porque, ¿qué paz?, de lo que se debe hablar aquí es del 'concepto de vida', enseñar con calma y con detalle qué es la vida, cómo se manifiesta, qué valor tiene, en fin. Exponerlo en estos términos equivale casi a ilustrar a las fieras para que no depreden.

Pero no está escrita aún la crónica, de la que sólo tenemos la primera frase: "*En Colombia jugamos a la guerra*…"

Más que a cualquier cosa, en Colombia jugamos a la guerra; nos perseguimos y nos matamos, tenemos armas y la cara manchada; unas veces somos los héroes, otras las víctimas; morimos de aquí y de allá todos los días y a toda hora. Mientras jugamos pensamos sólo en desgastar al enemigo, pisar fuerte, escupir fuego, arrasarle sus bases, después nos vamos a descansar con rasguños en las carnes y los huesos molidos. Jugamos por oficio, por no dejar de salir en los

telediarios, donde consignan las anotaciones de uno y otro bando:

"*Seis niños de la escuela veredal La Pica, municipio de Pueblo Rico, departamento de Antioquia, perdieron la vida el martes 15 de agosto, cuando soldados de la Cuarta Brigada del Ejército dispararon contra la excursión escolar de la que hacían parte*".

"*Decapitados aparecieron en Chita, departamento de Boyacá, los cuerpos de tres policías que permanecían en poder de las Farc desde hacía 17 meses, cuando fueron secuestrados después de una incursión de los guerrilleros a Tasco*".

De otra manera no tendría sentido continuar el juego. Sin público no triunfa el espectáculo. En el juego de la guerra, con dosis de circo romano, Colombia es público y espectáculo: las fieras y los gladiadores incursionan en las gradas dejando su ruta de sangre.

Y al jugar a la guerra unos corean: "¡Dios y Patria!"; otros: "¡Pueblo y Armas!"; otros: "¡Ley y Tierras!" y otros, los más mohínos y discretos: "¡No más, no más!". Confundidas las voces y los rumbos, las estrategias para atacar y para aguantar las embestidas, a nadie le importa ya saltar al campo de batalla o a los espacios públicos para seguir allí con el juego. Con el pánico –¿saben?– cobran ánimo las acciones, y aparece más gente con motivos, lamentos y rencores que quiere entrar en la contienda, y aunque algunos no disparan ni excitan las metrallas, sí reclaman y son el corifeo; hablan de violencia, guerra, paz, derecho internacional humanitario, y así cada bala y cada decomiso de personas, cada feria de muertos resuena más y anima las apuestas.

Para hacer de un juego algo delicioso, lo mejor es confundirse con el enemigo; meterse en sus filas como una ficha blanca comiendo blancas en el ajedrez porque en realidad es una negra. También es delicioso hacer marchar al país entero, tener a todos en función del juego porque caen niños, ancianos, extranjeros, curas, gente neutra que aluna los puntos; así la contienda continúa con una retensión aquí, un secuestro allá, hectáreas arrasadas, ataques, voladuras, todos los pasos concertados como en una danza sobre cristales molidos.

Que todos ataquen a todos con balas o con panfletos produce la mayor emoción, que todos embistan a todos y que por ley se pregunte el nombre de alguien sólo cuando caiga muerto, así las sorpresas se multiplican: mujeres, estudiantes, empleados, campesinos, pescadores, gente de aquí y de allá cae como abanicos de dominó.

Pero más que cualquier cosa, el placer de jugar en Colombia, lo saben todos, está en disparar a todo lo que se mueva, a todo lo que se esconda, sin importar el dolor y los arrebatos que vendrán luego; las caras blanqueadas, un impacto de opinión. Nada cambia las cosas si el juego continúa y sencillamente se cambian los puntos buenos por nulos.

Desde hace más de 40 años jugamos sin parar, delirando por campos y ciudades, en cualquier recodo cae hoy alguien querido; sin moral alguna en ningún bando, si hoy arde un pueblo, mañana mueren más niños; si pasado éstos consiguen dinero para arreciar con intenciones de liquidar el juego, los otros guardan como lobos el arsenal y las tierras confiscadas, mientras otros más se acercan sigilosos rodeando esas mismas tierras, liquidando a quienes reparten simpatías.

Vista de fuera, esta es la gran orgía de las balas en un país que se está quedando solo: los que se van, los que se mueren, los que se mueven de sus tierras, los secuestrados que son paréntesis vacíos en medio de los días. En Colombia, con este juego, el día no es día, la noche no es noche; un auto es una bomba, una autopista un infierno de retenes y puentes volando por los aires; una familia es un muñón de soldado o un cuarto vacío o una foto con una cinta negra; un día de colegio es un siglo de segundos esperando a los hijos; en cambio proliferan los vigilantes, los perros, las arpías. El juego no da tregua para acomodar las cosas y distinguir lo que quieren verdaderamente los equipos; se habla de manera entrecortada o sencillamente no se habla, o para callarlo todo por un momento se cantan goles de otro juego menos lesivo y doloroso.

Sin nada que decir, siento ahora atrás de la ventana, que el depravado juego sigue en curso y continúa.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XX

*"*Muerte: para ti no vivo*"*.

Jorge Guillén

Cuesta trabajo declararlo, pero en Colombia bien podríamos ahorrarnos el trabajo de estar vivos y querer hacer y compartir algo. ¿Qué importancia tiene que uno discurra por las aulas durante tantos años, que asuma tareas para construir un orden, si todo vale tan poco para unos señores con guadañas y brazaletes del ELN que en el momento menos pensado te sacan de donde te encuentres, para después arriarte como a bestias por el monte?

"*Señor Amor*" decía la canción de Armando Manzanero que nadie terminó de oír en uno de los restaurantes del kilómetro 18 de la vía al mar en las afueras de Cali... ¡Qué bien que Manzanero haya vivido tantos años y haya cantado cosas tan hermosas!, pero yo bien podría haberme dejado de molestias naciendo algún día, llenando de cuidados a mis viejos con los catarros y las caídas, disputando diferencias con mis hermanos, retando a mis amigos del colegio y a los compañeros de la Facultad, y hasta desbordando de amor a las mujeres de mi tierra...

Hoy no es ningún día para mí... me estoy muriendo solo en una casucha apartada donde me dejaron los traficantes de carne del ELN. Soy un médico respetable y sé perfectamente lo que me sucede. En el acoso de la marcha, cuando nos arrebataron del restaurante donde sonaba "*Señor Amor*", me lastimé los testículos. Estoy mal, lo sé, pero esos señores insistían que caminámamos, nos apuraban a palo... ¿cómo es posible?, a palo los ciudadanos por el monte, los mismos que unas horas atrás en nuestro hermoso país, en la magnífica Cali escuchábamos "*Señor Amor*" y declarábamos con optimismo y ganas de vida, usando palabras de otro cantor, que "*sólo el amor engendra la maravilla*". Sí, sólo el amor cura los catarros, los paros al miocardio, la gangrena, los males más terribles. Pero esto no, esto no.

¿De qué me servirá ahora que comprenda en manos de quién estoy, que les escuche su perorata o que declare al mundo que el Ejército de Liberación Nacional es Ejército de Demolición Nacional, que se lo han cargado todo: los oleoductos, la fauna, las torres de energía, cientos de familias colombianas, el pueblo de Machuca, y ahora a mí...? ¿De qué servirá si me muero a manos de los dementes más célebres del universo?, gente que no ama la vida, y confunde a las personas con presas de caza.

Me llamo Manuel Alberto Nasif García y soy médico, si eso puede servir de algo, tengo 32 años y me estoy muriendo lejos de mi amada Córdoba... Que alguien piense en mí, que algo se abra, se calme, se alumbre, se estreche por mí... Señor Armando Manzanero, piense Ud. por favor en mí y cante durante estos limpios segundos que me quedan, "*Señor Amor*", "*Señor Amor*", lo necesito yo, lo necesita Colombia.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXI

Días atrás, de las montañas del centro del Valle del Cauca descendía, fuertemente custodiada, una maestra de escuela en estado de embarazo, llevando de la mano a su hija mayor; la vigilaban dos columnas de hombres fuertemente armados de las Autodefensas Unidas de Colombia. El desparpajo de las armas y el ampuloso nombre de los acompañantes, lo siento, descomponen, pues nadie veía en esa mujer, retenida por tan poderosos hombres, un peligro singular. Difícilmente daría nuestra tierra una atractiva y piadosa Judit como la que pintó Sandro Botticelli, regresando a casa con el sable en una mano, una espiga en la otra, acompañada de su criada que acarrea con evidente dificultad la sangrante cabeza de Holofernes. Queremos que estos grandes señores que administran tanta muerte en Colombia con sus hombres bien armados estén tranquilos, porque ninguna mujer irá a decapitarlos. Nuestras mujeres están para cosas diferentes a la violencia, entre otras para reconstruir la Colombia que los hombres nos arrancamos a dentelladas. Muchas mujeres en todo el país soportan la viudez de tanto espacio vacío, mientras otras asumen el compromiso de estudiar a fondo para responder por la nave mientras los machos hamacan las armas y azotan los caminos.

Y no es esta una ficción... Los sociólogos tienen los datos: miles de hombres jóvenes van cayendo destrozados mientras en las aulas de las universidades, en las oficinas, en el campo, en las calles, las mujeres se ocupan de todo porque los hombres, lo sabemos, deliran con la guerra. Intentando sembrar claridad, lanzamos hoy una vez más un SOS para curarnos de tanta violencia; así, vemos sencillamente que lo que creen ganar los hombres sudando de terror y de porfía no son más que destrozados muñones de las cosas; ningún tesoro como la paz o el ideal griego de la vida buena, o tan siquiera el sosiego para reencontrarse con la gente; no, sólo confusos odios y confusas diferencias.

Por las montañas del Sumapaz, para dar un ejemplo, marchan a estas horas 80 hombres armados, y nosotros preguntamos como quien no se entera aún de lo que pasa en Colombia, ¿pero qué buscan estos hombres?, ¿qué voluntad soportan esas manos? Probablemente van cantando, con sus armas y cantando. Son 80 hombres que no leerán por hoy en las páginas de un libro, no empuñarán un manojo de semillas para sembrar, no acariciarán con cariño un rostro de mujer. Ya desde antes se decía: "las botas del militar no ven las florecillas del campo". Uniformados y violentos, son militantes cargados de armas, y vistos de lejos (nadie quisiera verlos de cerca), sólo pueden ser esa cosa confusa y desproporcionada que está ocurriendo en Colombia.

¿80 hombres armados, cómo pueden recorrer así nuestras hermosas montañas?, como negros nubarrones, como una peste negra... son 80 hombres y traen la peste, machos empedernidos desovando en los caminos. Les saltaríamos al paso como sencillas palomas, les borraríamos las manchas, les anudaríamos los cañones, les torceríamos los caminos como a Jiménez de Quesada en los intensos versos de Pablo Neruda... y en un siglo extraviado los volveríamos a sus casas para que tomen el azadón, para que telegrafíen a sus amigos, para que columpien a los niños y amen a sus mujeres.

Nuestras pedagogías de letras, como mariposas amarillas de Macondo, como voluptuosas damas gordas de Fernando Botero, quisieran de un palmaso conjurar y desbancar las armas y la violencia. Sueño de sabiduría y utopía de los sueños.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

XXII

Aunque parezca desatinado, considerando las cosas como van, todo nos lleva a preguntar: *¿dónde está la violencia*? A primera vista, como en un campo cegado, parecería evidente que la violencia está en todas partes; los casos así lo revelan: carrobomba en las inmediaciones del Batallón Pichincha en Cali, guerra en el Putumayo, activistas desaparecidos en Antioquia, irrespeto a las misiones humanitarias de la Cruz Roja. Aún así, para que no confundamos el verdadero espacio de la violencia con los lugares donde se perpetran los hechos, la pregunta continúa siendo la misma: *¿dónde*? Este difícil interrogante apunta al comienzo mismo de la reflexión acerca de la violencia en Colombia y señala, no las regiones ni los proyectos criminales de quienes lastiman y matan, sino su localización y ejecución más íntima y directa.

Propondremos de momento un simple ejemplo, algo así como un laboratorio de la violencia que nos permita identificar los diferentes 'espacios'; laboratorio que en apariencia no tendría nada que ver con el emplazamiento de las acciones de guerra en el que están convirtiendo a Cali los administradores de la violencia con sus atropellos, robos de vehículos, secuestros, bombas, sino con algo 'teóricamente' sin gravedad. Supongamos, para empezar, un evento en tres pasos:

1. En el momento en que una persona sale de un supermercado, con manifiesta provocación echa el tiquete de sus gastos en el carro de compras de otro que apenas ingresa.
2. La extrañeza de ese gesto ofensivo provoca encono en quien conduce el carro, y descarga sobre el primero toda suerte de insultos y protestas.
3. Con manifiesta indiferencia, quien echó el tiquete prosigue su camino.

La pregunta que actuará como reactivo, ya lo sabemos, es: *¿dónde está la violencia*? Absurdo responder: 'a la salida de los supermercados'. Veamos: habría, en un primer momento, por parte de la persona que echa el tiquete en el carro, como si se tratase de un bote de basura, un equívoco de la responsabilidad; somos responsables como ciudadanos si no tiramos la basura en el piso, pero nos equivocamos si la echamos en la casa del vecino. Allí está la primera localización de la violencia, antes incluso que las heridas y las muertes, cuando se pierde por descuido, por indiferencia o por ser 'pagados de sí' el objeto de cada acción, entrando sin necesidad en serias confrontaciones con los demás, irrespetándolos, burlándolos, humillándolos. Desplazado a los terrenos de la violencia en Colombia, este primer acto del supermercado es, ni más ni menos, la ilustración de un atropello que señala claramente que la violencia está en nuestras acciones deliberadas e irrespetuosas, mientras que lo que viene a partir de ellas es una reacción en cadena de consecuencias incalculables. Considerados los asaltos a poblados, los secuestros, las ejecuciones, todo da a entender que el primer espacio de la violencia en Colombia está en la falta de responsabilidad civil por una vida compartida dignamente; en otras palabras, que 'pagados de sí', optamos por ser violentos.

En una era de irresponsabilidad ilimitada, no es difícil señalar que la violencia en los hogares responde en la mayoría de los casos a móviles semejante a los del supermercado; al transformar a los demás

en botes de basura, hecho del que se resienten particularmente las mujeres, damos inicio a la más irrefrenable violencia, irrespetándonos sin medida, como si olvidáramos que el proyecto original de un hogar es la ternura, el afecto, la simpatía y el diálogo.

El segundo momento en el supermercado nos permite identificar otro 'lugar' de la violencia, tipificado como central por parte de los sociólogos que actúan cerca de los brotes de violencia; se trata del 'lenguaje', el mismo que en nuestro experimento desborda al segundo personaje descargando toda una andanada de epítetos vulgares por el papel que cayó en su carro de compras. El lenguaje agresivo es la barricada desde la que se soportan los golpes y los abusos, pero es también el aceite para embadurnar la lezna de los asesinatos, para entrar como el que manda en el banquete de la violencia.

Cuando volvemos a ver las películas de Victor Gaviria: *Rodrigo D. no futuro* y *La vendedora de rosas*, el impacto más fuerte lo recibimos del lenguaje: ¿cómo es posible que se hable siempre con tanta violencia, con tanto desprecio, tanto resentimiento? Viviendo en medio de la violencia, ésta estará principalmente en el lenguaje, como si entrar en relación con los demás significara atravesar un campo minado, un desierto espinoso que nos desgarra y excita.

El tercer momento en el supermercado, cuando el provocador se retira sin ofrecer excusas, con un gesto de indiferencia por la tormenta que ha desatado, habla del 'cinismo' de los que se oponen radicalmente a las convenciones sociales. Lo difícil en Colombia probablemente no es corregir la violencia, sino el cinismo de quienes atropellan día a día y no les importa ver brazos partidos, familias rotas, campos arrasados; celebrando, palmeándose las manos como jugadores de béisbol, sin gastar en convenciones ni dolerles Colombia, haciendo alarde de no creer en la rectitud ni en la sinceridad.

Terminado el experimento propuesto en estas líneas, ¿qué hemos conseguido entender? Si lo que tenemos como evento real son los lamentables hechos en los que a dos ambulancias de la Cruz Roja les arrebataron los heridos de guerra para terminarlos a bala, basta

imaginar aquellas escenas para presenciar el atropello, el irrespeto, los epítetos vulgares y el cinismo. Nuestra pregunta está respondida entonces: la violencia está allí donde, como reclama la canción de Pablo Milanés, "*la vida no vale nada*", donde se disfruta herir a los otros como quien canta un gol.

Deseamos sin embargo a pesar de las conquistas infames de los atropelladores, que las pedagogías de todos los que intenten equilibrar las cargas de la violencia consigan algo antes de declarar que definitivamente Colombia es un campo cegado; nuestras veredas, calles, empresas y hogares, campos cegados.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXIII

Me llamo Katherine Cuartas R., tengo seis años, pero no soy la hermosa niña negra que se acercó al maestro Fernando Botero en Cartagena para entregarle un ramito de flores blancas y agradecerle el regalo de una escultura de sus gordas. No soy ella, tampoco soy Alicia, ni ninguna niña de seis años que hable de todas las cosas, que luzca zarcillos y dé saltitos de alegría llevando el ritmo con las otras amigas. Apenas soy Katherine Cuartas R., tengo seis años y hay mucho miedo en las calles; muchos hombres malos, remalos, que llevan cuchillos y pistolas y que se gritan cosas feas. Yo sí quiero ser esa niña negra en Cartagena, con un vestido de boleros blanco, con una florecilla del campo en el pelo, saliendo de en medio de la gente a saludar nada menos que al maestro Botero, que lo queremos todos, que ha pintado niños tiernos y gorditos con gatos y pajaritos gordos y juguetes gigantes. Pero soy apenas Katherine Cuartas R. y tengo seis años, vivo en una comuna de Medellín, donde de noche se sienten disparos y pasan hombres corriendo, y hay que quedarse quietos, con la cuchara a mitad de la boca, hasta que suenan las sirenas, que siempre suenan tarde. Después los vecinos hablan de los muertos.

Los hombres están acabando con el mundo, mi hermano me contó que así ha sido siempre, que hace unos años pusieron una bomba

en la cola de la escultura del pájaro del maestro Botero aquí mismo en Medellín y mataron a muchas personas. Por eso el maestro hizo una hermosa gorda toda pura y desnuda que se llama Gertrudis, y la pusieron en Cartagena para que reciba el sol. Yo no sé qué pasa, pero en casa tenemos miedo, hay muchas pandillas y nadie se ocupa de mí, nadie me dice:

«—Vámonos a Cartagena a conocer a la niña negra para que juegues con ella y con otras amigas, y para que hagan una ronda alrededor de la gorda, cantando: «*hay hoy en Cartagena una plaza celosa / es la de la India Catalina, que tiene celos de la gorda*». Yo tengo apenas seis años, éstos, ya lo dije, y soy Katherine Cuartas R., me gustan las flores y los vestidos nuevos, mi novio es el maestro Fernando Botero, pero hoy están dementes los pandilleros al frente de la casa, están haciendo disparos y todos tenemos miedo. Cuando se acabe la trifulca y suenen al fin las sirenas me encontrarán tendida en el suelo con una bala en el cuerpo. No fui la hermosa niña negra, ni la gorda, ni siquiera Katherine, y tengo un ramito de flores blancas en el pecho.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXIV

Esto no es una fábula. Es la historia de una mano que no tendría historia si no fuera, como una hoja, de un árbol llamado 'cuerpo'. Tampoco el cuerpo tiene su historia si no está, como otros, en este mundo singular en el que nos miramos como cuerpos para sentirnos parte de algo (¿de una comunidad?).

En una ciudad llamada Cali, a donde ha llegado la guerra como a tantas otras ciudades en la historia, la guerra, sí, la separadora de miembros, se lleva a cabo la historia de esta mano.

Hasta el pasado viernes 10 de noviembre la mano era, por supuesto, mano, debidamente soldada a su cuerpo en la continuidad magnífica de la piel, los músculos, tendones, nervios, arterias y huesos. A partir de entonces, la mano ya no está en ninguna parte, la ha perdido alguien en esta ciudad donde a pesar de las bombas, los secuestros y los muertos, a nadie se le ha cruzado por la mente tender alambres de púas y abrir trincheras.

A toda prisa, siguiendo con torpeza las instrucciones, en una concurrida calle de Cali están activando en estos momentos una bomba con cilindros de gas. Objetivo: arrebatar una mano, dejar inservible ese magistral montaje de articulación, prensilidad y resistencia con el que las personas manipulan los objetos, palpan las superficies,

cuentan los meses, en fin, desterrar una mano de la ciudad de Cali, declararla inservible en medio de la conmoción de las explosiones.

Los cilindros han salido en cualquier dirección y han destruido absolutamente todo. Así ha sido, ¿cómo no?, han destruido las cosas que la gente de la ciudad construye, pero también han herido a quince personas y, objetivo cumplido: han destrozado la mano del señor Adolfo Solórzano.

Nada menos que una mano. El más perfecto centro de operaciones del cuerpo. La mano de los primeros encuentros con las cosas, la de los afectos y los gestos, la que todos necesitamos para participar con todo el cuerpo en la celebración de la vida, o como lo enseñaba el sabio chino Confucio, con la que debemos regresar a la tumba para honrar a quienes nos brindaron las bondades del cuerpo. De otra manera iríamos a pedazos malviviendo por ahí.

Hubo estudio, aprendizaje, prácticas previas, discusión, preguntas antes de activar los cilindros de gas, pero el señor Solórzano en esta ciudad sin trincheras sencillamente pasaba por allí. En otras manos, lo que civilmente se vive en Colombia es objeto de desprecio. A los demoledores de huesos les molestan los valores de la gente. Con ingenio para descuartizar, enseñan en sus cátedras las virtudes de los brazo sin mano, de las caderas sin pierna, el tronco sin cabeza. Luchando cuerpo a cuerpo las dos pedagogías, ¿qué va quedando en pie de la comunidad de nuestros sueños?

En la ciudad de Cali, desde donde tienden sus alas estas letras, NO estamos en guerra, pero libramos la batalla inenarrable de los argumentos contra las balas, las preguntas contra los secuestros, la pedagogía contra el cinismo.

Y el señor Solórzano, ¿qué piensa ahora?, ¿a dónde va?, ¿a dónde regresa?, ¿cuántas tareas inconclusas?, ¿desconsuelo, rabia...? Cada nueva violencia es una dura burla, un no dejar pasar un día sin quebrar, romper, zanjar... Con o sin mano, escrita está otra página contra la violencia, la intolerancia y el miedo.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXV

«Domingo 23 de enero. Miles de madrileños se echarán hoy a la calle para mostrar su rechazo a Eta, que el pasado viernes acabó con la vida del teniente coronel del ejército Pedro Antonio Blanco al activar un carro bomba en un barrio del sur de la ciudad. La manifestación partirá a las doce del mediodía (seis de la mañana hora colombiana) de la Plaza Colón, situada en el Paseo de la Castellana, la principal avenida de Madrid, y terminará a dos kilómetros de allí, en la Puerta del Sol, una plaza ubicada en el corazón del casco urbano.»

«Martes 18 de enero. Una niña de 11 años murió al ser alcanzada por una de dos granadas lanzadas por supuestos milicianos de las Farc al Centro Educativo Distrital Marruecos y Molinos, en el sur de Bogotá. El atentado terrorista ocurrió cuando estudiantes de la jornada nocturna hacían fila para matricularse en el lugar. Ocho personas más resultaron heridas.»

Difícilmente podríamos ser más objetivos, lo que abre a nuestras letras otros portales. El poeta colombiano Andrés Holguín dejó un verso que me circula en los oídos: «*sólo existe una sangre*...», y lo concedo, entre España y Colombia sólo existe una sangre. Pero otro verso, esta vez de Pablo Neruda, da un giro a mi cabeza: «*venid a ver la sangre por las calles*...», y aunque fue brutalmente cierto durante la guerra civil española, o después en Chile, no estanca su cauce aquí en Colombia. Inmensamente cierto, hay un oficio de muerte que se paga bien en estas tierras, que se celebra bien y que se exporta bien, pero conjugar este verbo con una niña de once años llamada Mariana implica un abandono, una desolación, un nudo en la garganta. España se lanza a las calles frente a un evento de estos, es una sociedad madura que configura el sentido con el ceño bien puesto. Pero nuestra niña no tuvo más que un cortejo con colegialas aterrorizadas y excusados agentes de policía que escurrieron el bulto por esta vez. Es de cualquier modo improbable que los artífices de los dos actos vean con vergüenza sus manos, ¡qué lástima que ninguna ley natural empolle en ellas y se las pudra! Sin embargo preguntamos: ¿más allá de la conjugación de nervios, qué puede ser para la Eta un hombre como Pedro Antonio Blanco para que no sea suficiente criticarlo y acusarlo públicamente antes de desovar sobre su cráneo y abrirlo en fragmentos con una bomba...? O ¿a la niña que inventaba al lado de sus amigas el sueño de empezar a estudiar en una escuela nueva, qué de sus perfumados cabellos desquiciaba a los descuartizadores de las Farc? Endémicamente, los versos seguirán siendo los mismos...

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXVI

Para llegar a la casa de don Horacio hay que dar un largo rodeo. Se baja desde la vereda Varsovia hasta un lugar que se llama «la bodega», desde donde se contempla la finca en todo su esplendor. Pero emprender el descenso es casi un desafío griego; entre las dos montañas se abre un cañón por donde corre el río la Honda, que como niño con rabietas echa a tierra cada tanto el puente. Al cruzar el río, y empezando apenas el ascenso de la otra montaña, allí están los hornos para la caña y los seis fondos de cobre, luego el tránsito no riñe con un descenso a las fraguas del Averno. Los campos cultivados con caña son en Caldas, en el centro de Colombia, los únicos remansos que deja al paisaje la floresta abigarrada y ubérrima del café. Aquí la hermosura está en los ojos que ven las espigas de la caña formadas como flemáticos ingleses, que al soplo de las brisas rinden sus penachos. En la casa de abajo se dispone de inmediato la larga caminada, loma arriba, en zig zags hasta la casa de don Horacio.

Antes don Horacio era un campesino vigoroso de grandes mostachos que se componía en el corredor de su casa para esperar con gran porte a los visitantes que subían la montaña. Saludaba con gran cortesía e invitaba a tomar asiento y a pasar un agua dulce y refrescante por la garganta.

De tiempo acá don Horacio está más magro y en el pueblo no lo señalan ya para tomarle fotos como prototipo del campesino cafetero. Eso puede no importar, pero que la gente no volviera a su casa a visitarlo de vez en cuando importaría muchísimo.

Los campesinos que tienen apenas su parcela se embarnecen de dignidad luchando a brazo partido con la tierra; sus casas son humildes y francas, con un loro que dice cosillas y algunas gallinas precisamente para cuando llegan las visitas.

Con sus mujeres, los hombres del campo van sacando a sus hijos a la vida como naranjos recios que parecieran no protestar si sus dulces naranjas se van yendo una a una. Don Horacio tiene tres hijos, los dos menores tallados entre la caña de azúcar y el café, pero el primero, de más vuelo, un buen día se enroló como soldado, se casó luego, y desde entonces se quedó en la ciudad.

Un día como hoy, 14 de enero, descorriendo apenas las cortinas del siglo XXI, en una cafetería de Manizales, a dos horas de distancia de la casa de don Horacio, una vez más el montaje medieval de un lancero en una motocicleta ha dado muerte a balazos a un hombre colombiano que bebía una taza de café; una vez más la conmoción ha creado un desorden universal y los lanceros de la moto han escapado para cobrar su lance, una vez más después del sobresalto y de las diligencias de rigor frente al detenido cadáver, una niña de seis años hace preguntas.

Pero hoy 14 de enero el largo recorrido para llegar a la casa de don Horacio habrá que darlo con qué talante, ¿con qué piernas bajar al río?, ¿con qué manos agarrarse a los cables del puente?, ¿con qué pulmones respirar el humo de los hornos y emprender la larga travesía por la montaña hasta llegar a su casa?, ¿con qué ojos encontrarlo allí en la baranda como hace siempre, esperando la visita? Con su talante de hombre bueno, don Horacio nos gasta un saludo, invitándonos a entrar, retardando cualquier mensaje para después de calmar la sed... Pero la visita viene a hablar del muerto de la cafetería y a nombrar a su hijo el de la ciudad...

Lo que se aprende en esta tierra es que a los hijos los matan y que somos todos unos buenos para nada.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

XXVII

Desconozco el acertijo; usted atrapa a alguien y lo mata; luego yo deduzco de qué se trata, ¿no?, o le extirpa las moléculas mientras yo descifro el acertijo... Pero no, lo confieso, o es tan obvio que no lo veo, o tan abstruso que ni combinando las probabilidades doy con él. Sin embargo Ud. insiste, comienza de nuevo, atrapa la gente demostrándome que es hábil en el asunto, mata con rabia ahora impaciente porque no acierto algo que para Ud. es evidente. Estoy confundido, lo confieso, pruebo muchas respuestas para evitar sus exhibiciones, y el hedor a sacrificio inútil; propongo: «*¿tormentas de un día?*», no; «*¿polluelo en las garras?*», no; «*¿paz perpetua?*», no; «*¿poder y dientes?*», no... Comienzo a desesperarme probando posibles soluciones al acertijo, mientras Ud. continúa; caza a uno, a otro, los destripa, los aplasta, los ahoga como Saturno a sus hijos. ¡Ya caigo!; grito con emoción: «*¿Saturno devorando a sus hijos?*» ¡Bravo!, responde Ud. mirándome ahora con ojos mansos y complacientes... Pero qué lerdo he sido, ¿cómo no lo supe antes?... y entre tanto mire Ud. a cuantos ha dejado muertos en Colombia, qué precio tiene un acertijo, una jodida pregunta. Esto no fue un juego, estoy por pensar que no lo fue; esto es un desastre, y no está claro ahora si fue un acertijo, porque, ¿quién es Saturno entonces...? Pero ya veo que Ud. no está para deliberaciones;

por favor, no, no, no se entusiasme a proponer otro acertijo, ya sé que Ud. en esto es invencible, un genio, ni más ni menos. A cambio reconozco que estoy un poco mareado, ¿sabe?, y quisiera irme pronto a casa, encontrarme con la gente, hacer el recuento y empezar una nueva vida, pero antes, mire Ud. atrás cuántos muertos, que no sé por dónde empezar a curar cada herida de estas, cada tormento; hay niños, estudiantes, soldados, periodistas, guerrilleros, mujeres, viejos, comerciantes, pescadores, zapateros, abuelitas, curas, novios, y todo por un jodido acertijo propuesto por el tarugo del pueblo.

XXVIII

Entre las muchas cosas que enseña la vida, una muy triste es el dolor. Pero más cruel es la aguja de aquellos ojos, o las manos de este hombre, su lomo duro tallando la cuerda con la que amarra a sus víctimas, o simplemente es duro que alguna vez me encuentre en el camino y que me persiga y me rompa como a una gasa, separando sus hilos, que nos mate así tan fácil... y que siga su camino. Es triste que nadie se arrebate por los niños pobres que hoy asisten a la escuela donde cantan o comparten cualquier pedazo de silla, pero mañana no llegan... porque han caído en las garras de este señor de oficio seco que los rondó y los atrapó como a gorriones distraídos, los desplumó, los asó y se los comió... y prosiguió su camino.

¡Qué peso más grande no tener dónde gritar estos dolores compartidos, no quedar siquiera una huella!, porque el escabroso señor descuartiza los cuerpos y desaparece las ropas, hace humo los cuadernos de matemáticas sin las tareas hechas y el librito de fábulas donde los lobos crueles dan risa. Este señor ha dicho hoy que lo perdonen: «sí, yo los maté, pido perdón», dijo, pero fueron más de ciento cuarenta niños los que atropelló con su ariete medieval y penetró a sangre y uña, esparció sus huesos en lotes baldíos y por seis años prosiguió su camino llevando una libreta con optimistas cifras y recortes amarillentos de los periódicos.

Y hasta se supo su nombre y una conmovedora historia de su infancia que repetía entre sollozos a las prostitutas de los puertos: «me violaron cuando niño», les decía..., y proseguía su camino simulando oficios para entrar en las escuelas y ver correr a los niños, verlos actuar con ese oficio de gigantes en las clases de ciencias o en los actos públicos, porque los niños le ponen nervio a estos tiempos..., a menos que como este señor Luis Alfredo Garavito Cubillos se presente alguien y emprenda el asalto bestial sexual sobre la presa.

Y recorrió Colombia redondeando sus cifras hasta sobrepasar las cien víctimas, gozando de los erráticos juicios de los periodistas que hablaban de Satanás sacrificando niños; pero no, era él, un insensato mirriñaque recorriendo este mundo imperfecto que no ha conseguido perfeccionar nunca el necesario artificio de la resurrección... ¡De mi niño, sí señor!

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXIX

Entonces vimos que aquel era el momento de escurrirnos de los guerrilleros, uno tras otro ir deslizándonos hacia el monte y emprender la huída, porque esta situación del secuestro es una ruina para el alma. Pasan los meses y el secuestro está ahí, despertando contigo día a día, con el orificio largo de los rifles frente a ti... llega la noche y allí está el secuestro como el aire, envolviéndote, sin dejarte renunciar, sin dejarte arriesgar un movimiento de más. Ellos vigilan y nos hablan con desprecio, nos miran como a causas perdidas, por supuesto, ¿cómo no?, si antes de estar en el secuestro éramos policías anti-narcóticos, algo que ellos no digieren fácilmente.

Entonces llegó el momento de adentrarnos en el monte y correr correr correr; pero dieron alarma casi inmediatamente, se nos vinieron encima, nos acosaron como a bestias. ¡Qué tensión nosotros confundidos entre las ramas y los largos fusiles resoplando en nuestras narices! Llegó la noche y empató el nuevo día, teníamos que sacar fuerzas, nos estábamos quitando el secuestro de encima como un traje invadido de hormigas. Pero esta selva del Vichada progresa con la huída, se hace profunda, hueca, repetida... A lo lejos distinguimos una cabaña en el centro mismo del monte, desde el principio supimos que no era una casucha de ermitaños precisamente; nuestro olfato de policías volvía

de su atrofio en el secuestro: era un laboratorio de cocaína. La huída nos llevaba directo a la cabaña a buscar resguardo, a nosotros, que hemos quemado de oficio ya varias de las mismas. El cansancio nos deja como a cachorros en el nido arrunchados, dormidos, disueltos, sin saber si es verdad aún que nos hemos sacudido el secuestro.

Somos cinco y estamos en Cumaribo (Vichada), logramos comunicación para que vengan a sacarnos, pero antes que cualquier cosa, antes que la alarma de los monos, que el crujido de las guaduas, llegan los rifles y nos sacan del sueño, de nuevo un secuestro cruel nos trata como a ratas, nos dan puntapiés, nos insultan, nos golpean, estamos sangrando, nos están torturando, nos gritan como a bestias que ya no pueden levantarse más, nos dan, nos dan, luego nos matan. Nos ha matado el secuestro y sus ministros terribles, mal enterrados nos han encontrado ya como cosas podridas sin vida, sin sueños, sin dolores.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXX

Yo puedo ser, señores adultos, simplemente un adolescente de 12 años, pero puedo mostrarles sin reservas las cosas que me gustan y la gente que me gusta. Tengo claro que prefiero jugar hasta la madrugada en el computador o charlar con mis amigos, gastarme mi lenguaje, mirar las cosas de este país tan complicadas cada día, pero sabiendo que algo está en mis manos, que tengo algo para decir. Hasta puedo hablar de mis padres sin denunciarlos por ser adultos, queriéndolos simplemente. Así quisiera que todos aquí, los que tenemos 12 años, tengamos la cara limpia y le contemos a Uds. las cosas que valen por kilates en la vida. Pero Uds. nos ven con ojos de hienas, vigilan el movimiento de nuestros músculos, babean mirando a las niñas. Ustedes nos quieren despedazar con sus garras, nos quieren sacar de aquí para ponernos en sus mercados de lujuria. Yo tengo 12 años y he vivido siempre en Timbio, en el Cauca; conozco estas calles como el aire, temprano en la mañana me dirijo al colegio y allí paso las horas de una vida que me gusta. Sí, tengo 12 años y hoy, muy temprano, cuatro hombres me han asaltado, me han amordazado y me han lanzado dentro de una camioneta. Después de mí recogieron a otros tres muchachos de Timbio, y rumbo a Cali, a mitad de camino, en Popayán, a otros dos. Nos llevan atados, nos dicen cosas sucias.

«En España esperan por sus culos, queridos...» A los 12 años, como a los negros de África tantos años atrás, nos han cazado y nos venderán como esclavos. Y a medio camino la camioneta se detiene; los hombres se alejan buscando algo; nosotros nos miramos, nos curamos el terror y escapamos por el lado opuesto, corremos como liebres con nuestros 12 años. Y Uds., señores adultos, ¡avergüéncense algún día!, un mundo sin vicio es un mundo sin Uds. ¡qué dolor ha sido este de verme entre sus garras!

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXXI

Por los mismos difíciles caminos por donde las mulas mansas doman su cerviz llevando las cosas de los hombres, por allí vienen los violentos, sus ojos rojos no ven la cresta magnífica de las montañas, sus ahuecados cerebros les repiten un único comando: «hay que matar gente». El barro fiel marca las huellas crudas de los violentos sobre el dibujo ameno de las plantas de los labriegos y de las herraduras de las bestias. Estos infames de ojos rojos no saben del peso de los días, de las bravatas de las lluvias, el oficio de su vida ha sido cargar los hierros de las armas como a bebés siniestros, transportarlos del valle a la colina cuidando no olvidar su único reflejo, el del dedo índice, el de matar y liquidar. En la Gabarra, arriba en el Catatumbo, esto es Norte de Santander, ya cerca de Venezuela, los violentos dan caza a los labriegos y los matan porque son gente, como muele la trilladora el pasto porque es pasto, los violentos destrozan hombres y mujeres, abren feroces sus ojos de cáncer y se comen las cosechas de hombres que da esta tierra. Y los violentos se marchan limpiando las pistolas, sumando escombros, bajan al valle a comer y a hablar, a esperar el sobresalto de los domésticos periodistas que trepan ingenuos por los mismos caminos sacando instantáneas de los labriegos, de los 70 que dejaron difuntos los violenticos de mi tierra para que el mundo sepa.

Pero el mundo ya sabía que su oficio es esa feria y ese podrir las cepas.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXXII

Lo excéntrico de un comediante no está en estrellar a tempranas horas de la madrugada su camioneta en una de las calles del barrio Quinta Paredes de Santafé de Bogotá. ¡Lo han matado! Temprano, muy temprano, estos hombres de la radio tienen ya la chispa encendida para abrir las páginas de un nuevo día, pero el comediante Jaime Garzón ha clavado hoy su cabeza contra la cabrilla de su camioneta, ha sobrepasado un pasacalle y terminado estrellándose contra un poste. ¡Le han disparado! Lo conocen todos y todos lo esperan para que desgaje una carcajada en la radio y en los rincones de Colombia la gente se ría sin ton ni son. Lo siguieron en una moticicleta de alto cilindraje y le dieron caza. Venía solo, pero sus personajes de cada día venían con él: todos murieron, muy temprano, ¿quién lo creyera? ¿Y cómo ha podido ser?, hay gente que no ríe en este mundo, hay gente que cobra fuertes sumas de dinero por cazar a otras personas y exhibir sus trofeos. En la camioneta se esfumaba una fata morgana que hacía reír. Aquí en Colombia la gente, ¿saben?, necesita reír; los militares son tan gordos y los presidentes tan dientones, los actores tan engomados, los gerrilleros tan graves, los futbolistas tan esmirriados, que ¿por qué no reírse un rato viendo a Garzón que los imita a todos? Pero hay tantos asaltos a poblaciones, tantas masacres continuadas, tantos

secuestros, tanto muerto que ¿cómo soltarse a reír? Una terapia tan simple como la que nos ha propuesto José Saramago: «descubrámonos los unos a los otros» no tiene sentido aquí, ¿será que no?, ¿será que definitivamente no? Por supuesto, el asesino no se quiere descubrir, usted señor de la moto no tolera descubrirse, y quien le propuso la cosa tampoco. Miren que no era difícil, bastaba oír a Jaime Garzón y echarse a reír; claro, por supuesto, cómo no, yo supe cómo se reían todos en casa, desde el abuelo sin caja de dientes hasta el pequeño José que lloró en mi pecho y me dio puños... ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué dejaste que mataran a Jaime Garzón?

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

XXXIII

Te despiertas un día cualquiera con tu santo oficio de zapatero y sabes que debes tomar un café antes de salir de casa, sabes que Chinchiná, tu pueblo, es corto y que a paso largo lo habrás recorrido en diez minutos. Te tomas tu tiempo y no calculas que una vez más sería bueno dar un beso a tu mujer que se queda en casa despachando las cosas. Eres un tipo sencillo, te conocen, tienes amigos, tu cuñado te espera en el café, dos calles adelante, hablan de cosas y no falta el fútbol, saben que calentará hoy como todos los días... Los hombres del pueblo pasan por el café como por un puesto de inscripciones, religiosamente beben un tinto y comentan lo repetido del número de la lotería. «Así no se la gana nadie» - «o se la gana el mismo». Vas sintiendo cierto escamoteo entre la gente; se habla con más fuerza que otros días, se trama en algunas mesas, afuera pasan grupos de mujeres con un hombre que las jalona calle abajo. Todos en el café se van parando de sus puestos y salen a ver, se unen a la gente, se confunden a la salida del pueblo, donde hay ya una verdadera colmena. Y quién creyera que en Chinchiná se dieran estas cosas, hay pancartas, cantan consignas, reclaman unos lotes faldudos, amenazan a los policías, se aglomeran más y más los hombres de los bares, los de la galería, los

de las esquinas, los que rara vez te buscan para que les repares los zapatos. Y son decenas, y hablan con indignación, se calientan, empujan, se van sobre los policías que tienen cara de niños y apenas si pueden con su bastón de mando. Tú alcanzas a pensar en salir de allí, ir a la caseta a trabajar un rato, no arriesgarte a caer en una refriega con la autoridad. Te empiezas a desplazar entre la multitud y en un instante resultas adelante, en la primera fila, con los policías aprendiendo tus facciones. Hay demasiada furia en los gritos de la gente, demasiada presión por tan poco, tú eres sensato, tú quieres evitar algo y te das vuelta a calmar a la multitud, pero tu oratoria dura apenas un segundo, mientras el primer hombrazo se te abalanza y te derriba de un puño. Luego viene otro y otro y otro que se vuelven contra ti, que te dan de puntapiés y te van reventando las costillas, los ojos, los labios. Estás allí como si empezarás a despertar a un día que no debías haber vivido. Un último hombre saca un cuchillo de la manga y te lo enfunda en el costado dos, tres veces. Los policías miran con la cara lavada, son unos niños. Estás contorsionándote como serpiente herida cuando tu cuñado te recoge, corre contigo en los brazos, anda las calles todas, te saca de la historia absurda de reclamar unos lotes faldudos minutos antes, sólo minutos antes de que te vayas del mundo, de tu Chinchiná de la infancia pobre zapatero mío.

(Esta es una recreación a partir de un suceso verídico)

Universidad del Valle

Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia
Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687
http://programaeditorial.univalle.edu.co
programa.editorial@correounivalle.edu.co